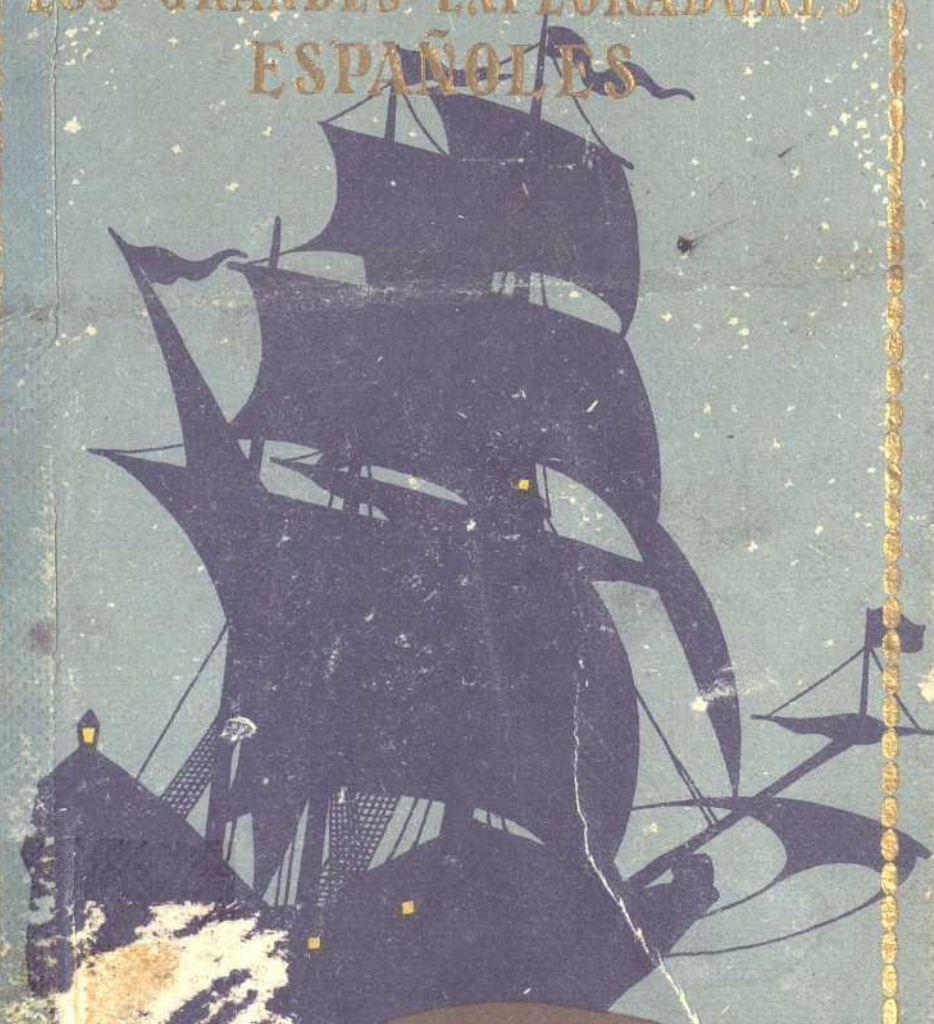


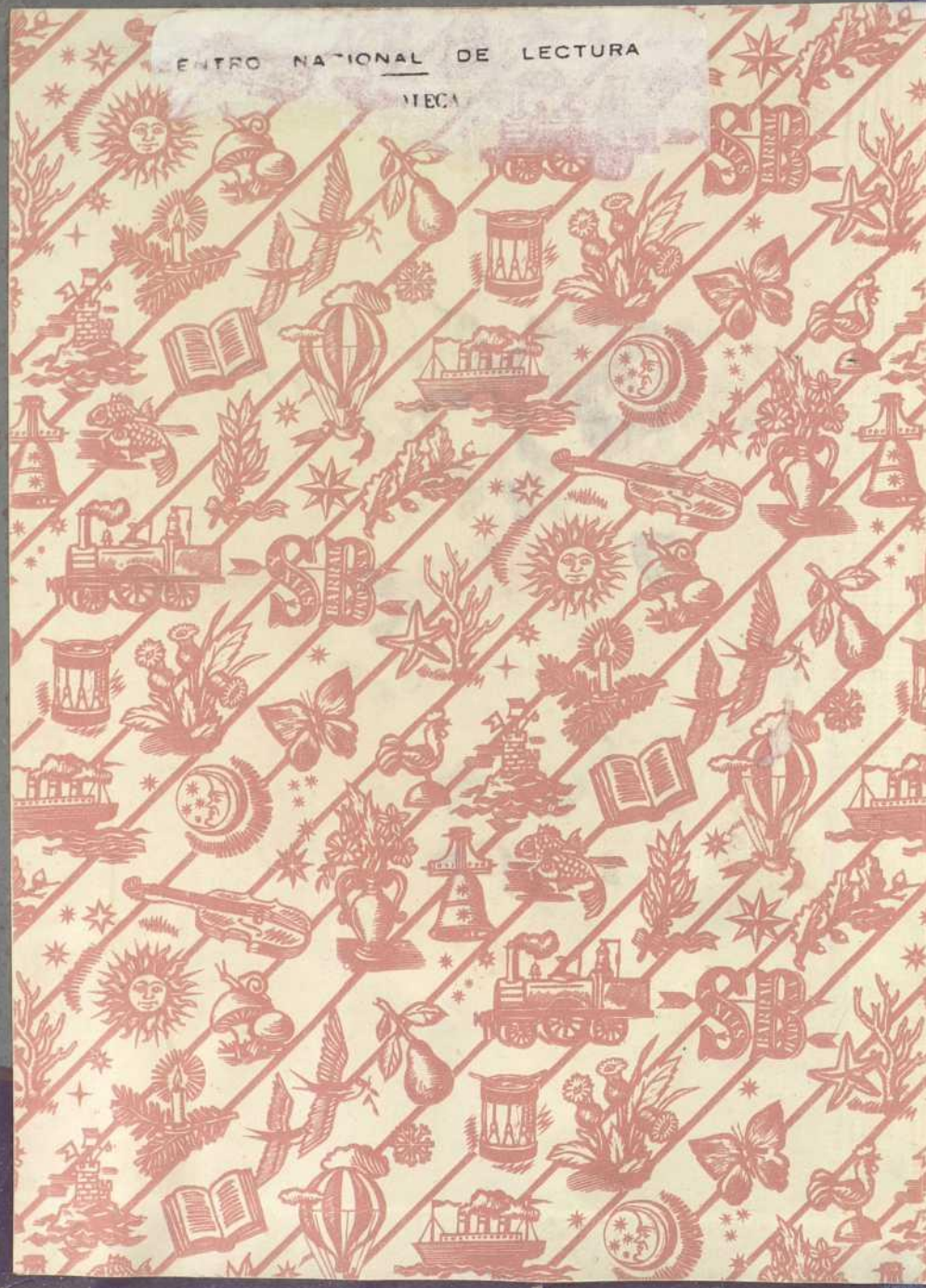
LOS GRANDES EXPLORADORES
ESPAÑOLES

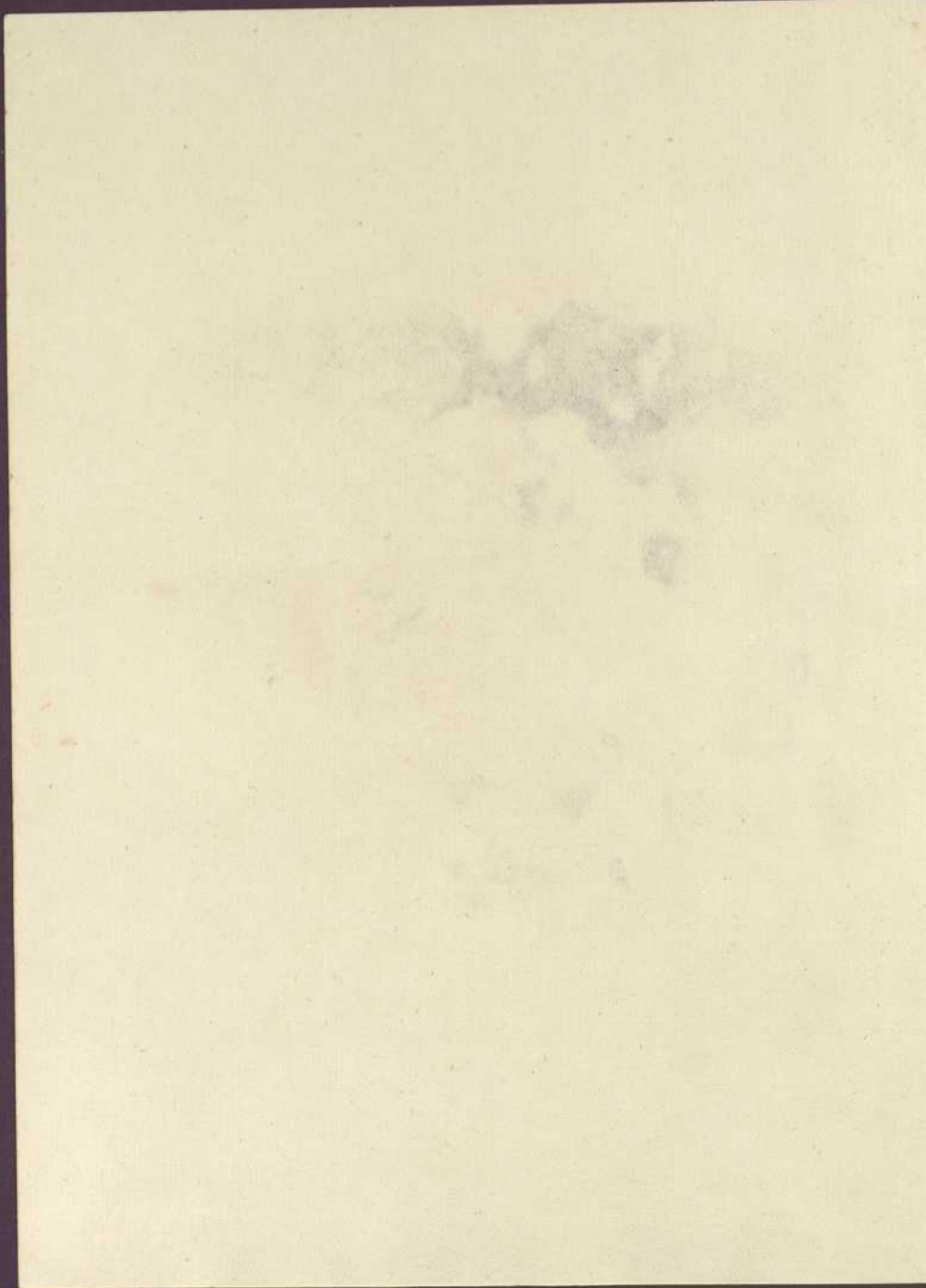


VEINTE AÑOS DE
VIAJE ERRANTE

CENTRO NACIONAL DE LECTURA

MECA





FA. 4878

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA



ES PROPIEDAD
PRINTED IN SPAIN

FA-4878 P

LOS GRANDES EXPLORADORES ESPAÑOLES
Vol. VI

Alvar Núñez Cabeza
de Vaca

o
Nueve Años de Vida Errante

NARRACIONES NOVELESCAS DE LA CONQUISTA DEL NUEVO MUNDO
por

JOSÉ ESCOFET

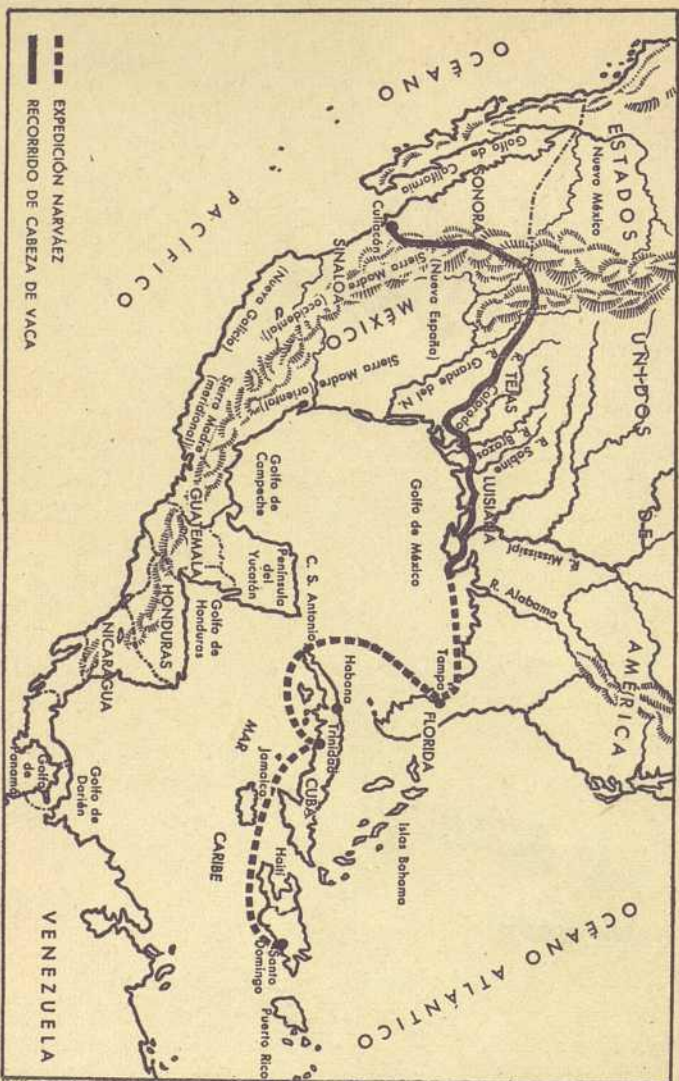
TERCERA EDICIÓN



n R. 5252
R-8606

I. G. SEIX Y BARRAL HNOS., S. A. - BARCELONA

1948



MAPA EXPLICATIVO DE LOS TERRITORIOS RECORRIDOS POR ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA

C A P I T U L O P R I M E R O



Dos capitanes

Estamos en 1527 y en la isla de Santo Domingo, donde los españoles establecieron la primera colonia, hace treinta y cinco años, en seguida que los descubridores desplegaron, por primera vez, sus pendones en una playa del Nuevo Mundo.

Son las siete de la tarde. Todavía hay en el ancón, que los castellanos llaman puerto, un movimiento inusitado. Punto de arribada forzosa de las expediciones que envía España a las tierras descubiertas, la colonia de La Española, o mejor dicho, el establecimiento principal de esta isla, ya poblada por blancos en el interior y al largo de sus costas Norte y Sur, ha prosperado rápidamente.

Los naturales del país siguen viviendo en sus bohíos rudimentarios; pero los españoles han levantado buenas casas de fábrica, con porches en la fachada y amplios patios interiores. La sombra y el aire libre son siempre apetecidos en la zona tórrida.

Al contrario de lo que sucede en España, donde se continúa la construcción medieval y las ciudades y villas forman laberintos de angostas y retorcidas callejas, las casas de Santo Domingo aparecen muy espaciadas; pero, como en los poblados de la patria distante, el mayor edificio es un templo, que remata la Cruz. Un altivo campanario se yergue, señalando con su aguja el infinito azul, al cual elevan los creyentes sus ojos llenos de esperanza eterna. Y no es ésta la única casa que tiene Dios en la naciente ciudad.

Se ven cruzar la plaza principal largas filas de indios, que van camino de la playa, abrumados bajo el peso de barricas y fardales. Van y vienen también alguaciles, soldados a pie y a caballo, clérigos y frailes. Una campana melancólica llama a la oración vespertina. Los hombres blancos se detienen, humillan la cabeza en actitud contrita, juntan las manos sobre el pecho y ponen por un momento su pensamiento en Dios. Los que visten hábito religioso permanecen arrodillados largo tiempo. Después se persignan, se levantan y siguen su camino, mientras los indios de carga continúan desfilando, uno tras otro, con su peso en la espalda y sin otro rumor que el de su jadear fatigoso.

El mar queda algo distante. Hasta él se prolonga una doble ringlera de indios, unos que van y otros que vuelven, llevando todos, los cargados y los que ya se libraron de esta pesadumbre, un trotecillo canino. No

ostentan plumas y van desnudos de la cintura para arriba. Sólo los viejos tienen los rostros desfigurados por fantásticos tatuajes. Ninguna mujer forma parte de esta recua humana.

En la bahía, incendiada por los resplandores del Sol en su ocaso, se balancean varios bajeles de gran porte, a los que trasladan la carga de los indios numerosas falúas, lanzadas sobre la lisa superficie del agua, que parece sangre y oro líquido.

—¡Pardiez, qué bien hinchados de bastimentos irán los barcos!— dice un caballero de buena planta, asomado a una ventana que mira al mar—. Menos hombres habrá que bultos si no les tienta el diablo con la promesa de un buen botín. ¿Sabéis que muchos de los que embarcaron con nosotros en Sanlúcar se quedan aquí?

Esto lo dice el caballero sin quitar el ojo de las carabelas, cuyos mástiles podrían competir por su balanceo con las palmas reales, si tuvieran su penacho.

—Soldados bravos habrá que nos sigan— dice una voz a espaldas del caballero—. Nunca se acaba la ambición.

Se vuelve el caballero. Es un arrogante capitán, joven como de treinta y tantos años, de talle esbelto y cuerpo musculoso, unos ojos negros que llamean y un aire de señor que cautiva.

—Discreto estáis, don Alonso, en la observación que

acabáis de hacer, como venido de la docta Salamanca. No iremos solos.

El nombrado don Alonso, más joven todavía que el caballero de la ventana y asimismo bien parecido y gallardo, se está ajustando el jubón en medio de una gran sala, ya un poco penumbrosa. Hay en un rincón un camastro, como para dormir en él seis personas colocadas de través. Cerca de la ventana, una mesa con dos velones, y disimulados por el resto de la habitación, dos sillones frailunos; dos arcas, una de ellas con la cubierta levantada; un banco sobre el que aparecen colocadas las diversas piezas de una armadura, y, en fin, un Cristo de gran tamaño en el testero.

— Buenos capitanes son todos los que con nosotros quedan — observa don Alonso, mientras acaba de vestirse —. ¿No es bueno Valenzuela? Otro más valiente no lo he conocido. ¿Y Andrés Dorantes? ¿Y Téllez? ¿Y Peñalosa? ¿Y el alcalde Carballo? Malos no somos nosotros tampoco, ¡pardiez! A vos no os aventaja en buen juicio ni el mismo Narváez. Y no olvidéis a Pantoja.

— Acabáis de nombrar el diablo — dice el caballero de la ventana.

El otro se ríe con risa franca y ruidosa que le sale a borbotones, y con el esfuerzo se le vuelve a desabrochar el jubón.

— ¡Por los cuernos de Lucifer! — grita, contrariado —. No se puede uno acordar de Pantoja sin sentir

el maleficio de su nombre. ¡Al infierno con él! ¡Mejores ánimas tienen los demonios cociéndose en sus calderas! ¿Me hacéis la merced, don Álvaro?...

Este ayuda a su amigo a sujetarse el jubón.

— Poned cuidado en no incurrir en su enojo o mala voluntad — observa prudente —. Narváez le distingue con un amor y una confianza que no merece. Es un privado hipócrita.

Hasta la habitación donde están don Álvaro y don Alonso sube un fuerte rumor de voces. La casa es una posada. En la planta baja hay una multitud de soldados, colonos y aventureros de enganche, que regalan sus gaxnates con vino de España, cuyo ardor les alegra y alborota. Se oyen chocarrerías y risotadas. También cantares, frecuentemente interrumpidos por gritos estentóreos y golpes dados con las jarras sobre las mesas.

Don Alonso se cruza el tahalí sobre el pecho y va en busca de su espada, que está sobre la cama.

— He aquí nuestra fortuna y nuestra ley — exclama a tiempo que se la sujeta sobre la cadera izquierda —. Gran cosa es una espada, por mi fe, y rindo tributo de admiración al que la inventó por el servicio que nos hizo a los hidalgos castellanos. ¿Qué sería de nosotros sin este precioso instrumento? Basta con esto y un corazón templado para ensanchar el mundo.

— Me sorprende que hable así el hijo de un doctor salmantino — replica, sonriente, don Álvaro, pasando

un brazo a su amigo por encima del hombro —. Debíais haber preferido los libros a las armas para ser fiel a vuestra sangre.

— Soy castellano y ambicioso. Antes que escribir la Historia, hay que vivirla. ¿Qué sería del mundo si no hubiera soldados? Las espadas abren camino a la sabiduría.

Don Álvaro sonríe incrédulo. Sin desprenderse del camarada, a quien tiene casi abrazado, dice:

— En el mundo se pueden hacer otras muchas cosas, además de la guerra. Acaso nosotros no sirvamos sino para pelear; pero si todos hicieran lo mismo, ¿quién labraría los campos? ¿El ángel de san Isidro? ¿Quiénes moverían los telares de donde nos vienen las ropas que llevamos puestas? ¿Quiénes, voto al diablo, levantarían los castillos y los palacios? ¿Quiénes forjarían nuestras propias espadas, que vos amáis tanto? ¿Pensáis quizá en los esclavos? Los hay en estas tierras de Indias; pero no lo son los labradores de la Mancha, ni los tejedores de Sevilla, ni los forjadores de Toledo, ni los que labran la piedra y la madera en el mundo donde nacimos. ¿Despreciáis al clérigo y al letrado porque no pelean? ; Por Dios, don Alonso, sed razonable! No llega sola la dorada mies a las eras ni se hicieron con espadas las catedrales. No verdeen por un milagro las viñas de Andalucía ni se curan sin médicos los enfermos. Tengo para mí que es gran ho-

nor llevar espada en el cinto y no desnudarla sino para buenos servicios; pero otros esfuerzos que no son el afán del guerrero merecen honra y prez y son de más necesidad que dar estocadas. Acontece, eso sí, que los hidalgos sin hacienda de nuestra Castilla prefieren la guerra al trabajo de todos los días. ¡Y sabe Dios cuál será nuestro destino! Muchos aquí venidos con una ambición semejante a la nuestra, pasaron más trabajos en este paraíso que nunca hubieran pasado en su tierra, para caer, al fin, asaetados por los indios o devorados por inmundas y feroces bestias. No les valió la espada para comer cuando tuvieron hambre. Y perdonad este discurso, don Alonso. Miedo me da ya de que me tengáis por demasiado hablador.

—Cautivo me tenéis de vuestras palabras, que me parecen muy puestas en razón, y así estaría oyéndoos mil años, si los viviera. Mas se nos ha echado la noche encima y nos están aguardando. Me agradará mucho platicar con vos de éste y otros asuntos en los cuales sois maestro y podéis enseñarme. Cuando queráis, os sigo, don Álvaro.

—Id vos delante.

Descienden don Álvaro y don Alonso, por amplia escalera, al patio, que está lleno de gente. Aquí se bebe y se charla por los codos, en medio de una ensordecedora algazara, que la presencia de los capitanes atenúa un poco.

— ¡Eh, don Teodoro! — grita uno de los recién entrados —. ¿Cómo está nuestra tropa?

El interpelado es un hombre ya maduro, pero delgado y largo como una lanza. Tiene trazas de marino y no parece español por su modo de hablar. Malcarado, con la nariz torcida y negra la dentadura, brillan, en cambio, sus ojos con brillo de inteligencia.

— Ciento cuarenta hombres se quedan en Santo Domingo — dice, haciendo un gesto que denota contrariedad —. Mejor se hubieran quedado en su tierra cuidando ovejas.

Don Teodoro es un griego aventurero, enganchado en la expedición que está preparando Pánfilo de Narváez para explorar la península que remata por Levante el golfo de Méjico. Allí estuvo, hace diez años, Ponce de León, el fantástico capitán que buscaba el agua milagrosa de una fuente que, según la leyenda, volvía jóvenes a los viejos (1). Se llamó La Florida dicha península por haber sido descubierta el día de Pascua.

— Aquí están Lucas, el piloto, y Lope de Oviedo, el tozudo, que saben más que yo de lo que se habla —, observa el griego, señalando a dos hombres que tiene al lado.

Uno de ellos, Lope de Oviedo, es un gigante. Sobre-

(1) Léase *La fuente encantada*, segundo volumen de "Los grandes exploradores españoles".

sale de todos los demás por su estatura. Su compleción hercúlea hace pensar en que debe tener la fuerza de un toro. Su expresión es ingenua, sin embargo. Después de ser interrogado por don Álvaro, avanza dos pasos y sonríe con su boca enorme, por donde podría pasar un pollo entero.

— Yo sé lo que todos saben — declara, sin abandonar la jarra de vino, que mantiene a la altura de su abultado pecho —. Lo que ha dicho el escribano Jerónimo de Alaniz: que son ciento cuarenta los arrepentidos. A nadie se fuerza, vive Dios, y cobardes no hacen falta.

— Yo conozco la ruta — dice Lucas, el piloto —, y comprometido estoy con Narváez. Gente no faltará.

— Cuantos menos seamos, mejor nos entenderemos — sentencia don Alonso —. En estas empresas, más quiero que me sobre el pan que no las bocas. ¡Ea, compañeros! Con Dios quedad y que aproveche el aloque. Pronto don Álvaro y yo saldremos de dudas. Esperándonos está el que nos manda a todos; no podemos llegar tarde.

Los dos apuestos capitanes, sin esperar más, cruzan el umbral de la puerta que da al exterior. La noche ha cerrado ya por completo. La calle es amplia y sigue una línea sinuosa. Las casas no están pegadas unas a otras, sino edificadas a trechos irregulares. Aparte la Luna, muy clara, a cuya luz blanquean los muros en-

jalbegados de los edificios, no hay más alumbrado que el de tal cual lamparilla, de pálidos reflejos, ardiendo ante la imagen de alguna hornacina.

Don Álvaro y don Alonso toman la dirección de la plaza donde se levanta la casa de Dios. Se cruzan con una ronda de soldados, a quienes dan las buenas noches, y también con un grupo de marineros que vienen de la playa. Indios, se ven pocos y todos ellos dedicados, por las trazas, al servicio doméstico de los españoles. En los porches, hay caballeros y soldados tomando el fresco, tocando la vihuela y cantando coplas.

A cincuenta pasos de la iglesia, cerca ya de la plaza, se detienen don Alonso y don Álvaro ante la puerta de un palacio, que puede llamarse así por las grandes proporciones del edificio y por los adornos de la fachada barroca. La puerta está abierta de par en par; pero la guarda un zaganete de arcabuceros.

— ¡Ave María Purísima! — dicen don Álvaro y don Alonso al poner pie en el umbral.

Y se adentran en la casa con paso enérgico, haciendo sonar los recios tacones de sus botas sobre el embaldosado.



II

Pánfilo de Narváez

Se ha dicho ya en el capítulo anterior que estamos en 1527. El lector ha de hacer un esfuerzo de imaginación para situarse en la época en que ocurrieron los hechos que se narran en este libro.

En el tercio de siglo transcurrido desde el descubrimiento colombino, la nación que acompañó al glorioso navegante genovés en la empresa que los sabios de entonces calificaron de quimérica, no ha estado ociosa. España se está volcando materialmente sobre el Nuevo Mundo, que se ensancha según va siendo penetrado por los exploradores españoles, venidos de la otra orilla oceánica.

Colón no solamente abrió la puerta del hemisferio ignoto. Cuando murió en Valladolid, más herido en su orgullo que desengañado, había descubierto Santo Domingo y Haití, Cuba, Jamaica y Puerto Rico, además de haber seguido largo trecho de la costa Sur del continente, desde el Orinoco a Caracas. Pero Colón murió en 1506. En los cuatro lustros largos que medían entre su muerte y la fecha que se indica al co-

menzar esta narración, los hechos trascendentales se han producido muy aprisa: Vasco Núñez de Balboa ha descubierto el Océano Pacífico; Hernán Cortés domina en Méjico; Elcano ha dado ya la primera vuelta al mundo; Francisco Pizarro planea la conquista del Perú; *Tierra Firme*, como llaman los exploradores al continente, para distinguirlo de las islas, es penetrada por distintos puntos, mientras van llegando de España nuevas carabelas con cargamento humano para emplearlo en la empresa más grande que nación alguna haya acometido. El mundo virgen, donde están siendo introducidas las normas de vida que imperan en la vieja Europa, promete a la nación exploradora riquezas incalculables; pero, en cambio, va sorbiendo su sangre poco a poco. España se despoblará, atraídos sus hombres por las maravillas de las nuevas tierras descubiertas. El misterio del mar, que guardaban milenios de ignorancia, ha sido roto, y por la hendidura que abrieron las proas de las carabelas colombinas se van las generaciones españolas a poblar las Indias.

Una de las brillantes expediciones que partían frecuentemente del Guadalquivir para seguir la ruta de Colón, fué la de Pánfilo de Narváez, brillante capitán ya experto en la exploración del Nuevo Mundo, donde había permanecido largos años, primero en Jamaica y después en Cuba.

Interesa al lector conocer los pormenores de la

expedición de Narváez, porque en ella figuraba como tesorero y alguacil mayor el héroe de este libro: un joven capitán andaluz, de ilustre familia, que, como otros innumerables hidalgos del solar hispano, pensaba restaurar el brillo de sus blasones con el oro de aquellos países fabulosos, recién nacidos al conocimiento de los europeos.

Pánfilo de Narváez, como queda dicho, era un militar de prestigio ganado en Jamaica y Cuba. En la primera de las citadas islas antillanas, estuvo a las órdenes de Juan de Esquivel, y en Cuba tuvo en el gobernador Diego Velázquez el mejor de sus amigos. Ambos eran de Cuéllar (Segovia), si bien se cree igualmente que Narváez había nacido en Valladolid. Pero, aunque así fuera debió de residir en Cuéllar, donde conoció a Velázquez, quien le consideraba paisano.

Las preferencias que mereció del gobernador de Cuba no tuvieron por único móvil el paisanaje o antigua amistad. Narváez fué nombrado primer capitán de Cuba después de haberse ganado a pulso este título, explorando el interior de la isla y sometiendo a las tribus rebeldes. Sostuvo con ellas innumerables y fieros combates y se hizo temer por todos los naturales del país.

Más adelante se dirá cómo eran los sentimientos de este capitán, que tuvo de consejero, sin que le aprovecharan sus sabias y prudentes enseñanzas, a una de

las figuras más excelsas de la colonización española en el Nuevo Mundo, fray Bartolomé de las Casas. Lo que importa saber, de momento, es que don Pánfilo era hombre de prestancia, bien conceptuado en Cuba y en España. Tanto es así que, habiendo regresado a la tierra madre en 1518, consiguió para Velázquez el título de Adelantado, que era como revestirle de la máxima autoridad oficial en Indias.

Los viajes de Narváez a España fueron varios, y en uno de ellos, el último, organizó su flota expedicionaria de junio de 1527.

Expedición brillante. Comprometió Narváez en ella todo su prestigio y hasta el último maravedí de sus arcas, como les sucedía a todos los emprendedores de su tiempo, especialmente dedicados a la exploración y a la conquista del mundo colombino. No le faltó el apoyo oficial, ciertamente, y, además, tuvo también, como ayuda, los caudales de distinguidos expedicionarios, que venían a ser, junto con los que sólo aportaban su inteligencia y su esfuerzo, como los comanditarios de empresa tan arriesgada.

De cinco navíos se componía su armada y en ellos se repartieron hasta setecientas personas, entre oficiales, soldados, marineros y algunas damas que habían querido acompañar a sus maridos. ¡Mala empresa para intervenir señoras!

Como representante oficial de la corona, en su cali-

dad de veedor, iba don Alonso de Solís, muy fino cortesano; don Alonso de Enríquez se llamaba el contador; el tesorero y alguacil mayor era un apuesto y joven capitán, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, emparentado con familias linajudas. Había un escribano, Jerónimo de Alaniz, y capitanes con buena hoja de servicios, nombrados Alonso del Castillo, Francisco de León, Andrés Dorantes, Pantoja, Valenzuela, Téllez, Peñalosa y otros que lo mismo servían para el mando que para ser mandados. Figuraban en la expedición asimismo cuatro frailes de la orden de San Francisco, siendo entre ellos el de más autoridad fray Juan Suárez, nombrado comensario, y dos o tres clérigos.

Partieron los cinco bajeles de Narváez del puerto de Sanlúcar de Barrameda el 17 de junio de 1527 y llegaron felizmente a Santo Domingo, donde esperaban al comandante de la flota las primeras contrariedades. Fueron éstas creadas por la defección de muchos expedicionarios, demasiado propensos al mareo y a dejarse influir por promesas de vida fácil y regalada. Siempre que llegaba de España una expedición, ocurría que los españoles establecidos en Indias desanimaban a los expedicionarios, haciéndoles ver que la penetración de las islas y *Tierra Firme* no se podía hacer sin afrontar peligros terribles. Vale decir que no exageraban los alarmistas; antes bien la trágica realidad superó siempre sus previsiones y su dolorosa

experiencia. Pero, desde España, las cosas de Indias se veían de otro modo, y a todos los que se lanzaban a la aventura de cruzar el Océano les parecía que, para enriquecerse y alcanzar grandes honores, les bastaría con afirmar su planta en las tierras maravillosas que descubrió Colón.

— ¿Creíais que para coger el oro, al llegar aquí, no tendríais que hacer otra cosa que agacharos? — decían con sorna los que ya llevaban años de residencia en el Nuevo Mundo —. ¡Qué inocentes! Aquí hay oro y otros bienes terrestres que valen más que el oro. Pero hay que ir a buscarlos. Y sobre que se encuentran muy pocas veces, en su busca se sufren penalidades que no todos los cuerpos pueden resistir. Muchos encuentran la muerte antes de haber visto brillar el metal codiciado. Más son los que dejaron sus huesos blanqueando al Sol en las playas desiertas, que los que volvieron con un rico botín.

Se había popularizado entre los colonos castellanos la leyenda clásica del rey Midas y se la contaban a todos los recién llegados:

— Tal vez no sepáis lo que le pasó a un cierto monarca por ser demasiado ambicioso. Era rey y no tenía bastante. Sus dioses le otorgaron el don de convertir en oro todo lo que tocase, y oro se le volvieron hasta el pan y demás alimentos que pretendía comer. Para no morir de hambre, porque el oro no se come y sin co-

mer no se vive, solicitó de la divinidad que adoraba un nuevo favor: el de retirarle la virtud que antes había pedido con tanto afán. Tuvo que bañarse en un río, que desde entonces arrastra arenas auríferas, y, para castigarle por ambicioso y por necio, los dioses le hicieron nacer dos orejas de asno, y perdió las suyas de criatura racional. Que se apliquen el cuento los que vinieron a pescar el oro con redes.

Se puede imaginar fácilmente la impresión que tales referencias dejaban en los espíritus sencillos y apocados. Por otra parte, los españoles residentes en Santo Domingo, deseosos de ver prosperar cada día más sus establecimientos de la isla, invitaban a los expedicionarios a quedarse en ellos, para dedicarse al comercio y a la agricultura, camino más seguro y fácil, aunque muy largo, para llegar a la fortuna. Sobre todo a los casados, a quienes acompañaban sus esposas, les hacían ver la temeridad de lanzarse a una exploración en la que podían perderlo todo, incluso la vida.

Así, aconteció que aquel brillante tropel de hidalgos que había desembarcado haciendo una presuntuosa exhibición de sus armas relucientes, de sus brocados, de sus medias de seda, de sus encajes y collarines, empezó a dudar y a temer por sus mujeres, que, a su vez, se inclinaban por quedarse en Santo Domingo o regresar a España.

Ciento cuarenta de los expedicionarios de Narváez

decidieron no continuar adelante, mientras el jefe, buen militar, y, como tal, de poco aguante, se daba a los demonios y removía cielo y tierra para encontrar quienes substituyeran a los cobardes. Éstos no se quedaban solos, sino con sus armas, sus bastimentos y sus caballos, quienes los tenían; por manera que los elementos de penetración con que había contado Narváez disminuyeron considerablemente.

Llevaba ya la expedición cinco semanas detenida en la bahía de Santo Domingo, cuando el jefe, dejándose llevar de su genio fuerte, dijo que partiría antes de ocho días, yendo a buscar refuerzos a Cuba. A los cinco bajeles de la flota añadió un sexto, comprado en la isla.

Había reunido a sus oficiales en el palacio del gobernador para comunicarles su resolución. Allí, rodeado de los capitanes de más autoridad, entre los que se encontraban el tesorero, don Álvaro Núñez, y su amigo don Alonso del Castillo, recabó la adhesión de todos ellos para dar cima a su propósito.

Narváez tenía un privado, Pantoja, aventurero de dañada expresión, que adulaba al jefe para que éste le distinguiera de los demás oficiales. Era envidioso y ruín, servil para el superior y autoritario y cruel con el sometido. Narváez le distinguía porque le tuvo de auxiliar cuando sus correrías en la isla de Cuba, donde dejó un recuerdo terrible de su paso. Las crueldades

de Narváez con los indios caribes, que levantaron la indignación del sabio y providente padre Las Casas, decía la gente que se debían a sugerencias de su ángel malo, el avieso Pantoja, quien parece que le acompañó asimismo en su desgraciada expedición a Méjico, cuando, por orden del gobernador Velázquez, quiso prender a Hernán Cortés (1).

Pánfilo de Narváez, descontado su temperamento impulsivo, que le hacía prescindir muchas veces de la reflexión, no era mala persona. Si hubiera sido tan inteligente como bravo — su valor personal se confundía con la temeridad —, podía haberse evitado muchos reveses, entre ellos el que le infligió Hernán Cortés, con fuerzas muy inferiores a las suyas. El conquistador de Méjico, que le había ofrecido reiteradamente la reconciliación y su sincera amistad, cansado de tropezar con la tozudez de Narváez y sus amigos, le atacó, al fin; le derrotó y le tuvo un año prisionero en Veracruz. Narváez perdió un ojo en aquella triste misión y se quedó sin amigos, que se pasaron al vencedor. Cuando llegó a Santo Domingo, con sus cinco navíos, para explorar La Florida, era tuerto.

Si le acompañó Pantoja a Méjico no se puede decir con exactitud, aunque es seguro que allí le rodeaban muchos Pantojas, todos los que después le abandona-

(1) Léase el volumen III de esta colección: "*Hernán Cortés o La Conquista de Méjico*".

ron al verle vencido. De esta calaña era su protegido. Sencillamente, un amigo de mala condición.

Quienes tenían de Narváez un mal concepto razonaban su animadversión al jefe esgrimiendo contra él un argumento casi irrefutable. "La verdad es — decían — que ha tenido a su lado, en todas sus campañas, buenos y malos consejeros y que invariablemente ha preferido los malos. Nunca se dejó conducir por fray Bartolomé de las Casas, que reprobaba su exceso de rigor con los indios caribes, y, en cambio, un Pantoja cualquiera se adueña de su voluntad. Si no fuera él de mala índole, si no tuviera duro como una roca el corazón y obscuro el entendimiento, sabría distinguir de entre los hombres que le rodean a los que son más dignos de su confianza."

Hemos de creer, sin embargo, que no se dejaba influir por los malos a causa de su espontánea inclinación a la maldad, sino porque, mientras los malos le adulaban, los buenos le reñían. Ésta es una debilidad frecuente entre los hombres de mando, sobre todo si, además de autoritarios, son poco inteligentes. Suelen tomar a mal que se discutan sus determinaciones, porque tienen de la autoridad un concepto orgulloso y falso, confundiendo la investidura con la capacidad individual, el nombramiento obtenido con el mérito de la persona que lo recibe.

Mientras discutía Narváez con sus oficiales, en el

palacio del gobernador de La Española, su inmediata partida para la isla de Cuba, en busca de hombres y bastimentos que completaran los ya cargados en Santo Domingo, se vió claramente que el parecer de Pantoja era el que pesaba más en el ánimo del comandante de la expedición hasta el punto que dijo Alonso del Castillo a su amigo Álvaro Núñez:

—Tengo para mí que muchos de los que aquí se quedan parece que por cobardía, irían con nosotros si no les espantara la amistad entre el jefe y esta ave negra.

Don Álvaro miró a Pantoja, que estaba de pie, junto a Narváez, sentado a un extremo de la sala donde tenía efecto el consejo. Los demás oficiales, repartidos en varios grupos, prestaban poca atención a un discurso de Pantoja, en el cual abundaban más los elogios al general tuerto que los razonamientos sobre el probable resultado de la empresa. Era Pantoja un hombre ya maduro, de cabellos y barba grises, de mediana estatura y pocas carnes, sombrío de expresión y de palabra premiosa. Algo cargado de espaldas y en posición baja la cabeza, como habitual de aquel que se inclina mucho en las reverencias, acentuándolas con afectación, encarnaba muy bien el tipo del hipócrita y taimado. En los momentos en que le miraba don Álvaro, estaba diciendo, vueltos los ojos a Narváez, con voz que procuraba hacer meliflua:

— Podrían faltarnos hombres, armas y víveres, y sólo con tener un general como vos iríamos muy lejos y alcanzarían fama en el mundo las hazañas que vamos a emprender.

“¡De la gloria que nos venga de ti y de quien te escuche, nos libre Dios!” — pensó don Álvaro.

Seis días después partía la escuadra con rumbo al extremo oriental de la isla vecina.

III

La mora de Hornachos

De Santo Domingo a Santiago de Cuba, la distancia es muy corta. La gente embarcada en los seis bajeles se había reanimado con las promesas de refuerzos y al ver que el viento les era favorable. Se tenía gran confianza en el piloto Lucas, que decía haber navegado mucho por el golfo, y en el capitán de navío don Álvaro de la Cerda, por su larga experiencia como hombre de mar. Se había cometido, sin embargo, la imprudencia de embarcar también señoras. Éstas no eran muchas y parecían ajenas a todo temor, salvo una llamada doña Ana, que no hacía sino augurar catástrofes desde que salió de España.

Doña Ana estaba casada con un oficial de Narvárez y había tratado en vano de convencer a su marido para que se quedara en Santo Domingo. "No por otra cosa sino porque no deseo morir de mala muerte", decía. Era joven y no carecía de encantos. Pero, como muchas hijas de su tiempo, era extraordinariamente supersticiosa.

Viajaba en el mismo barco donde iban Narváez y don Álvaro Núñez.

Antes de llegar a las costas cubanas, tuvo doña Ana con éste y con el franciscano fray Suárez una interesante conversación.

— No puedo curarme de mis cuitas — hubo de insistir la dama, secándose con un pañuelito de encaje sus ojos inundados de lágrimas —. El corazón no miente. Nos esperan grandes desgracias.

— No entiendo cómo os abandonáis, en este trance, a tan negros presentimientos — le replicaba el religioso, comisario de la expedición —. Vuestra fe de cristiana vacila, hija mía, y os halláis al borde de un pecado grave. Nunca se debe perder la confianza en el que todo lo puede.

Doña Ana continuaba en su aflicción:

— Bien les tengo rezado a Dios y a todos los santos para que no nos abandonen; pero lo escrito en nuestro destino no se puede borrar.

— ¿Ni que le pasara por encima toda el agua que nos rodea? — preguntó, bromeando, don Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

— Podéis burlaros de mi dolor; mas el destino nuestro no cambiará. Tan cierto es como el viento que hincha estas velas y nos lleva. Me lo dijo una mora de Hornachos antes de partir.

— Conozco la historia — porfiaba el fraile, un poco

indignado —, y no me place que así deis crédito a los infieles. Creéis que está la verdad en las gitanerías que os ha contado una mora y dudáis de la Divina Providencia.

— Yo no dudo. Dios no me ha revelado sus designios, que pueden ser los de una muerte cercana, como predijo la mora de Hornachos, tal vez por nuestra gran ambición, que también es pecado.

Era al atardecer. Nuestros tres personajes formaban un grupo colocado debajo del puente: de pie don Álvaro, recostado de espaldas en la barandilla de estribor; sentados el franciscano y doña Ana, aquél en un montón de cables, ésta en un escabel que la obligaba a tener las rodillas muy altas, en las que apoyaba los brazos y la cabeza en los momentos de mayor congoja. Se deslizaba el barco graciosamente, con rítmicos cabeceos, saltando sobre la móvil ondulación del mar sosegado. El viento, suave y propicio, hinchaba las velas. Flameaban en las agujas de los mástiles alegres banderolas.

— Perdonad señora; pero creo que vuestros temores son impropios de una dama valiente, como se supone que ha de ser la mujer que no abandona a su marido en empresa de tanto riesgo como ésta en la que estamos metidos — dijo don Álvaro, poniendo en sus palabras mucha seriedad y hasta cierto acento de reconvención —. Ya sabíais en España a lo que íbamos, antes de que la mora de Hornachos os revelara nuestro triste porvenir.

Y si no lo sabíais en España, os lo dijeron en Santo Domingo, para que os quedarais allí si os faltaba el valor para afrontar lo que Dios nos tenga deparado. El amor por vuestro esposo, que es el primero de vuestros grandes méritos, os hizo cerrar los ojos al peligro y los oídos al buen consejo. Ya lo hecho no tiene remedio, y me parece que hacéis mal desanimando a las damas que os acompañan, que, a su vez, influyen sobre sus maridos de tal modo que el desaliento cunde también entre los hombres.

Se quedó el tesorero mirando dos bergantines que venían detrás, muy cercanos, y que ahora parecían avanzar contra un costado del buque de Narváez por haber trazado este último una curva, virando hacia el Sur. Las proas de las naves vecinas cortaban las olas suaves, hundiéndose y volviendo a emerger como si las llevaran manos de niños y la navegación fuera un juego.

— Tiene razón don Álvaro — aprobó fray Suárez, que tenía en mucha estimación el talento discursivo del joven capitán —. Estáis amedrantando a la gente, que empieza a participar de vuestro sobresalto. Mal prevenidos nos encontrará la desgracia si ha de venir, como teméis, y es para estos menesteres que se necesita el ánimo esforzado. Sin olvidar nunca que nada puede suceder sin que intervengan los designios del Cielo.

Y se quedó mirando al tesorero de la expedición y sonriéndole con la más viva complacencia.

Don Alvar Núñez Cabeza de Vaca — ya es hora de que se diga — había nacido en Jerez y pertenecía a una familia ilustre, de valientes guerreros. Es curioso que hiciera ostentación de su segundo apellido, que parecía más bien un apodo. Pero este apellido era precisamente legítimo orgullo de la estirpe. Se remontaba al siglo XIII y fué ganado en la batalla de las Navas de Tolosa, en lucha descomunal con los moros. Entre los antepasados de Álvaro Núñez, se debe citar, en primer término, a su abuelo don Pedro de Vera, famoso por sus hazañas, que le señalan como el hombre más arrojado de Andalucía, en su tiempo.

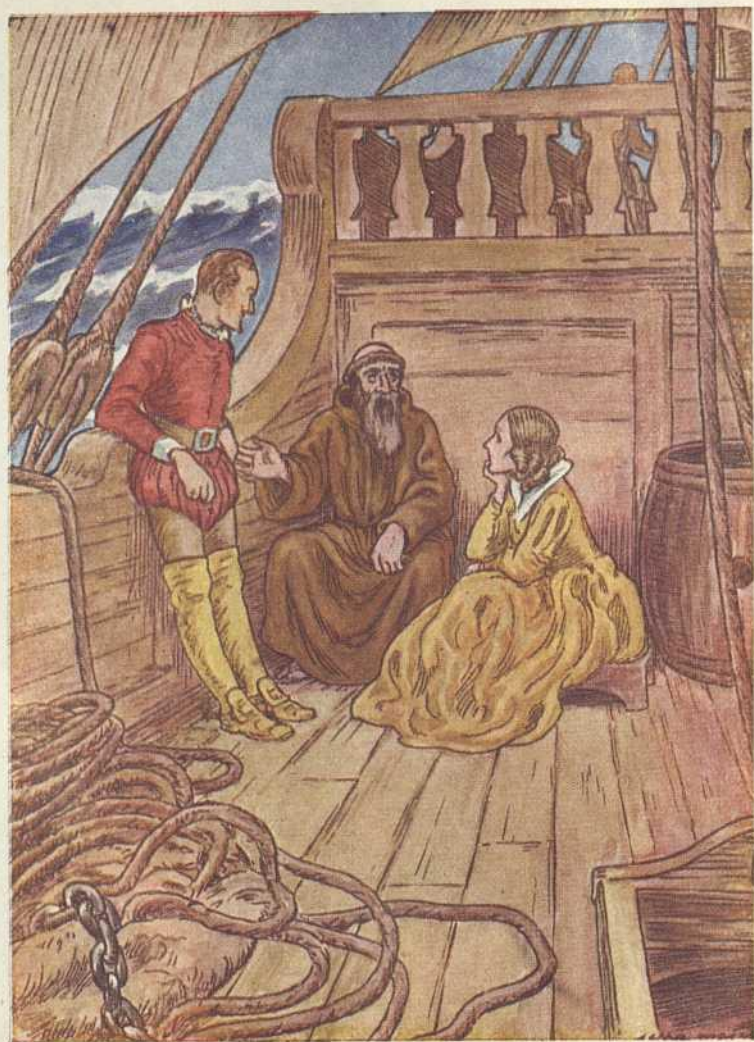
Don Álvaro recordaba a su abuelo con devoción y entusiasmo. Debía haberse llamado Gómez de Mendoza, pues era hijo, Pedro de Vera, de Diego Gómez de Mendoza; pero, no se sabe por qué, tomó el apellido de su madre y con él alcanzó tanta fama que hubo de ganarse, muy bien ganado, un puesto en la Historia. Educado en la corte de Enrique IV, tuvo gran influencia desde muy joven y ocupó cargos públicos de importancia en Jerez, su ciudad natal. Pero quería dar a su nombre más vastas resonancias. El vegetar como alguacil de Jerez o como alcalde de Jimena, no iba con su temperamento, que era un huracán.

El tiempo se prestaba a correr aventuras; pues andaba el país muy revuelto. Andalucía era teatro de rivalidades y guerras sin fin. Pedro tomó partido por su

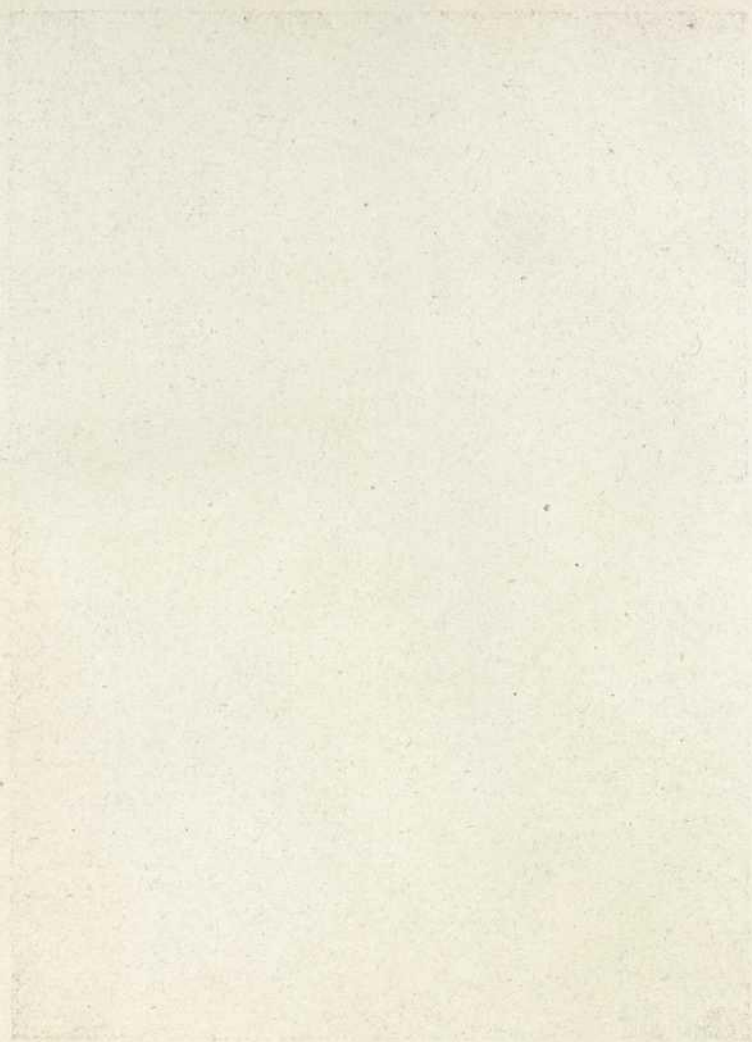
pariente el marqués de Cádiz, y un buen día se lanzó sobre la plaza de Medina. Su talento militar, su valor a toda prueba y la turbulencia de su carácter, llegaron a inquietar a los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, quienes procuraron tenerle por amigo, a cuyo fin le enviaron a conquistar la Gran Canaria. Esta empresa le fué a don Pedro en extremo provechosa; pues conquistó la isla, la pacificó y la colonizó, mereciendo por ello los honores que le otorgaron los reyes. Sus aventuras no acabaron ahí y aun hubo de distinguirse en la conquista de Granada, hasta que, ya viejo, se retiró a Jerez, donde hizo construir el convento de Santo Domingo, en una de cuyas sepulturas hallaron descanso sus huesos.

Álvaro Núñez estaba más orgulloso de su abuelo que de su padre, buen caballero, aunque, por sus pacíficas costumbres, no traspasó su renombre la comarca jerezana. El nieto de don Pedro de Vera tenía mucha imaginación y deseaba ver mundo, estimulado por la gloria del conquistador de la Gran Canaria, y fué de aquellos hidalgos que se dejaron deslumbrar por las maravillas que se contaban del mundo descubierto por Colón. Cuando se enganchó en la expedición de Narváez, estaba en su segunda juventud, sin haber desaprovechado la primera; puesto que tenía una educación no común y gozaba de prestigio en Andalucía.

Capitán valeroso, don Alvar Núñez Cabeza de Vaca



Nuestros tres personajes formaban un grupo colocado debajo del puente...



no era, como fué su abuelo, ni un turbulento ni un temerario. Tenía un valor sereno, que guardaba para las grandes ocasiones. Quiere esto decir que se distinguía más por su discreción y su prudencia que por su arrojo, aunque, llegado el momento en que se hiciera necesario jugarse la vida, no andaba remiso en afrontar el riesgo. Pero no se excedía en ello sin necesidad, no bravuconeaba ni se arrojaba a un lance peligroso sin meditarlo antes; porque, solía decir: "Lo más alto del hombre es la cabeza y lo primero que debe hacer un caballero bien nacido es pensar en lo que se emplea".

Tal era el hombre que iba en la armada como tesorero y alguacil mayor y a quien fray Suárez distinguía de los demás oficiales por sus cualidades eminentes, por nadie más apreciadas con igual justicia.

Llegados a Santiago de Cuba, pocos días se detuvo la flota en este puerto. Narváez tenía allí buenas amistades y había ido nada más que a buscar gente, caballos y víveres, si los encontraba; porque todo tenía que conseguirlo a crédito. Un antiguo amigo suyo, llamado Vasco Porcalles, que residía de muchos años en la isla y tenía grandes propiedades, se entusiasmó con el propósito de explorar La Florida. Recordaba Porcalles el intento de Ponce de León y las referencias que dieron de aquella tierra los que con él estuvieron en la península nombrada. También recordaba que otro caballero, después de Ponce, el oidor de la Audiencia de Santo

Domingo, don Lucas Vázquez de Ayllón, había mandado varias carabelas a La Florida, con la intención de penetrarla y poblar en ella.

Los españoles establecidos en tierras americanas fueron muy emprendedores desde los albores de la colonización. Con frecuencia se lanzaban a exploraciones o se asociaban con los que disponían de autorización legal para hacerlas. Sobre todo, el misterio de *Tierra Firme* les atraía con fuerza irresistible, antes y después de los éxitos de Hernán Cortés en Méjico, lo más grande que se había hecho hasta entonces. La probabilidad de hacerse inmensamente rico en cinco o seis meses, era una tentación más fuerte que el temor de perderlo todo en pocos días, si el mar alborotado se tragaba las naves o se perdían los exploradores en tierra de salvajes y morían todos de mala muerte. En estos casos desgraciados, muy frecuentes, cuando llegaba la noticia del revés sufrido — a veces no llegaba nunca —, se consolaba el perdidoso pensando: “¡Otra vez será! ¡Yo, al menos, no he perdido la vida!” Tenían estos negocios los azares del juego, la gran pasión del aventurero de todas las épocas.

Vasco Porcalles ofreció al tuerto Narváez cuanto poseía en Trinidad, otro puerto de la misma isla, distante unas cien leguas de Santiago, y, embarcado en la nave del jefe, éste hizo poner proa a Poniente y costear por el sur de la isla. Pero cambió de parecer

cuando estaban ya en camino, pensando que ninguna necesidad había de llevar a Trinidad las seis embarcaciones, si todo lo que se tenía que embarcar cabía en una.

Estando en el cabo de Santa Cruz y pareciéndole que allí podría tener los barcos al abrigo de tempestades, llamó Narváez a su hombre de confianza, Pantoja, y le dijo:

— Vos iréis con un navío a Trinidad, para cargar los bastimentos. Con vos irá este amigo que me los ofrece. Para que no os falte escolta, he dispuesto que, en otra nave, vaya Cabeza de Vaca.

Se hizo así. Cuatro navíos se quedaron con el Almirante y dos se partieron para Trinidad, adonde llegaron sin tropiezo alguno. Pero el poblado de Trinidad estaba distante de la playa más de una legua. Porcalle, Pantoja y unos cuantos soldados se metieron tierra adentro, quedando en la playa los dos navíos al mando de don Álvaro.

Y aquí empezaron las desgracias.



IV

La tempestad

Amaneció el día encapotado y feo. Soplaban un viento frío del Norte y el mar roncaba amenazadoramente. El ancón donde había quedado esperando don Álvaro no ofrecía grandes seguridades. Creyó el Capitán oportuno consultar a los pilotos, quienes, ciertamente, participaban de sus inquietudes.

— Cuanto antes nos partamos de aquí, será mejor — dijo uno de ellos, escrutando, con el ceño fruncido, el horizonte.

— Éste es un mal abrigo para los barcos — corroboró el otro marino —. De algunos sé que se estrellaron contra esta costa.

Don Álvaro estaba muy preocupado.

— A ver lo que tardan éstos en volver — hubo de exclamar, indeciso —. Y, después, lo que se tenga de cargar, para traerlo del pueblo, lleva tiempo. El mar se está alborotando más de lo que conviene a nuestra situación. Si no arreciara mucho la tormenta, podríamos esperar.

La tormenta arreció. Se quiere decir que empezó a llover. Los pequeños bergantines, juguetes de las olas, daban fuertes bandazos y se estaba en ellos muy mal. Los soldados pidieron autorización al Capitán para saltar a tierra.

— No sé de qué podrá serviros — objetó don Álvaro cada vez más alarmado —. Como siga lloviendo, os va a calar el agua hasta los huesos y tendréis que volver. No veo por ahí refugio donde pudierais guareceros.

Pero, como insistieran los soldados en su petición, les dejó ir.

Algunas horas más tarde, volvieron a embarcar la mayoría. Habían arreciado mucho la lluvia y el viento. El lugar, como tenía observado el Capitán, era un desierto. No ofrecía cobijo a los desembarcados, que sentían un frío excepcional en aquella latitud, con mayor motivo estando empapados.

Por un río que desembocaba en el ancón, llegó una canoa conducida por indios, en la que venía un mensajero español con una carta para don Álvaro. Leyóla éste con impaciencia y se quedó perplejo. ¡Cosa más rara! Firmaba la carta un vecino de la villa, desconocido de Cabeza de Vaca, y en ella se le decía que se fuera para allá, que le darían los bastimentos que necesitara.

— ¿Por qué no me escriben Pantoja o Porcalle? — se preguntaba el Capitán, sin lograr salir de su natural

confusión —. ¿Y para qué tengo que ir yo a la villa si ya está en ella un representante de Narváez?

Despachó, de muy mal talante, al mensajero, diciendo que él no podía abandonar los navíos y que estaría allí hasta que volviese Pantoja.

Con el mensajero se fueron algunos de los españoles que habían desembarcado.

La misma canoa volvió unas horas más tarde. Traía el mensajero una nueva carta y un caballo, éste por si don Álvaro quería ir montado a la villa. La carta insistía en la promesa de bastimentos y en la necesidad de que don Álvaro acudiera al llamamiento.

Se impacientó el Capitán y contestó que aquel modo de proceder distaba mucho de ser correcto. Pero intervinieron los pilotos.

— Vaya su merced y saldremos de dudas — porfiaba uno de ellos —. El tiempo está muy malo y no podemos esperar aquí a que amaine la tempestad.

— Sí, Capitán — decía el otro —; si no cargamos en seguida lo que nos quieran traer, me temo que nos vamos a quedar sin barcos.

Accedió Cabeza de Vaca a los requerimientos de los pilotos, que estaban realmente muy alarmados. Pero, aunque pretendió hacerse acompañar de algunos de los suyos, ninguno quiso ir al poblado, pretextando que llovía torrencialmente y que el viento era glacial.

— Bien, no quiero incomodaros — dijo el Capitán — ; iré solo. Comprendo que no os seduzca — ; voto al diablo! — dar un paseo de una legua bajo este diluvio.

Recomendó a los pilotos que, si aumentaba el peligro, desembarcaran a la gente y los caballos y salieran ellos con las tripulaciones a capear el temporal.

Partió inmediatamente, acompañado de los indios que le habían de mostrar el camino.

Éste fué muy penoso a causa de la lluvia y el viento. Pero como no era mucha la distancia hasta la villa de Trinidad, llegó a ella don Álvaro con su escolta. Allí tuvo unas palabras con Pantoja, que se excusó mal de su negligencia. Había bastimentos para cargar; pero aquellos que los proporcionaban, entre ellos Porcalle, exigían formalidades y la firma del tesorero de Narváez.

— Podíais haberme escrito vos — reprochaba don Álvaro a Pantoja.

Este sombrío compañero de expedición apenas le hizo caso. Es posible que se hallara resentido en su orgullo por no haber podido despachar el negocio personalmente, sin ayuda de nadie.

El día siguiente era domingo. Don Álvaro esperaba que los que dejó en la playa irían al pueblo a oír misa. Pero llovía más que llovió en la víspera y la furia del viento era también mayor. A Cabeza de Vaca

se le llenó de zozobra el corazón pensando lo que podría ocurrir en el mar.

— ¡Quiera Dios que hayan sido prudentes y hayan saltado a tierra!— decía, paseándose, desasosegado, bajo los porches de la casa de Porcalle—. ¡Malditos bastimentos! Mucho será que se hayan salvado los bajeles para que los podamos aprovechar.

Era el único que se preocupaba por la suerte que podían correr los barcos. Los vecinos de Trinidad y los expedicionarios que habían venido a la villa, veían otros peligros más inmediatos, que les amenazaban a ellos directamente. La tormenta era terrible. Negro el horizonte, las nubes, densas y hoscas, volcaban su cargamento de agua con la fuerza y la abundancia de verdaderas cataratas, inundando el poblado y sus alrededores. Don Álvaro no pudo permanecer en los porches, porque ya le llegaba el agua a los tobillos y el vendaval podía llevarsele como si fuera una pluma. Ni el interior de la casa, con todo y tener ésta recios muros y ser de construcción muy sólida, ofrecía ya seguridad.

— ¿Llueve siempre aquí de este modo? — preguntó el Capitán a Porcalle, que parecía consternado, cuando fué a buscar refugio en las habitaciones altas, acompañado de sus huéspedes.

— ¡Dios me condene si miento! ; Así no había visto llover en mi vida!

Retumbaba, horrísono, el trueno, precedido de exhalaciones deslumbrantes, y el silbido del huracán parecía salir de mil flautas infernales. Volaron los bohíos de los indios en fragmentos. Los pobrecillos salvajes empezaron a correr de un lado para otro, implorando la clemencia del Cielo.

— ¡Pardiez! — gritó un español —. ¡Esto es el fin del mundo!

A media tarde, se produjo un estrépito insólito. Un árbol corpulento, arrancado de cuajo por el viento, se derrumbó sobre una casa próxima y la aplastó como si hubiera sido de cartón. Pocos instantes después, don Álvaro, que se había acercado a una ventana, retrocedió espantado.

— Mirad hacia allí — dijo extendiendo el brazo izquierdo, mientras con la otra mano se tapaba los ojos —, hacia la iglesia. ¿No estaba allí el campanario?

Había estado; pero ya no existía. No fué alucinación de Cabeza de Vaca cuando creyó verlo quebrarse por la mitad y venirse al suelo pesadamente y hecho pedazos.

— No podemos seguir aquí — observaron algunos que en seguida echaron a correr hacia la escalera.

Ya todos fuera de la casa, comprendieron que no podían andar cada uno por su cuenta sin exponerse a ser arrebatados por el huracán, que en sus remolinos arrastraba cuerpos mucho más pesados que el de un

hombre. Decidieron ir formando grupos de ocho o diez, todos abrazados, para ofrecer mayor resistencia. Pero les urgía salir al despoblado, porque las casas seguían derrumbándose una tras otra o varias a la vez.

Tuvieron que avanzar contra una torrencera, cuya agua les azotaba las piernas. Si pretendían hablarse de un grupo a otro no se oían. Y entre tanto iba la noche sumiéndoles en impenetrables tinieblas.

¿Cómo escapar de la muerte? No hallaban lugar donde no amenazara el peligro. Porque donde no había casas próximas a caerse, se balanceaban los árboles hasta arrastrar su fronda por el suelo. La negra noche no dejaba ver a dos pasos de distancia. Descubrían el peligro, a veces inmediato, al fulgor de los relámpagos. Y cuando un hombre, por haber tropezado, se desprendía de su grupo, era en seguida llevado por el viento sabe Dios a qué trágico destino.

— ¡La Divina Providencia nos asista!

— ¡Sálvanos, Virgen de la Soledad!

— ¡Vamos a la muerte!

— ¡Dios de los Cielos, no nos abandones!

Estas impetraciones y otras parecidas salían de los grupos de españoles, perdidos en la noche y en la tempestad. También clamaban misericordia los indios, pero en su lengua enrevesada. Y mientras tanto continuaba rugiendo el trueno, y los fuelles del viento no dejaban de soplar y silbar con fuerza nunca vista ni sentida por

aquellas miserables criaturas, que andaban al azar, cogidas del brazo, chapoteando en el agua, en medio de la obscuridad más profunda.

¿Cuánto tiempo anduvieron así? Una eternidad les pareció a ellos. Sentíanse chorreantes y ateridos. Llegó un momento en que se apelotonaron algunos grupos, tirados los hombres en el suelo, agotadas las fuerzas y la sensibilidad. Ciertos de que tenían que morir, se rendían a los elementos, vencedores en aquella batalla desigual.

Pero todo tiene su fin. Al amanecer del lunes, el ciclón había frenado considerablemente su arrebato devastador y casi ya no llovía. El primero en recobrar el dominio de sí mismo fué Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que fué de grupo en grupo para hacer el recuento de sus compañeros. Durante la horrible noche, había recordado muchas veces las predicciones de la mora de Hornachos y el espanto de doña Ana. Pero no era supersticioso, sino un cristiano de arraigada fe. Mientras contaba a los supervivientes, daba gracias a Dios por haberles salvado. Españoles de la expedición llegó a contar treinta, entre ellos a Pantoja. De Trinidad, faltaban algunos vecinos blancos y muchos indios. Aunque no podían darse por muertos, sino por desaparecidos, y era posible que volvieran al pueblo más o menos tarde.

— Señor, ¿qué habrá sido de nuestros compañeros

que quedaron esperando en los navíos? — preguntó don Álvaro, elevando los ojos al cielo, que empezaba a despejarse hasta dejar que se filtrasen por entre las nubes algunos atisbos de sol.

Volvieron al pueblo, donde quedaban en pie muy pocas casas. Los vecinos de Trinidad se habían olvidado completamente de las naves y de los bastimentos que tenían ofrecidos. Sin casa, inundados sus maizales, perdidos sus caballos, sus ovejas y sus cerdos, desaparecidos los aperos de labranza, poco o nada les quedaba de su hacienda. Porcalle era el más desesperado por haber sido el más rico. Sentado en las ruinas del que fué su hogar, lloraba sin consuelo entre su mujer y sus hijos, todos heridos y medio desnudos. Pero una situación parecida a la suya era la de los demás.

Cabeza de Vaca juntó a sus hombres, que ardían en deseos de volver a la playa. Tenían la esperanza de que se hubieran salvado los barcos, en cuyo caso les sería posible mudar de vestidos, curarse las heridas y reponer las fuerzas. Ni don Álvaro ni Pantoja quisieron desanimarles, aunque el primero especialmente temía ver consumada su total desdicha al llegar al mar.

Se despidieron de Porcalle y de su familia, que seguían sumidos en doloroso estupor, y tomaron el camino de la playa. Aunque tenían los pies destrozados y no habían probado alimento en veinticuatro horas, la esperanza parecía darles alas para llegar antes.

Llegaron más muertos que vivos y miraron con ansiedad.

— No veo nada — dijo Pantoja.

— Nada se ve ni nada se oye — añadió otro desaharrapado del triste pelotón humano.

El mar seguía agitado, pero con tendencia a sosearse. Y había salido el Sol. Muchos de los acompañantes de don Álvaro se tiraron a la arena y se revolcaban en ella con desesperación.

— ¿Todo perdido? — preguntó Pantoja al tesorero con aire siniestro, como si ya le hiciera responsable del desastre.

Don Álvaro, por toda contestación, extendió el brazo, señalando unas boyas que flotaban cerca de la playa.

— ¡Se habrán perdido también los hombres, todo! — murmuró con voz apenas perceptible.

Se volvió luego a sus compañeros, todos ellos anadados.

— Hemos de buscar por ahí, a ver si algo queda: un soldado, un animal, una tabla, lo que sea. ¿Queréis seguirme?

Le siguieron casi arrastrándose. Aquellos hombres, en su mayoría bisoños en tan peligrosas andanzas, no esperaban ya nada de su suerte, hasta entonces tan cruel.

Caminaron primero varias horas, hasta rendirse.

Ya el Sol brillaba con todo su esplendor y se habían secado las ropas de los míseros caminantes.

Comieron lo que encontraron: bayas, mariscos, cocos. Y durmieron por la noche al raso, para ponerse otra vez en camino al amanecer. Hallaron una capa, una colcha hecha pedazos y las tapas de dos arcas. Nada más. Hasta que, al fin, andadas unas diez leguas, vieron una barquilla de sus navíos colocada sobre unos arbustos.

Si aquello les produjo alegría, no fué más que un chispazo. Cerca de la barquilla, yacían, casi desmayados en el suelo, dos náufragos. Eran españoles; pero tan desfigurados, sin duda a causa de los golpes innumerables que se dieron contra la costa al tratar de ganar tierra, que a duras penas se les podía reconocer.

Por ellos supieron don Álvaro y sus acompañantes lo que les había ocurrido. Los pilotos trataron de desembarcar la gente y salvar los barcos, de acuerdo con la orden que habían recibido de su Capitán. Pero no les fué posible ni acercarse a tierra ni salir al mar. Les daba el viento por la proa. Era un viento del Norte tan fuerte que habría podido levantar los barcos. Éstos perecieron en la lucha. Todo lo que restaba de ellos eran dos españoles malheridos, unas boyas, dos tapas de arcón, una colcha y una capa hechas trizas.

Se habían ahogado setenta personas y veinte caballos.

En La Florida

Han pasado algunos meses desde que acontecieron los sucesos que se narran en el capítulo anterior. El desastre de Trinidad ocurrió en noviembre de 1527 y ahora estamos en febrero del año siguiente. El tiempo transcurrido lo ha necesitado Narváez para reponerse del revés, y no son muchos tres meses para empresa de tanta amplitud como la suya, falto como estaba de elementos en la puerta de un mundo desconocido.

Para hombres que no tuvieran una voluntad de hierro — Narváez y todos los exploradores españoles del siglo XVI la tenían —, las contrariedades experimentadas desde su partida de la desembocadura del Guadalquivir hubieran sido ya excesivas y habrían agotado su energía. Primero, defección de ciento cincuenta expedicionarios en Santo Domingo; después la pérdida de dos navíos, con setenta hombres y todas las vituallas, en la costa de Trinidad.

Narváez se había enterado de esta última desgracia después de haber estado él también a punto de irse a pique. Consideró la catástrofe como una prueba a la

cual sometía Dios el temple de su alma, de modo que, desde el primer momento, encaminó todos sus esfuerzos a reorganizar la flota.

Los hombres de Cabeza de Vaca y Pantoja se habían vuelto a Trinidad, para pedir al Gobernador que fuera a recogerles. Y allí fué Narváez con sus cuatro bajeles a montar su cuartel general.

La gente estaba descorazonada. Pedía a su jefe que se esperara mejor tiempo para empezar de nuevo la aventura. Eran muchos los que daban crédito a los temores de doña Ana. Además, como ya se ha dicho, quería el jefe reforzar lo que quedaba de su armada. Envió a Cabeza de Vaca con los navíos a Xagua, que era puerto más seguro que el de Trinidad, y compró a un vecino de esta villa un nuevo barco que añadiría a los cuatro que le restaban. Más tarde adquiriría una sexta embarcación en La Habana, por manera que quedaran cubiertas las bajas de material que causó el naufragio.

El 20 de febrero, llegaba a Xagua don Pánfilo, ya casi olvidado de las desgracias que había sufrido tres meses antes, llena el alma de ilusiones y dispuesto a dar remate feliz a su empresa. Dijo a Cabeza de Vaca que todo estaba listo para lanzarse con rumbo a La Florida y que pasarían por La Habana para que se les añadiera un bergantín mandado por Álvaro de la Cerda, en el que embarcarían cuarenta hombres y doce

caballos. Con Narváez llegó a Xagua un piloto llamado Diego Miruelo, que tenía fama de experto en la navegación por el golfo de Méjico.

Pero las peripecias que esperaban a los exploradores serían todavía innumerables. Ninguna empresa humana se empezó con más contrariedades que ésta del animoso don Pánfilo de Narváez.

Para no alargar excesivamente esta narración, nos será preciso saltar los pormenores, que no acabarían nunca; pues los sucesos dramáticos se precipitan a partir de la salida de Xagua.

Embarcados en los cinco navichuelos cuatrocientas personas y ochenta caballos, bien provistos de bastimento los barcos, no habían hecho más que ponerse en ruta cuando fueron a dar en unos bajíos, donde embarrancaron.

Quince días estuvieron detenidos los barcos en los bajíos de Canarreo por una torpeza del piloto, que de buenas a primeras demostró menos pericia de la que prometía su fama de marino conocedor de aquellas costas. En esta situación les cogió una tormenta y un tan fuerte oleaje que las cinco naves hicieron agua hasta estar a punto de hundirse, y si no se hundieron fué por verdadero milagro. ¡Y había que ver lo que clamaba doña Ana, recordando los negros augurios de la mora de Hornachos! Otro temporal tuvieron que aguantar en Guaniguanico y otro capearon al doblar

el cabo de Corrientes. Estando para entrar en La Habana, les apartó de tierra un viento del Sur, que, adelantándose a sus deseos, les empujó hasta La Florida. El día de Viernes Santo entraban en una bahía, el primer refugio, no muy seguro, que les salió al paso, donde Miruelo pudo decir, después de haber sudado sangre durante la travesía:

— ¡El mejor piloto es el viento!

Al menos, tuvo Narváez la satisfacción de desplegar sus pendones en aquella tierra, que habían ya pisado otros españoles, aunque la hubieron de abandonar al poco tiempo. Habían anclado en la que sería, con el tiempo, bahía de Tampa, a la que pusieron el nombre de La Cruz.

La ceremonia de tomar posesión, para la corona de España, de las tierras que descubrían los exploradores, tenía un ritual sencillo. El capitán de la expedición, después de haber desplegado sus pendones, pronunciaba estas sumarias palabras: "Yo, en nombre de Su Majestad Carlos I rey de España, tomo posesión de esta tierra, donde tengo jurisdicción por cartas reales que me han sido conferidas." El escribano levantaba acta del suceso y un fraile invitaba a los expedicionarios a hincar la rodilla en el suelo para la oración de gracias.

A esta ceremonia añadió Narváez la presentación solemne de sus credenciales, como gobernador del te-

ritorio que en aquéllas se sometía a su mando, y después dispuso que le presentaran las suyas Cabeza de Vaca, como tesorero y alguacil mayor; Alonso de Solís, que era el veedor o representante directo de Su Majestad; fray Juan Suárez, comisario; Alonso Enríquez, contador, y el alcalde Carballo. De todo dió fe el escribano Jerónimo de Alaniz con una letra grande y bien perfilada, de hábil pendolista.

El territorio llamado La Florida es una estrecha península desarrollada en forma de arco al N. y NE. del golfo de Méjico, que debe su nombre a Ponce de León, como ya se ha dicho, quien la descubrió el día de Ramos de la Pascua Florida. En la parte más ancha, esta faja de terreno no rebasa los cien kilómetros y su largo no llega a los cuatrocientos. Se trata de una de las comarcas más bajas del litoral, que es de aluvión. En la parte occidental hay algunas colinas, la más alta de las cuales no excede de los cincuenta metros. Terreno bajo y llano, abundan en él las lagunas, cuya profundidad alcanza a veces los quinientos metros.

Los españoles de Narváez estuvieron dudando mucho tiempo antes de desembarcar, porque confundían las marismas y lagunas formadas por ríos y manantiales, con bahías. Buscaron un abrigo para los barcos sin encontrarlo, y al final decidieron saltar a tierra, en la que llamaron bahía de La Cruz.

El piloto Diego Miruelo había hablado de un puerto

que él conocía. Lo difícil era hallarlo, sin embargo, y en vano lo buscó por un lado y por otro de la península. Como Narváez se impacientara, no hubo más remedio que desembarcar, tomar posesión del país y explorar los alrededores del lugar donde habían anclado los navíos, lugar inseguro donde no era posible mantenerse mucho tiempo.

En estos tanteos preliminares emplearon los españoles varios días, sin resultados positivos. Llegaron a un pequeño poblado de indios; pero los bohíos estaban desiertos y en ellos no hallaron cosa que pudiera aprovechar a los exploradores en su necesidad más perentoria, que era la de alimentarse. Ya las provisiones que habían cargado en los barcos se estaban terminando. Habían confiado siempre en que encontrarían maíz dondequiera hubiese indios, y con esto tendrían bastante para hacer frente a la situación y esperar tiempos mejores; pero el maíz que esperaban no les venía a las manos tan aína.

Cuando regresaron a sus hogares los habitantes de los bohíos y los españoles les mostraron el codiciado grano, aquéllos lo miraron con una curiosidad que revelaba su desconocimiento de que el tal grano sirviese para alimentar al hombre. Los indios aquellos habían visto ya españoles y no parecían muy dispuestos a entablar con los forasteros relaciones de amistad. Por señas, ya que de otro modo no se habrían entendido,

les dijeron que se fueran y les dejaron en paz. Acabaron por marcharse ellos, viendo que los españoles seguían importunándoles con preguntas incomprensibles.

Entre tanto había desembarcado toda la gente de Narváez y se encontraban asimismo en tierra los caballos, tan flacos y mareados que a duras penas se sostenían de pie. Menos mal que no faltaba en el país pasto para las bestias.

Mas las criaturas humanas que formaban la expedición no tenían ante sí tan bella perspectiva. Era de todo punto indispensable encontrar maíz. Es decir: tendrían que explorar más adentro, hasta que hallaran pueblos de indígenas menos miserables que el primero que habían visto. De sucesivas excursiones que capitaneó el Gobernador en persona, volvieron con noticias más alentadoras, sobre todo de la última, en la que emplearon dos semanas. Habían descubierto una bahía muy grande, la mayor de que tenían memoria, en cuyas márgenes vieron algunos poblados y un poco de maíz sembrado. Además, vieron también en poder de los indios algunos pequeños juguetes de oro.

Antes de aventurarse en esta salida, de resultados casi halagüeños, Narváez había enviado un navío a explorar la costa occidental de la península, para buscar el puerto de que hablara Miruelo, con el encargo, en caso de que no se encontrara, de seguir la nave su

viaje hasta La Habana y regresar a La Florida junto con el bergantín de Álvaro de la Cerda, que allí estaba esperando todavía que le fueran a buscar. De modo que no quedaban, al regreso del Gobernador, más que cuatro bajeles de los seis que componían su flota.

Con lo que había visto Narváez en sus largos paseos por los contornos del lugar donde había anclado — esos paseos llegaron a tener un fondo de veinte leguas —, ya creyó que era llegado el momento de emprender la penetración en forma que consolidara el poder de España en aquel territorio.

A Cabeza de Vaca este propósito le pareció prematuro. Entendía que lo más urgente era encontrar un puerto seguro para los barcos y luego establecer la primera colonia de La Florida en el sitio que mejor se prestara para ello. Una vez se hubieran echado los cimientos de lo que los exploradores llamaban un pueblo de cristianos, muy cerca del ancón donde los navíos pudiesen estar sin peligro de irse a fondo, se podría penetrar en el país con el intento de dominarlo.

El Gobernador había reunido en consejo a los hombres de su confianza: Pantoja, Cabeza de Vaca, fray Juan Suárez, Alonso Enríquez, Alonso de Solís y Jerónimo de Alaniz.

— No podemos perder más tiempo — dijo, replicando a don Álvaro —. Los barcos se quedarán con sus tripulaciones y una guardia. A bordo pueden quedarse

también las señoras, que no pueden acompañarnos en esta arriesgada aventura. Y mientras nosotros nos metemos tierra adentro, para dar guerra a los indios que no quieran someterse, pueden las naves costear hasta que encuentren una bahía que agrade a los pilotos. Y de esta suerte nadie queda ocioso y se ganan semanas, meses.

Pantoja, como tenía por costumbre, aprobó en seguida el parecer del jefe, mirando a don Álvaro, despectivamente, por el rabillo del ojo.

—Lo que vuestra merced nos dice, don Pánfilo — porfiaba Cabeza de Vaca, con mucho aplomo —, estaría muy puesto en razón si tuviéramos pilotos en los que se pudiera fiar. Pero, por mi ánima, que no merecen el menor crédito. Ni conocen puerto alguno, ni saben nada de estas costas, ni podrían fijar exactamente el punto donde nos encontramos, traídos aquí por el viento. Habéis visto, por otra parte, cómo es este país, anegado por tantos sitios, y conocéis el estado de nuestros caballos, que necesitan recobrase del zarandeo que nos ha dado el mar. Y advertid que no disponemos de indios auxiliares para hacernos entender de los naturales del país. Leal como soy, os digo que me parece gran temeridad lo que nos proponéis, aunque yo esté siempre dispuesto a obedeceros.

— Si es tanto vuestro temor — insinuó Pantoja maliciosamente —, os podéis quedar en uno de los bajeles.

— Llamáis temor a la prudencia, capitán Pantoja; no me alcanza vuestra intención, y como no me alcanza, no me hiere.

Después de pronunciadas estas palabras, tornó don Álvaro a dirigirse a Narváez, que se acariciaba la barba, meditativo, dejando errante y vaga la mirada de su único ojo sano.

— ¿Qué informes tenemos de estas tierras para orientar nuestros pasos? ¿Debemos ir hacia el Norte? ¿Caminaremos en dirección adonde nace el Sol? Mientras nos ocupábamos de levantar nuestro poblado, ensancharíamos nuestras relaciones con los indios de los alrededores y adquiriríamos conocimientos que nos son muy necesarios. No sabemos cómo es esta tierra, ni lo que en ella se da, ni qué clase de gentes la habitan, ni si nos hallamos en su región más pobre. Pensad también que escasean las provisiones. Encontramos un poco de maíz, muy poco para lo que consumen cuatrocientos hombres ocupados en una ruda labor. ¿Qué daréis a cada soldado para ponerse en camino? Os lo voy a decir: una libra de bizcocho y otra de tocino. Eso para toda la campaña, que puede durar meses.

Narváez continuaba mesándose la barba, ahora con evidente nerviosidad. Tenía el ojo estriado de sangre y le temblaban las manos.

— Paréceme, don Álvaro — dijo con voz bronca —, que sois mejor razonador que soldado. Podemos comer

raíces, si otra cosa no tuviéramos. Otros castellanos las han comido en Indias cuando ha sido menester.

Terció fray Suárez en la disputa, dando la razón al Gobernador. Era su opinión que debían partir los navíos, con sus tripulaciones y las damas, en busca de un puerto seguro. Podían los pilotos ignorar su verdadera situación; pero todos tenían noticias ciertas de la existencia de dicho puerto, y recorriendo todo el largo de la costa por fuerza lo habían de encontrar.

— Muchos temporales hemos corrido ya, hijos — añadió el comisario —, y me parece que sería tentar a Dios volver a embarcar todos, como quiere don Álvaro. Los pilotos encontrarán el puerto que buscan y allí irán a juntárseles las naves de Miruelo y La Cerda. También nosotros, cuando hayamos explorado la península, sabremos dónde está el puerto y nos uniremos a ellos. No pongáis en duda la ayuda del Cielo, hijos. Esa ayuda no puede faltarnos en una empresa que es grata al Todopoderoso, pues tiene por fin principal sacar a los salvajes de su idolatría y convertirles en creyentes de la religión verdadera.

No se necesitaba más que esta opinión del fraile franciscano para que los demás se dejaran convencer. El único que aun opuso algunos reparos, descontando Cabeza de Vaca, fué el escribano Alaniz, que, como hombre de letras, era más discursivo que los otros. Nadie le hizo caso, sin embargo. Narváez radiaba de

satisfacción y estuvo a punto de perder los estribos cuando don Álvaro, que no se dejaba convencer así como así, le requirió, como representante del Rey, para que no partiera sin dejar los navíos en puerto seguro, pidiendo testimonio al escribano de su requerimiento.

— Otro es el testimonio que el escribano debe tomar — dijo el Gobernador, de muy mal talante —. He consultado a los oficiales, y la mayoría son de mi parecer, comprendido el comisario. De este modo, mi querido don Álvaro, no sois vos quien puede requerirme. Que escriba ahí Alaniz que levanto mi campamento por ser ésta una tierra muy pobre y que me voy al interior, donde seguramente hay parajes más hospitalarios, mientras van los barcos a buscar puerto seguro.

Llenada esta formalidad, se dió cuenta al campamento de lo acordado, con el consiguiente escándalo de doña Ana, que, por milésima vez, recordó las predicciones de la mora de Hornachos.

Se dirigió a Narváez y le exhortó a que volviera sobre su resolución, enumerando los infinitos peligros que su temor le sugería.

— En bien poco estimáis vuestra vida y la de los que han puesto en vos su confianza — le dijo, avanzando hacia él en actitud desesperada —. Ya os ha dado Dios bastantes señales con las tormentas que hemos corrido y los hombres e intereses que se perdieron en el mar. Antes de que acontecieran tales desgra-

cias supisteis de mis labios que amenazaba el peligro; mas nunca disteis crédito a mi previsión. Si ahora abandonáis los barcos, por Dios os digo que no volveréis a verlos; porque de los que entren con vos en el país ninguno volverá, y gran milagro sería si alguno volviera. Tan segura estoy de lo que os digo, que por muertos tendré a todos los que os acompañen desde el mismo instante que les vea partir.

Intervino fray Juan Suárez, que reprochó a doña Ana su terquedad.

—No he visto mujer más dada a supersticiones y necias fantasías que mi señora doña Ana — declaró el religioso, con gesto severo —. Pensamientos del diablo me parecen los suyos y cosa de brujería esta porfiada manera de contradecir a los superiores, augurando calamidades. No tengáis en cuenta, don Pánfilo, sus palabras, de las cuales la razón y la fe están ausentes.

—Yo no me ofendo — dijo entonces el Gobernador, más firme que nunca en su resolución — porque venga a llorarame una mujer embaucada por hechiceras y me augure desgracias que pueden muy bien ocurrir. Por cierto tengo que hemos de pasar trabajos y ver en gran peligro nuestras vidas. Riesgos naturales son del negocio que nos ha traído a estas tierras, negocio de soldados, como es la guerra. Morirán en la empresa aquellos a quienes Dios Nuestro Señor tenga reservado

ese destino; mas los que queden se aprovecharán de las riquezas que estas tierras esconden. Ganar estas tierras, conquistarlas para Dios, para el Rey y para aquellos de nosotros que salgan con bien de los trances que habremos de afrontar con valor de caballeros castellanos; esto es lo que me propongo y lo que ya tenía pensado y medido cuando embarcamos en Sanlúcar. Por manera, doña Ana, que debéis reportaros, en la seguridad de que vuestros temores no torcerán mi camino.

A doña Ana la rodearon sus íntimos y porfiaron por tranquilizarla, aunque fué en vano. La acongojada dama se volvió a su marido, que era uno de los oficiales de la expedición, y le dijo, con escándalo de cuantos la oían:

— Ya sé que vos ponéis tan bajo precio a mi amor que no vacilaréis en abandonarme para seguir al que os manda. Bien está si es ésta vuestra voluntad. Mas ved que yo me considero viuda desde ahora, pues por perdido os tengo, y como hay Dios que he de volver a casarme, como es de ley cuando se pierde el esposo.

Cabeza de Vaca había permanecido silencioso, sin despegar los labios. Sorprendióle el Gobernador en este estado meditativo y le habló de esta manera:

— No tenemos por qué reñir, don Álvaro. Vos pensáis de un modo y yo de otro. No quiero haceros fuerza para que me acompañéis en una empresa que conside-

ráis temeraria. Un hombre necesito de toda confianza que tome a su cargo los navíos. Nadie mejor que vos podría hacerlo. Yo os otorgo el mando de los bajeles y vos escogeréis el sitio de esta costa donde se pueda poblar, esperando en él mi regreso. ¿Os place?

Don Álvaro hizo con la cabeza un signo negativo.

— ¿No queréis? — preguntó Narváez.

— No — contestó rotundamente el tesorero —. Tengo por seguro que los bajeles no habréis de verlos más. Con este convencimiento no puedo quedarme con ellos.

— ¿Estáis conmovido por los augurios de la mora de doña Ana? — interrogó, algo zumbón, el avieso Pantoja, que asistía al diálogo de los dos caballeros.

Cabeza de Vaca le miró de arriba abajo con una dignidad y un aplomo que hicieron palidecer al entrometido. Y declaró:

— Agradezco la prueba de confianza que acabáis de darme, don Pánfilo; pero ya veis a lo que me dejaríais expuesto: a que la malicia de vuestros oficiales hiciera presa en mi honra. Mi honor no puede estar en disputa ni permitiré yo tan siquiera que lo roce una mala lengua. Es mi deseo acompañaros, para que no se pueda decir que me he quedado por miedo. El miedo no es cosa que pueda caber en este pecho como cabe la lealtad. Nombrad, pues, otro capitán de la flota, que yo soy esclavo de mi honor, y mi honor me manda seguiros.

Sinceramente deseaba Narváez que Cabeza de Vaca

tomara el mando de los barcos, fuese por tenerle por hombre muy leal y de buen juicio o por librarse de su molesta fiscalización en lo que, más adelante, se le ocurriera disponer. Pero el caballero jerezano se mantuvo en lo dicho. Inútil fué que le hablaran, por encargo del Gobernador, primero los franciscanos fray Juan Suárez y fray Juan de Palos, luego Carballo y don Alonso del Castillo, este último muy amigo del tesoro. No se dejó convencer y a todos contestó que seguía creyendo que la precipitada marcha a través del país, tan sin aparejo como iba a emprenderse, era una temeridad, aunque él, para que nadie pudiera dudar de su valor, seguiría la suerte de los demás.

Así llegó el 1 de mayo, día que Narváez había señalado para la partida. Los voluntarios para avanzar tierra adentro eran trescientos hombres. A cada uno se le hizo entrega de dos libras de bizcocho y media libra de tocino, alimento que, estirándolo mucho, podría durar para dos jornadas. De los trescientos exploradores, a quienes igualmente se podía llamar guerreros, sólo cuarenta disponían de montura. Los demás seguirían a pie. Entre los infantes se contaban cinco religiosos, los franciscanos Suárez y Juan de Palos y tres clérigos.

El mando de los navíos lo dió Narváez al alcalde Carballo, hombre ya en edad proveya, juicioso y generalmente estimado. Con él quedaron diez señoras, que

habían tenido que separarse de sus maridos, lo cual no ocurrió sin una escena de lágrimas.

Cuando al amanecer del 1 de mayo, se puso en marcha la tropa exploradora a través de tierra llana, mientras reflejaba el cristal de las lagunas los resplandores del Sol naciente, se vió a doña Ana, rodeada de las otras mujeres, erguirse en el puente de un bajel y gritar a todo pulmón, mientras extendía los brazos hacia los hombres que se alejaban y volvían de vez en cuando la cabeza:

— ¡Adiós para siempre! ¡Nunca más volveremos a encontrarnos! Y porque así ha de ser sin remedio, yo les digo a estas viudas desconsoladas que se casen, como yo pienso casarme. Así lo juro y a Dios tomo por testigo de mi juramento. A la muerte vais. ¡Os deseo que, al menos, hallen sepultura cristiana vuestros despojos!



Apalache

La dirección que tomó Narváez al ponerse en camino no fué elegida al azar. No iba ahora el jefe tuerto en busca de oro y piedras preciosas, sino de indígenas que tuvieran por costumbre cultivar el maíz. Los indios preguntados hasta entonces sobre este particular, que interesaba sobre manera a los exploradores, habían indicado una región que llamaban de Apalache, donde el maíz se daba en abundancia. Las referencias eran muy vagas. Los españoles tenían, por otro lado, fundados motivos para temer que los indios hubieran mentido, en su deseo de alejar a tan extraños y peligrosos extranjeros.

En el pequeño poblado donde adquirieron los españoles noticias de Apalache, conjunto de pobres bohíos encontrados en aquella gran bahía que descubrieron en sus tanteos de penetración, habían tenido la desagradable sorpresa de hallar momias de unos compatriotas, metidas en cajas de las que usaban para su comercio los mercaderes de Castilla. Debieron pasar por allí,

años antes, otros castellanos, probablemente los compañeros de Ponce de León. Testimonio macabro de su paso eran aquellos cadáveres, que escandalizaron, por cierto, a fray Juan Suárez, que los mandó quemar, por temer que el diablo tenía arte y parte en su conservación. ¿Murieron los españoles cuyos restos vieron Narváez y sus acompañantes, a manos de los mismos indios que habían retenido en su poder los fúnebres despojos? Cabía en lo posible. Y en tal caso, ¿no era natural sospechar igualmente que las referencias dadas por los indios sobre el supuesto maíz de Apalache, fueran una añagaza?

El flamante gobernador de La Florida, sin embargo, no quería pasarse de suspicaz, y como lo mismo le daba ir de frente que torcer a la izquierda o a la derecha, le pareció lo más discreto seguir la dirección indicada por los indios. Y en esto obraba cuerdamente.

Quince días llevaban andados los exploradores sin haber encontrado rastro humano: ni hombre, ni bohío ni huellas de bípedo impresas en el suelo arcilloso. No hay que decir que de la ración de bizcocho y tocino no quedaba ni el recuerdo. Iban alimentándose los caminantes del tallo de los palmitos que encontraban a su paso. Muchos de aquéllos eran andaluces y conocían esta planta, que abunda en el sur de España y de cuyas hojas se hacen los serijos y las escobas. El tallo blanco es comestible. A falta de cosa mejor y cuando el ham-

bre apremia, se puede considerar hasta como regalo del Cielo.

Cabeza de Vaca, que hacía marchar su caballo junto al de su amigo don Alonso del Castillo, departía con éste sobre la obligada sobriedad de sus comidas, hablando de este modo:

— Para mí, esto no ha sido una sorpresa, mi querido don Alonso, como sabéis muy bien. Los demás ya se irán acostumbrando, porque tengo oído de los veteranos en estas andanzas que se pasan grandes trabajos y no menores ayunos. Hasta ahora no podemos quejarnos, pues hemos podido comer palmitos, con los que vamos tirando.

— Yo preferiría mil veces andar a mandobles con los indios que verme en esta necesidad — advertía don Alonso —. Tripas llevan piernas y no piernas tripas. Siento aquí, en la caja del pan, un vacío tan grande, que ganas me dan de llenarlo aunque sea con piedras.

Se reían los dos mientras marchaban los caballos con paso cansino y melancólico y les daba el sol poniente de lado. Subían con dirección Norte, no muchas leguas distantes de la costa occidental.

Llevaban andando más de dos semanas cuando se encontraron a la orilla de un río de mansa corriente, pero demasiado ancho y profundo para poderlo pasar con facilidad. Antes habían bordeado lagunas y estanques. El río de ahora les cortaba la marcha en sentido

completamente transversal, y so pena de cambiar la dirección que llevaban, les era forzoso a los caminantes cruzarlo. Los que sabían nadar lo pasaron a nado y tiraron luego de los caballos. Los otros construyeron algunas balsas para trasladarse a la otra orilla con las armaduras de los nadadores. De entre éstos se distinguió por su habilidad y arrojo Cabeza de Vaca, que buceaba como un tritón. Y después de una porfía que les llevó entera una jornada, pudieron continuar la marcha sobre tierra firme.

Unos doscientos indios les salieron al paso después de cruzar el río, mostrándose poco propicios a entablar relaciones de amistad. A los requerimientos de los españoles para que se acercaran, contestaron con una lluvia de objetos arrojados que dejó abolladuras en algunos yelmos y corazas. Se impacientó Narváez, quien, junto con los caballeros montados, persiguió a los salvajes, repartiendo cintarazos entre ellos y prendiendo a cinco, a los que enseñaron, terminada la refriega, unos granos de maíz. Por señas dieron a entender los cautivos que tenían de aquéllo, y, en efecto, llevaron los españoles a su poblado y les mostraron maizales ya en sazón, de los que inmediatamente se podía obtener alimento para los necesitados exploradores, que dieron gracias a Dios por aquel providencial hallazgo.

Tres días de descanso en el pueblo indio, con maíz suficiente para llenar el buche tres veces por jornada.

Era cosa para celebrarla hasta con una fiesta. Al tercer día, supo Cabeza de Vaca que estaban cerca del mar, después de haber preguntado a los indios para orientarse, y dijo al Gobernador que se presentaba la ocasión de ver si hallaban próximo un abrigo para los barcos. La suerte que pudieran correr los navíos, confiados a pilotos sin experiencia de aquellas costas, seguía preocupando a don Álvaro.

Tanto importunó éste a Narváez, que fué al fin autorizado para salir en busca del mar con cuarenta hombres, a condición de que no se llevara ni un solo caballo.

Don Álvaro, con su amigo don Alonso, marchó en dirección al punto señalado por los naturales del país, y no habían andado ni media jornada cuando descubrieron una bahía.

—¡Alabado sea Dios!— exclamó el tesorero—. Habría sido para mí una gran contrariedad tener que volverme al campamento sin llevar al Gobernador noticia de provecho. Pero ahí tenemos el mar, don Alonso, y así se ha demostrado que los indios no nos engañaban.

— Me parece, don Álvaro — dijo, a su vez, el otro capitán, haciendo con una mano pantalla sobre sus ojos —, que esto es un gran ancón, cuya salida no acierto a ver desde aquí.

En efecto, si aquello no era una gran bahía, sería una laguna. Tan quieta estaba el agua que parecía un

inmenso cristal, sobre el que el Sol, en su cenit, dejaba caer verticalmente sus rayos. Las márgenes eran a trechos verdes y a trechos áridas, siempre al nivel del agua.

Un soldado se destacó corriendo del grupo de exploradores para acercarse al agua y probarla en el cuenco de la mano.

— ¡Salada es! — gritó con alegría.

Se acercaron los otros.

— Placeres son del mar que se adentran mucho en la tierra — observó Cabeza de Vaca —. No podemos volvernos sin encontrar la salida.

— Pues, sin barcas, no sé cómo podremos dar con ella — arguyó don Alonso, considerando lo trabajoso que sería recorrer las orillas.

— Vamos a seguir el contorno de la costa por donde mejor se pueda.

Dijo esto Cabeza de Vaca al mismo tiempo que se descalzaba. Su intención era avanzar por el arenal, aunque era muy estrecho y peligroso. Fué imitado su ejemplo por los cuarenta hombres, que se ataron las botas a la cintura. Y en fila india, con agua hasta media pierna, empezaron a caminar con precaución.

A los pocos pasos, se oyó la primera maldición de las mil que habrían de lanzar los exploradores al sentirse heridos en los pies. Tenían que andar a veces sobre el filo de los ostiones, que cortaban como cuch-

llos. Pero, implorando unos y maldiciendo otros, anduvieron así hasta legua y media. Más hubieran andado de no haberles cerrado el paso la desembocadura de un río, que, según todas las señales, era el mismo que habían cruzado yendo con Narváez.

Vió Cabeza de Vaca que la corriente era muy fuerte, la boca muy ancha y el paso muy difícil. Tal vez fuera lo más cómodo que el grueso de los expedicionarios volviera sobre sus pasos, para repasar el río que habían cruzado y seguir, por la otra orilla, hasta desembocar en la bahía. De la misma opinión fueron Alonso del Castillo y demás acompañantes de don Álvaro.

Vueltos al real, mandó el Gobernador al capitán Valenzuela, con sesenta infantes y seis de a caballo, que fuera a repasar el río y siguiera, por la otra orilla, hasta el ancón, a ver si se encontraba puerto seguro para los navíos.

Cabeza de Vaca y sus compañeros tenían los pies destrozados; no se podía contar con ellos para esta segunda marcha.

Dos días tardó Valenzuela en volver y volvió sin novedades alentadoras. Había llegado a la bahía por la otra orilla del río; pero puerto no halló ninguno. La bahía era baja, sin calado para los barcos; la tierra, pobre. Vió algunas canoas de los indios, a quienes no quiso importunar, y en fin, su impresión era que, por

aquel lado, nada se descubriría que pudiera proporcionarles provecho ni gloria.

Decidió el Gobernador, por consiguiente, continuar avanzando hacia la región de Apalache, que suponía rica. Disponía ahora de indios cautivos, que le servirían de guías, y se llevaba buena provisión de maíz.

No era muy honrado, ciertamente, cargar como botín de guerra lo que guardaban los indios para su sustento; pero en aquellos tiempos, en aquellas latitudes y en tales circunstancias, los exploradores no podían permitirse ciertos escrúpulos. Por el solo hecho de haberlas descubierto, se consideraban dueños de aquellas tierras y de cuanto en ellas pudieran encontrar. El maíz lo necesitaban para subsistir y llevar adelante su empresa civilizadora. Una conciencia delicada sólo les hubiera servido de estorbo.

A mediados de junio, cuando llevaban andadas muchas leguas, dieron con una tribu enemiga, al parecer, de los indios de Apalache. Dicha tribu tenía un cacique que se hacía llevar a cuestras, se cubría con una piel de venado pintada con fantásticos dibujos y se acompañaba de una pintoresca escolta, en la cual se contaban algunos músicos que tañían unas flautas de caña.

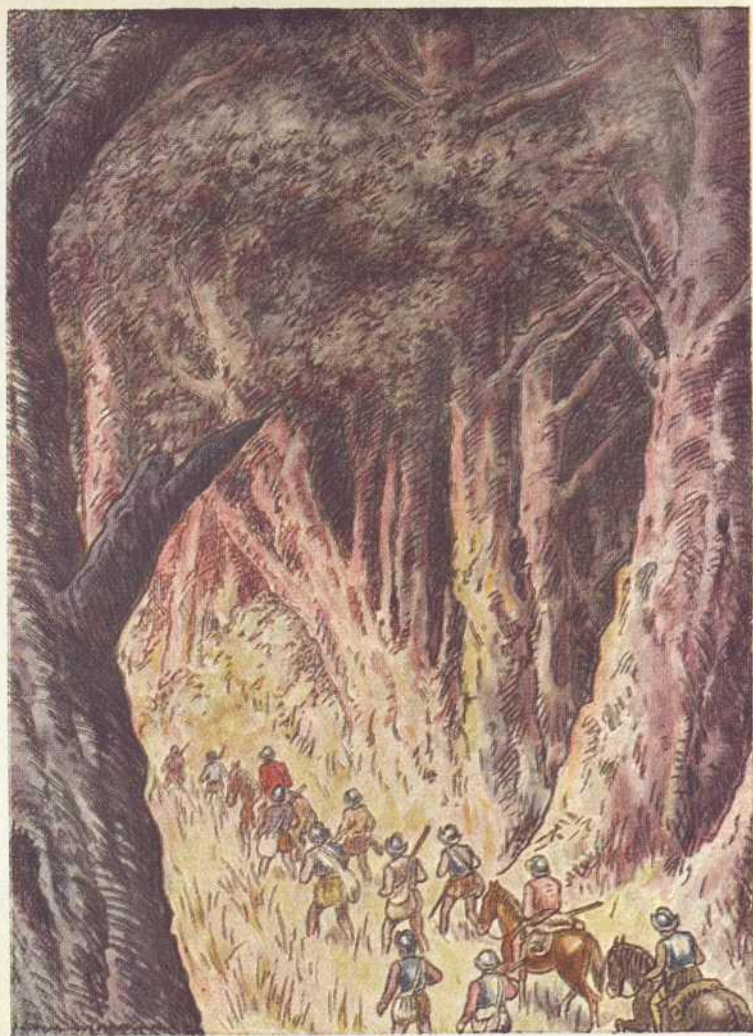
Nunca habían visto los hombres de Narváez, en su mayoría bisoños en exploraciones por el Nuevo Mundo, gentes de facha más grotesca. De observar era, sin

embargo, la buena planta de los moradores de aquellos lugares, que hizo decir a un hidalgo llamado Avellaneda, residente en Indias desde hacía bastantes años:

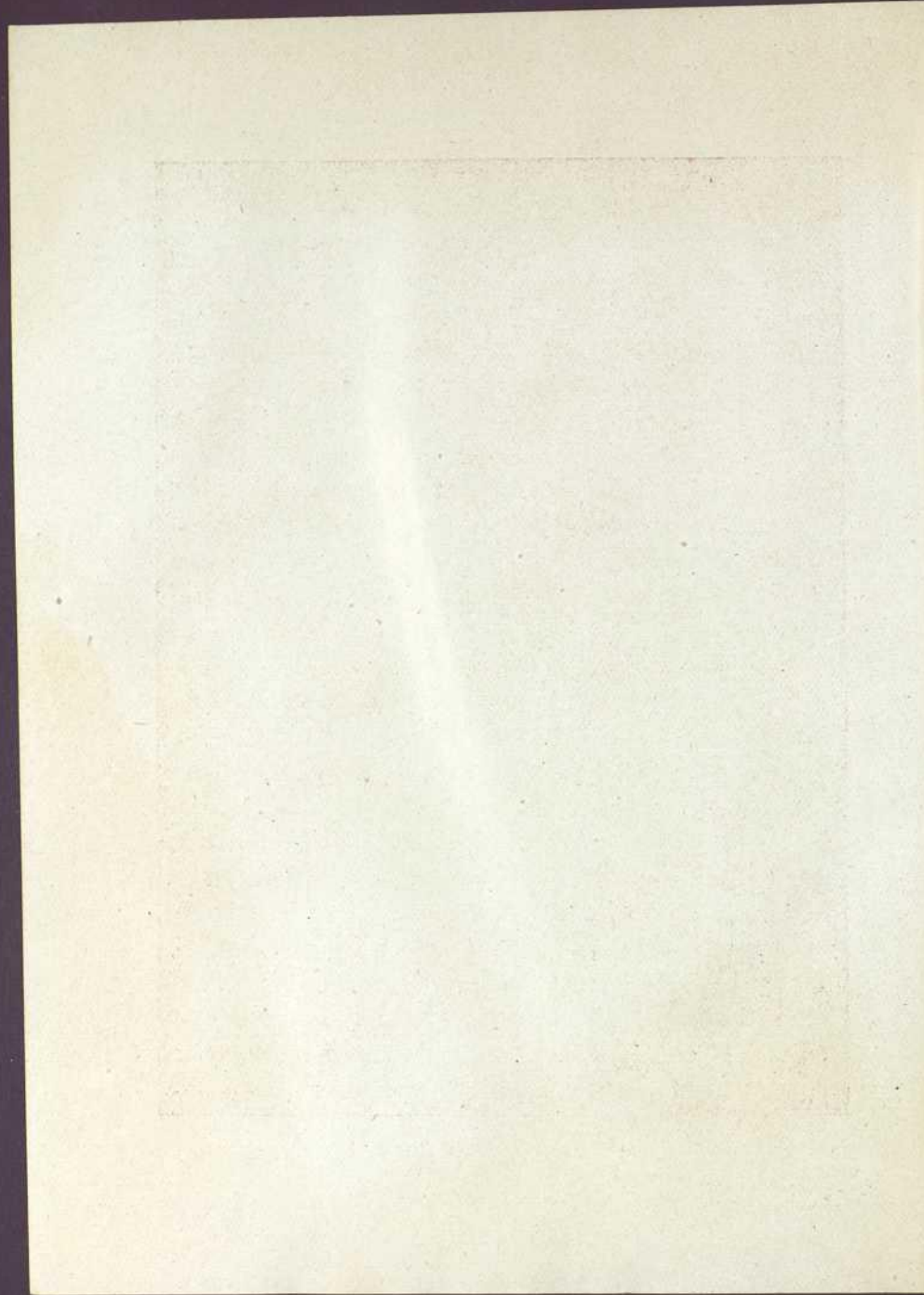
— Yo no he visto en las islas ni en *Tierra Firme*, y llevo recorridas miles de leguas, indios tan buenos mozos como los de aquí. Es extraño dar con hombres tan fuertes en lugares donde, a juzgar por lo que llevamos visto, pocas cosas da la tierra que sean buenas para comer. Ved cuán altos son, con qué ligereza se mueven y qué bien formados están. Si no fuera por el color cobrizo y las diabluras que se pintan en la cara, tendrían mejor facha que nosotros, que tan trabajados estamos ya y tan olvidados andamos del personal aliño.

Tenía razón el caballero Avellaneda. Los naturales del país eran de mucha talla y bien musculados. Se adivinaba en seguida que no vivían en la ociosidad, por lo muy ágiles que se mostraban en sus movimientos y lo bien que jugaban sus arcos, largos de once a doce palmos y gruesos como el brazo. Todos eran habilísimos flecheros y donde ponían el ojo clavaban el proyectil, aun tirando desde una distancia de doscientos pasos. Por no estar sobrados de carnes, pues, por el contrario, su cuerpo era enjuto y fino, como de verdaderos atletas, al verlos venir desnudos parecían gigantes, a los españoles.

Narváez, que había saludado al cacique con varias



Avanzaban los españoles atravesando bosques muy espesos...



flexiones ceremoniosas, se entretuvo con él largo tiempo, tratando de entender y que le entendieran. Le regaló algunas baratijas, como collarines de vidrios de colores, y obtuvo, en cambio, del indio el cuero que éste llevaba puesto y la formal promesa de prestarle ayuda si quería dar guerra a los de Apalache. No era ésta la intención del Gobernador, sino la de llegar cuanto antes a un poblado que suponía rico.

Aquel día perdieron los españoles un compañero, el primero que se dejaban en el camino desde que abandonaron los barcos. Fué al pasar un río de cauce muy ancho y corriente impetuosa. Era demasiado peligroso aventurarse en balsas. En cuanto a pasarlo a nado, Cabeza de Vaca, que era el mejor nadador, no se atrevió. Decidieron construir una canoa y pasar a la otra orilla los trescientos hombres en muchos viajes. Procedimiento laboriosísimo; pero era aquélla una época en que el tiempo no tenía una gran importancia: se empleaban años en las exploraciones; la pérdida de un día no producía a nadie la menor impaciencia.

Y, sin embargo, por impaciente pereció Juan Velázquez, paisano de Narváez, que quiso pasar el río con su caballo cuando los otros se ocupaban en construir la canoa. La fuerte corriente le desmontó. Intentó salvarse, asiéndose desesperadamente de las riendas, y arrastró al caballo, muriendo ahogados el hombre y la bestia.

El caballo lo encontraron los exploradores, al otro día, en un remanso del río, y aprovecharon su carne para la cena. Del caballero nada más se supo.

Por cierto que si los indios de los alrededores hubieran querido inquietar a los españoles en aquel trance, o sea cuando pasaban el río, les habría sido fácil deshacerse de muchos de ellos, porque se vieron en grandes apuros. Por fortuna, el cacique que habían encontrado, agradado por los cascabeles y cuentas de vidrios que le dieron, o porque pensara utilizar a los extranjeros contra sus enemigos de Apalache, no les hostilizó. Por el contrario, facilitóles maíz y los informes que le pedían.

Y continuaron la marcha con dirección Norte, cada vez más penosa. El país era por allí algo montañoso, aunque sin desaparecer las lagunas. Avanzaban los españoles atravesando bosques muy espesos y colinas donde no había ni sombra de caminos. El paisaje tenía grandiosidad por la altura enorme de los cedros, algunos de tronco hendido por el rayo, que se encontraban en abundancia. También había gran cantidad de árboles derribados, lo mismo en el monte que en las lagunas, efecto, según explicaron los guías, de las frecuentes y terribles tempestades que eran continuo azote del país. Las lagunas, por ser allí más grandes y profundas y por hallarse embarazadas por millares de árboles que los rayos y los huracanes habían abatido,

constituían una de las mayores dificultades opuestas al avance de los exploradores.

Allí vieron ojos cristianos por primera vez el canguro, animal que sorprendió a Narváez y a sus compañeros por la enorme desproporción de sus extremidades traseras con las delanteras y por llevar sus crías en una bolsa de la barriga.

Entre los exploradores se contaban dos muchachos muy jóvenes: un criadito del caballero Avellaneda, que no tendría arriba de diez y seis años, y un negro africano, educado entre españoles, que se llamaba Estebanico. Ambos divertían a la tropa con sus travesuras y eran muy queridos por ser los que primero reaccionaban alegremente ante las contrariedades que hacían cundir el desaliento entre los despeados caminantes.

Para Estebanico y su joven camarada, el descubrimiento del canguro fué un suceso regocijante. Ya andaban locos, de muchos días atrás, pretendiendo lo imposible, como era cazar venados a lazo, y más de una vez habían puesto su vida en peligro al correr tras el veloz animal, que les llevaba por parajes escarpados y resbaladizos. También pretendieron cazar unos osos pequeños, moradores de aquellas espesuras; pero conocieron antes el peligro de este juego, viendo que los osos atacaban a otros animales salvajes y daban pruebas irrefutables de su ferocidad.

Con el canguro fueron más afortunados. El pri-

mero que cazaron vivo alegró uno de los descansos de aquella agotadora marcha a través de los bosques de cedros y espesos matorrales. La extraña figura y el azoramiento del pobre animal cautivo, hizo reír a los caballeros y soldados tanto como al criado de Avellana y al negrito.

La caza — dicho sea de paso — no era desdeñada, naturalmente, por los expedicionarios, que andaban siempre con hambre atrasada. Pero sólo la encontraban en determinados parajes y no era fácil cobrar las piezas. Vieron conejos y liebres, que se escurrían siempre por entre las sabinas y espinosos zarzales. A pedradas cazaron algunos los muchachos. Pero les ofrecían presa más fácil los ánsares, ánades y patos reales, que también hallaron muchos, así como otras aves de pintado plumaje.

Variaba el paisaje con frecuencia. A los bosques de cedros o de pinos, a los encinares y robledales, sucedían terrenos pelados y arenosos, donde no se daba más que el palmito... cuando lo había. Y ello lo mismo en el llano que en el monte. No parecía que aquella tierra, pese a sus amplias zonas de exuberante vegetación, fuera muy propicia al hombre. El principal alimento de sus escasos habitantes era sin duda el maíz, cultivado por los indios, que lo comían molido y cocido y lo conservaban seco, en sus silos, para los meses de mayor necesidad.

Iban los castellanos un poco desalentados pensando en esto y en la hostilidad con que les recibían los indios según se acercaban más al famoso Apalache, que, a la postre, resultó ser un poblado de cuarenta casas perdidas en el bosque. Su aspecto distaba mucho de dar la sensación de bienestar. Por lo toscas, pequeñas y bajas de techo, más parecían cabañas. Poco se diferenciaban de los otros bohíos vistos hasta entonces, como no fuera por los lugares estratégicos de su emplazamiento. Sus habitantes, seguramente de carácter belicoso, habían buscado la defensa en los accidentes del terreno, en los lugares más escarpados, defendidos por denso matorral o por lagunas profundas.

En Apalache no fueron los forasteros blancos bien recibidos. Cuando entraron en el pueblo, no había en él nadie más que las mujeres y los chicuelos; pero no tardaron los hombres en presentarse y lo hicieron simultaneando su presencia con un diluvio de flechas que obligó a los castellanos a repeler la agresión con energía. Los indios, como ya se ha dicho, tiraban muy bien y desde mucha distancia. En aquella ocasión, como en otras muchas durante el camino, les fueron muy útiles a los españoles sus armaduras, contra las que rebotaban las flechas, llegadas algunas con tal fuerza que dejaban impactos. Se clavaban en los troncos de los árboles, hasta el punto de afirmar algunos

expedicionarios que vieron robles jóvenes con el tronco atravesado de parte a parte, y el mismo Cabeza de Vaca dejó testimonio escrito de haber encontrado una flecha que penetró cerca de un palmo en el tronco de un álamo. Es posible que hubiese en tales afirmaciones alguna exageración. No obstante, no puede haberla en decir que los españoles se libraban de una muerte cierta por ir recubiertos de acero, cosa que no les ocurría a los caballos, por lo cual resultaban ser éstos las primeras víctimas.

La refriega de Apalache fué muy dura y se repitió más de dos veces, por una torpeza de Narváez, que quiso retener cautivo al cacique cuando los indios se habían inclinado ya a pactar la paz.

El Gobernador había accedido a entregar a los flecheros de Apalache sus mujeres y sus hijos, de modo que ya éstos deponían su actitud belicosa. Pantoja y otros oficiales vengativos, entre ellos Alonso de Solís, el veedor, a quien habían matado el caballo, pidieron a Narváez que retuviera al jefe de la tribu, y ello fué causa de que los españoles no disfrutaran ni un día de paz de los veinticinco que pasaron en el poblado. Cotidianamente eran hostilizados por los indios desde las lagunas, por donde no podían aventurarse los castellanos por carecer de canoas, y aunque los ballesteros lograron matar algunos de los atacantes a saetazos, el enemigo no cejaba en la réplica y la estan-

cia en Apalache nada tenía de agradable para Narváez y su gente.

Visto que la tierra, salvo el repuesto de maíz que en ella encontraron, no les ofrecía la menor satisfacción, decidieron trasladarse a otra mejor, si estaba de Dios que la encontrarán.

Discretamente propuso Cabeza de Vaca al Gobernador que interrogara a los prisioneros cogidos en Apalache y después a indios de otras tribus enemigas de aquella, sobre la naturaleza y posibilidades del país, a ver si coincidían en sus informes y de este modo podían los españoles encontrar un rumbo seguro. Lo importante, de momento, era librarse de un posible engaño. Si los indios de bandos contrarios les indicaban la misma dirección, podían estar ciertos los exploradores cristianos de tomar el mejor camino.

Narváez aceptó el consejo y los indios de un lado y del otro dieron informes que concordaban perfectamente. Apalache era el mejor pueblo de aquella comarca. Más adelante, no había nada o casi nada. Mucha espesura y mucha laguna, escasísima población y ningún alimento. Luego, arenales, el desierto. En cambio, hacia el Sur, caminando nueve jornadas con dirección al mar, acampaba una tribu llamada de Aute, en cuyos dominios se cultivaban el maíz, el frijol y la calabaza. Allí hallarían los hombres blancos lo que buscaban, que era abundancia de mantenimientos.

Narváez no había perdido sus esperanzas, al contrario que sus compañeros, entre los cuales cundía la desilusión. Aquellos que habían desembarcado en Santo Domingo pensando que en el Nuevo Mundo se pescaba el oro con redes y que, a la vuelta de pocos años, regresarían a España cargados de riquezas y con un nombre famoso, habríanse contentado ahora con tener lo estrictamente necesario para su subsistencia. Iban a emprender un nuevo viaje agotador, que les emplearía muchos días, corriendo acaso mayores peligros que los ya afrontados, sólo para alcanzar unas miserables calabazas comestibles y las tristes judías que los labriegos castellanos, sin moverse de sus lugarejos modestísimos, comían todos los días libres de sobresalto.

VII

Traición

Cabeza de Vaca tenía el sueño ligero. Pocos lo tendrían pesado entre aquellos desgraciados a quienes tan mal trataba la fortuna, después de haber recorrido centenares de leguas a pie y peleando continuamente. Porque, desde que partieron de Apalache no cesaron de perseguir a los españoles enjambres de flecheros que parecían emerger de las lagunas o tiraban subidos en los árboles como si hubieran venido a este mundo con esta sola finalidad.

Las noches no ofrecían a los tristes caminantes muy tranquilo descanso, unas veces por el calor; otras por los insectos que se presentaban formando nubes; cuando porque había muchos heridos y enfermos que cuidar; siempre porque los latigazos del hambre despertaban a los más dormilones.

Aquella noche dormía don Álvaro, como era ya costumbre de todos los expedicionarios, en el santo suelo, teniendo por pabellón de su cama la inmensa bóveda celeste por donde navegan los astros. Servía al caballero de almohada su dura armadura y mantenía un

brazo sobre los ojos, quizá porque no le quitara el sueño el parpadeo de las estrellas.

Sintió un ligero roce en este brazo, como si le pasara por encima del mismo un leve reptil, y despertó.

— ¡Hola! ¿Quién va?

Una voz joven y queda murmuró a su oído:

— Soy yo, don Álvaro. Estoy aquí con Estebanico. Sabemos que... éstos... quieren irse mañana, con el alba.

El que había hablado era aquel muchacho, compañero del negro, que pretendía cazar los venados con lazo. Había cobrado gran afición a Cabeza de Vaca desde que murió su amo, el caballero Avellaneda, precisamente al querer salvarle a él. En una de sus frecuentes correrías tras las alimañas saltarinas, se apartó mucho de sus compañeros, y el pequeño cazador estuvo a punto de ser cazado por los indios. A sus gritos, pidiendo ayuda, acudió su amo con tan mala suerte que una flecha traidora le penetró por una de las juntas de su armadura, entre el yelmo y el coselete, y entrándole por encima de la vértebra cervical, le atravesó el pescuezo. Desde aquel día aciago, el muchacho y su camarada Estebanico se habían puesto bajo la protección del capitán jerezano, a quien servían con mucho amor y fidelidad.

— ¿Dices que mañana es el día señalado para la separación? — interrogó don Álvaro, incorporándose completamente despierto.

—Lo hemos oído Estebanico y yo.

Sabía Cabeza de Vaca de lo que se trataba. Era que una parte de la fuerza, los expedicionarios que tenían caballo de su propiedad, querían separarse de los otros y marchar por su cuenta, creyendo que, por disponer de montura, llegarían antes y con menos trabajo al lugar hospitalario que buscaban todos.

Ya habían estado en Aute y comido las calabazas y los fríjoles que cultivaba dicha tribu. La situación no mejoró con ello, sino todo lo contrario. En Aute no se pudieron sostener más de dos días, porque los indios de allí, como todos los que hasta entonces habían encontrado, a partir de la etapa de Apalache, les hacían una guerra implacable. Y todos los días se registraban bajas en la legión.

Si caía un caballo, bueno; se lo comían, y así, aun después de muerto, les aprovechaba. Pero a sus compañeros muertos no se los podían comer: les era forzoso dejarlos enterrados en el camino, luego que los frailes y clérigos de la legión les hubieran rezado los responsos. Y cada día caían más españoles, unos atravesados por las flechas del enemigo, otros devorados por una misteriosa enfermedad que se apoderó hasta del Gobernador. Y tantos eran los enfermos, que la marcha se hacía, muy lentamente, con ellos atravesados sobre los caballos, y los que tenían caballo veíanse obligados a andar a pie, habiéndoles entrado a todos el temor

de que ni uno solo saldría con vida de aquel negocio desastroso.

Era inevitable, viéndose la muerte tan cerca, que despertaran los egoísmos dormidos aun en pechos de hidalgos. Viendo los que tenían caballo que no podían servirse de él, pues cuantos había eran pocos para llevar a los enfermos, empezaron a secretar entre ellos, preparando una defección impropia de cristianos. Su propósito era abandonar al Gobernador, a quien echaban en cara no haber dado oídos a los prudentes consejos de Cabeza de Vaca, cuando, antes de separarse de los navíos, predijo los trabajos que iban a pasar. Y no les preocupaba la suerte cruel que Narváez y los que con él quedarán iban a correr, perdidos en aquel país inhóspito, devorados por la fiebre y sin tener qué llevarse a la boca.

Cuando don Álvaro, avisado por los muchachos de que aquellos caballeros, de quienes se podía dudar que fueran bien nacidos, preparaban secretamente su partida — “¡Mala partida, vive Cristo!”, había dicho el de Jerez —, se estuvo un momento meditando y acabó por volverse a tender cuan largo era, mientras ordenaba a los muchachos:

— Estad alerta. Si intentaran marcharse antes de despuntar el día, dadme aviso.

Puesto de nuevo el brazo sobre los ojos como antes lo tenía, pareció que volvía a dormirse. Pero, apenas

apuntó el alba, ya estaba en pie, en la orilla de un claro manantial, donde, con el cuerpo desnudo de la cintura para arriba, iba frotándose el pecho y las espaldas con un paño mojado.

El agua era de una temperatura glacial, que hacía estremecer a don Álvaro. Llevaban observado los españoles que esto ocurría con la linfa cristalina de los abundantes manantiales encontrados en la península. Casi siempre, aun en las zonas más calurosas, el agua de las fuentes naturales era tan fría que hacía estremecer a su contacto. Pero al capitán jerezano le placía zambullirse en aquellas aguas, de una limpidez maravillosa.

Mientras se frotaba ahora el pecho con su lienzo empapado, iba mirando de reojo un grupo de caballeros que hablaban entre sí y entre los cuales descubrió a Pantoja. Un poco más lejos, otros hombres ensillaban los caballos.

Terminó don Álvaro de asearse y se vistió la camisa y el jubón sin prisa, para acabar ciñéndose la espada. Y ya completamente aviado, acercóse al grupo, dando alegremente los buenos días a los que lo formaban. Después dijo.

— Paréceme que hay preparativos de marcha. ¿Y hacia dónde? ¿Se siente el Gobernador con fuerzas para ponerse en camino?

Era una provocación, que los otros no desaprove-

charon, para ahorrarse rodeos en las explicaciones. Y uno contestó:

— Nosotros tenemos mucha prisa. El Gobernador no podría seguirnos, enfermo como está, sino muy despacio. Nos vamos los que tenemos caballos, y como vos también lo tenéis, nos placera llevaros en nuestra compañía.

Replicó don Álvaro:

— No es la primera vez que se me ha propuesto esta cobardía. Conmigo no se debe contar, porque soy un hombre de honor. Y me extraña que amigos tan fieles de don Pánfilo como algunos que aquí veo — añadió, mirando a Pantoja —, hayan olvidado tan pronto los deberes de la amistad.

— Se trata de salvar la vida, don Álvaro — observó otro de los egoístas.

— Más que la vida estiman los caballeros la honra.

Intervino Pantoja:

— Vos mismo aconsejasteis a Narváez, cuando dejamos los navíos, que no se entrara en la tierra tan sin aparejo como íbamos. Sobre su conciencia pesará la muerte de los que hemos dejado atrás para siempre. A todos nos llevó a la ruina con su terquedad.

Cabeza de Vaca no podía tolerar a Pantoja, a éste menos que a nadie, por ser valido de Narváez, aquella observación, que era una nueva villanía. Contestó rápido al desvergonzado:

— Sí; es verdad: yo podría recordar que fui siempre contrario a lanzarnos temerariamente tierra adentro, sin ninguna previsión ni providencia que nos pusiera al abrigo de contrariedades como las que hemos sufrido. Pero por mi voluntad formé en la legión y mi deber es mantenerme fiel a quien tiene títulos para mandarme. Vos, en cambio, alentasteis con halagos al Gobernador, porque os convenía tenerle por amigo cuando era poderoso, y hoy le abandonáis porque le veis enfermo y derrotado. Eso, Pantoja, propio es de cobardes y de villanos, y aquí lo digo para que me oigan todos: no merecéis que os dé la mano un caballero si cometéis acción tan vil.

— Yo respondo de mis actos con mi espada — rugió Pantoja, retrocediendo dos pasos y echando mano a su tizona.

No llegó a desenvainarla. Se lanzó don Álvaro sobre él, le cogió el brazo, se lo retorció hasta arrancarle un grito de dolor, y casi a rastras, o mejor dicho, a empujones, llevó el traidor adonde estaba Narváez, mientras le decía:

— Vais ahora mismo a inclinaros ante el Gobernador y a decirle que no sois un felón, que no le abandonáis, que lleváis sangre castellana en las venas y que sabéis ser caballero. Yo lo mando.

El lance, por lo inesperado, había impresionado tanto a los conjurados para la huida, que tardaron en

reaccionar. Pantoja se dejaba llevar, acogotado y sin valor para revolverse. Ya todo el campamento se había dado cuenta de lo que sucedía y hasta los enfermos se levantaban a impulso de la curiosidad.

No llegó Pantoja adonde estaba postrado Narváez porque se interpuso fray Juan Suárez, quien, enterado de los motivos de la pendencia, reprochó a los que querían marcharse su proceder inhumano.

— ¿No teméis a la cólera divina? — preguntaba —. ¿Tan cogidos os tiene el diablo que habéis olvidado todo deber de cristianos? ¿Seríais capaces de dejarnos morir aquí como perros sarnosos? ¿No conmueve vuestra conciencia el dolor de tantos camaradas? ¿De qué tenéis formado el corazón que así permanece insensible a la desgracia ajena? ¿Sois hombres o sois hienas? ¿Habéis perdido toda memoria de lo que padeció Cristo en la cruz para redimirnos y ganar para nosotros, miserables pecadores, la gloria del Cielo?

Al sermón de fray Juan Suárez se unieron otros del otro fraile y de los clérigos. El pleito estaba ganado. Los que se habían dejado guiar por un feroz egoísmo, empezaron a vacilar y a sentirse avergonzados de su falta de piedad. Pantoja fué a esconder su bochorno sabe Dios en qué ignorado rincón.

Se hallaban los exploradores castellanos cerca del mar. Cuando Narváez se enteró de lo sucedido, reunió a sus oficiales en consejo y les dijo que él se sometía

al parecer de los más discretos. La situación era desesperada. Habían recorrido grandes extensiones de terreno sin hallar lugar propicio al aposento, ni puerto que ofreciera seguridad, ni seres humanos que gustaran de su compañía ni mucho menos aquellas soñadas riquezas que tentaron su ambición. El país parecía arrojarles otra vez más al mar por donde habían venido. Habían agotado su entusiasmo, su fe en la victoria final, sus reservas físicas, su resistencia moral. Sentíanse como desahuciados del destino y estaban enfermos más de la mitad. Ninguno aprovechaba para continuar la lucha contra la tierra inhóspita, contra los indios flecheros, contra la soledad del desierto, contra el morbo de las fiebres, contra los elementos hostiles, contra el hambre y, sobre todo, contra el profundo desaliento de su alma. ¿Qué podían hacer?

Y muchos dijeron a coro:

— ¡Marcharnos!



VIII

La industria del desesperado

¿Marcharse? Se dice muy pronto. ¿Cómo se iban a marchar? ¿Dónde estaban los barcos? Si Narváez hubiera atendido a la previsión de Cabeza de Vaca, no aventurándose en internadas demasiado profundas sin antes encontrar para los navíos un abrigo que les permitiera esperar allí el regreso de los exploradores, ahora habrían podido éstos saber dónde tenían la salvación. Obró el Gobernador como el general que se olvida, en la ofensiva, de asegurarse la retirada. Los barcos estarían esperando, probablemente, en alguna bahía del golfo de Méjico; pero el golfo era la inmensidad.

Hacía tres meses que Narváez y sus desgraciados compañeros andaban recorriendo el país; mayo, junio y julio. Habían cuidado siempre de no apartarse excesivamente de la costa occidental, de manera que no atravesaron la península, sino que subieron con rumbo al Norte, para después seguir el contorno de la costa del golfo hasta el lugar que hoy ocupa Nueva Orleáns, alejándose bastante de la estrecha faja de tierra que es La Florida. A primeros de agosto de 1528, estaban

acampados en una playa no muy distante del Missisipí, y su situación, como se ha dicho en el capítulo anterior, era desesperada.

Alguien, sin duda el más optimista de la deshecha legión, tuvo una idea que a sus compañeros les pareció, al pronto, un disparate enorme: construir los barcos que necesitaban para marcharse de aquel país, que les parecía maldito. ¿Construir los barcos? Pensamiento sensato si hubieran dispuesto del material de un astillero. Pero los derrotados caminantes, todos hambrientos y más de la mitad devorados por la calentura, no tenían otras herramientas que sus espadas.

—¡Bah!—exclamó Narváez, cuando se enteró del propósito—. ¡Es un delirio!

Y lo mismo pareció a los demás. Lanzada la idea, sin embargo, fué abriéndose camino en el corazón de los más animosos, entre ellos Cabeza de Vaca, que tenía por costumbre no limitar el alcance de los recursos del hombre ni sentía nunca debilitada su confianza en la ayuda de Dios.

El primer cuidado de don Álvaro fué averiguar si entre los legionarios había alguno que entendiera en la construcción de buques. Sólo halló un carpintero entre aquellos hidalgos y soldados lanzados a la vida aventurera.

—¡Si no fuera que nos falta lo necesario para comer!—decía el de Jerez a su amigo don Alonso del

Castillo —. Dios nos ha dado la inteligencia para hacer eso y algo más difícil. Tenemos la primera materia, que es la madera. Árboles, gracias al Cielo, no faltan. En cuanto a lo demás, ¡qué demonio!, creo que no sería imposible hallarlo con un poco de ingenio.

— Yo he estado dándole vueltas al pensamiento — declaró don Alonso, el cual, en efecto, tenía una actitud meditativa —, y me digo, pues otro remedio no se nos ocurre, que tendremos que hacer los barcos como sepamos y podamos. Ciertamente es que no tenemos herramientas, ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni pez, ni jarcias. Comer, ya comeríamos: los caballos. ¿Para qué pueden ya servirnos?

— En lo firme estáis, don Alonso. Los caballos pueden darnos alimentos para dos o tres semanas. Fragua podemos tener. Un soldado me ha dicho que es capaz de hacer un fuelle con pieles de venado. Con fragua, todos los demás instrumentos de trabajo se irán forjando, mejor o peor hechos. De los estribos, espuelas y balistas se pueden sacar hachas, sierras, martillos, clavos.

Don Alonso abrazó a su amigo con efusión.

— Sois admirable, don Álvaro. Estáis en todo y tenéis ideas que servirían hasta para sacarnos de los mismísimos infiernos. Ahora vamos a decirles a Narváez y a fray Juan Suárez... ¿Qué tenéis? Veo una sombra en vuestro semblante.

Ciertamente don Álvaro no parecía muy contento.

Movió la cabeza de un lado a otro como expresando una duda de su corazón.

— Se harán los navíos — dijo, sonriendo con cierta melancolía —. Lo que no sé es si lograrán apartarnos de la muerte, que nos viene pisando los talones.

— ¿Es que os acordáis de las predicciones de doña Ana?

— Nunca he creído en brujerías. Mas debéis convenir conmigo en que nuestra situación no es para concebir grandes esperanzas. Con los barcos que van a salir de nuestras pecadoras manos no espero que podamos capear los temporales.

Y añadió riendo:

— A mí me da lo mismo engordar con mis despojos a los cuervos que a los tiburones. ¿Tenéis vos alguna preferencia?

— ¡Ninguna, vive Dios! Desde ahora deseo que aproveche mi carne, si alguna me queda, a los pajarra-cos de la tierra y a los reverendos peces de la mar. Llamo reverendos a los más grandes.

Un día después de haber sido lanzada la idea de construir nuevos barcos, todos los hombres útiles de la legión, esto es, los que no estaban enfermos, pusieron manos a la obra. Se construyó la fragua, con un fuelle mucho más potente de lo que se podía esperar, dada la miseria de elementos con que se contaba. La desesperación aguzó el ingenio de aquellos hombres

dispuestos a defender su vida hasta donde les fuera posible. Se cortaron los árboles necesarios. Se hicieron bancos de carpintero. Se montaron las quillas. La playa donde habían acampado los exploradores se convirtió en astillero, y en él todos eran aprendices, ninguno oficial. El propósito era hacer cinco o seis barcas de una longitud lo menos de quince metros, para ir costeando, metidos en ellas los exploradores fracasados, hacia el Oeste, buscando las colonias españolas establecidas en las costas mejicanas.

Como lo más urgente era proveerse de lo necesario para subsistir, se pensó desde el primer momento sacrificar un caballo todos los días. Aunque la carne de un caballo no da para que se mantengan trescientos hombres. Apoyándose Cabeza de Vaca en la autoridad de los cuatro religiosos que se contaban en la expedición — Narváez, cada día más enfermo y abatido moralmente por su fracaso, no se ocupaba ya del mando —, consideró prudente establecer por norma que la carne de los caballos sería únicamente para los enfermos y para los que trabajaban en la construcción de las barcas. Los demás vivirían, como suele decirse, a salto de mata, merodeando por los alrededores y haciendo frecuentes incursiones al poblado de Aute, del que no estaban lejos. Había también por allí palmitos, recurso para los días de mayor estrechez, y se podían coger ostiones y otros mariscos en las calas,

En Aute entraron varias veces, no sin que los indios opusieran tenaz resistencia, y sacaron de allí hasta cuatrocientas fanegas de maíz. Dondequiera los españoles podían maniobrar con los caballos, vencían siempre al enemigo, por numeroso que éste fuera. Lo de coger mariscos ya era más difícil, al contrario de lo que, a primera vista, parecerá al lector; porque, cuando se empleaban en esta labor pacífica, los indios, buscando el desquite, les preparaban continuas emboscadas y les flechaban sin piedad, tirando desde sus canoas. Llegaron a morir diez españoles, atravesados por las flechas, y esto acaeció a la vista del campamento, sin que los compañeros de los agredidos pudieran acudir en su auxilio. Hubiera sido insensato lanzarse a nado en persecución de las canoas. Sus tripulantes disparaban los arcos a mansalva y sobre seguro, y los españoles no disponían de ballestas para contestarles, pues las habían convertido en herramientas.

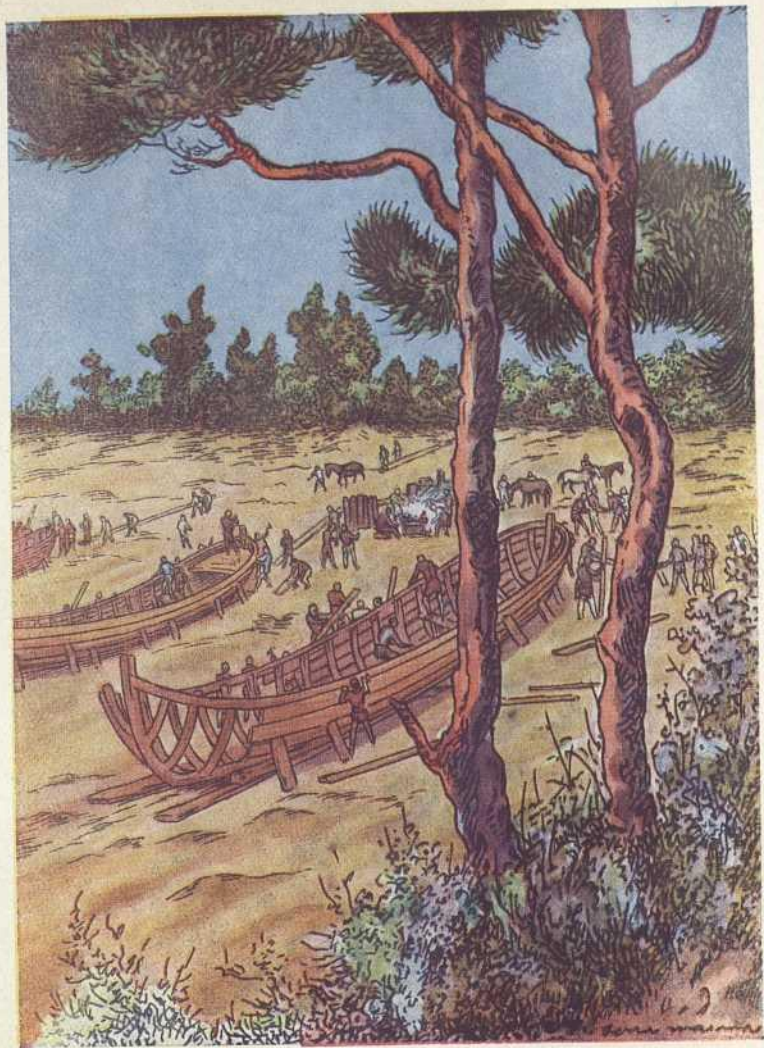
Con todo, no era cosa de dejarse abatir porque ocurrieran defunciones diariamente. A todo se acostumbra la naturaleza humana, y la guerra es la guerra. Tenían los legionarios de Narváez su pequeña guerra. ¿No saqueaban ellos a los habitantes de Aute? Debían, pues, atenerse a las consecuencias de su agresión, aunque ésta fuera obligada por la necesidad. Medio centenar de compañeros perdieron, muertos unos por los indios y víctimas otros de las fiebres, en los tres meses

que habían durado sus correrías por las costas y por el interior del país, y el camino recorrido en este tiempo se acercaba a las trescientas leguas, más de 1.600 kilómetros, que para hacerlos a pie, sin provisiones de boca, a través de lagunas y bosques vírgenes, desafiando tempestades y bajo la terrible y continua hostilidad de salvajes aguerridos, ya es una distancia considerable.

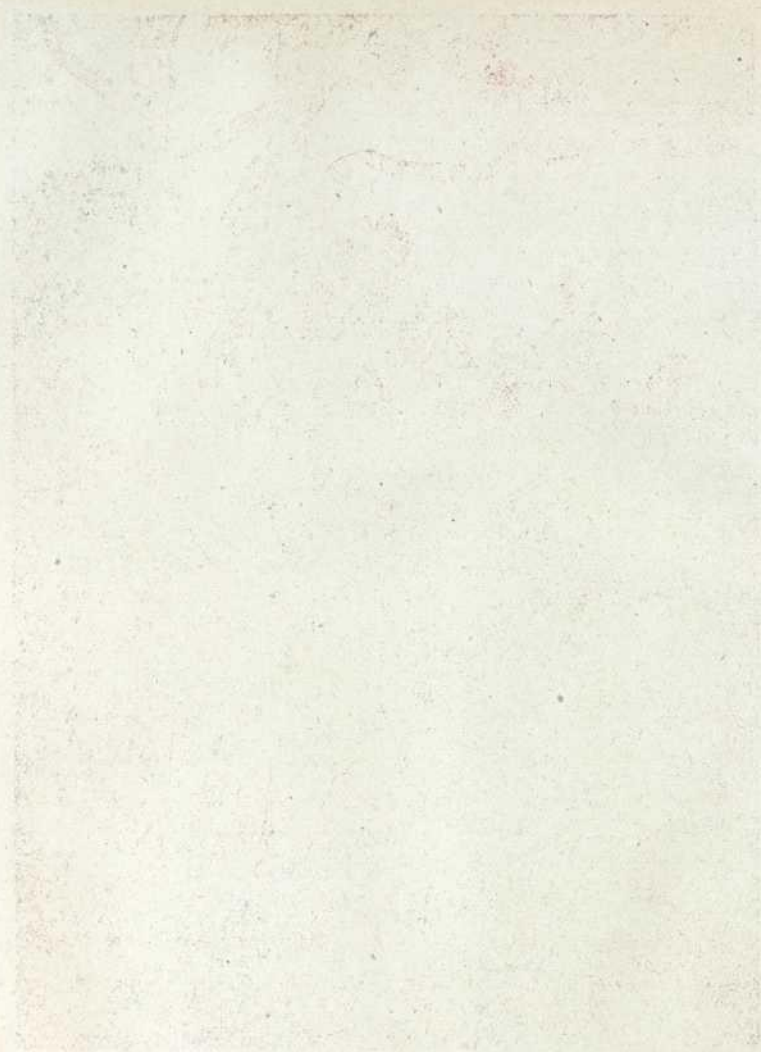
Se trabajaba febrilmente en el astillero improvisado, bajo la dirección de la gente de mar, que alguna había entre los que se aventuraron en la penetración de La Florida. Se hará cargo el lector de que el trabajo que salía de manos inhábiles en tales menesteres distaba mucho de ser perfecto, con mayor motivo habiéndose tenido que crear previamente los instrumentos con materias inadecuadas.

Vale decir que el trabajo más delicado lo hacía un carpintero, el único encontrado entre trescientos hombres, y que los otros se empleaban en cortar árboles y aserrar la madera, forjar clavos y garfios, torcer cuerdas con la crin de los caballos y la lana de los palmitos, preparar los aparejos y cabos, repulir los mástiles, calafatear las barcas con lo que pudieron hallar que se pareciera a la estopa, hacer remos en gran cantidad.

Nadie, salvo los enfermos, permanecía ocioso ni hubiera estado a gusto sin hacer nada. Como a todos estimulaba el mismo afán por abandonar el país y verse



Se trabajaba febrilmente en el astillero improvisado...



navegando rumbo a la costa de Nueva España, cundía el trabajo de tal manera que sorprendía a los mismos que lo realizaban.

¡Cuántas veces Narváez, quien solía pedir el sostén de dos hidalgos para pasearse media hora entre los obreros, contempló con infinita pesadumbre los restos de la brillante expedición que había embarcado en España hacía quince meses! Antaño se consideraba rico y poderoso, y era ahora el hombre más miserable y triste del mundo.

— No os afijáis, don Pánfilo — decía Cabeza de Vaca, cuando le tocaba ser él uno de los que sostenían al enfermo —. Así gira la loca fortuna, sobre todo en estos negocios de Indias. Hoy somos pobres y apenas nos diferenciamos de los mendigos que piden arrodillados, en los atrios de las iglesias de Castilla, una limosna por amor de Dios. Mañana puede la fortuna cambiar otra vez y vernos todos con abundante hacienda. La llave de nuestro destino está en el viento, que ahora se la lleva, para acaso volverla a traer. Y los que han muerto, ya estarán liquidando sus cuentas con Nuestro Señor, aunque tengo para mí que, por lo mucho que padecieron en esta tierra de mis pecados, no habrán nesesitoado allá de más Purgatorio.

Esto decía don Álvaro; pero es la verdad que no se las prometía muy felices para cuando pudieran embarcarse.

— Me parece tan temerario lo que nos proponemos hacer como cuanto llevamos hecho — le confesaba una tarde a fray Juan Suárez —. Buenas serían las barcas que van a salir de nuestras manos para atravesar un río. Para el mar, que ya se tragó nuestros buenos bajeles en las costas de Cuba, serán como cáscaras de nuez a poco que empiecen las olas a hincharse y nosotros a bailar. Tener rezados para entonces muchos Padrenuestros, porque con la prisa por morir puede faltarnos tiempo para encomendar el alma, que se llevaría el diablo.

Faltaba pez para embrear las barcas. Aquel griego llamado don Teodoro, que conocimos en Santo Domingo, sacó a sus compañeros de este apuro con una substancia extraída de los pinos.

— Mejor alquitrán no puede encontrarse aquí — dijo —; tendremos que pasarnos con esto. Pero sirve. Sirvió.

Se había pensado ya en que tendrían que llevarse agua potable para los días que durara la travesía. A este objeto habían guardado la piel entera de las piernas de los caballos, para curtirla y hacer odres, convenientemente cosida la boca más ancha. Para lastre y anclas tuvieron que servirse de piedras, que no fué fácil encontrar, pues escaseaban en las marismas y, en general, en todo el país.

Y, por fin, el día 20 de septiembre se dió el último

martillazo a la última barca. Habían construído cinco, aunque en realidad se necesitaban diez. Pero si para cinco se gastó mes y medio — que no es mucho tiempo teniendo en cuenta las dificultades enormes que hubo que vencer —, otras seis semanas no estaban dispuestos a resistirlas aquellos hombres desesperados.

— Iremos más incómodos — observó Narváez, el más impaciente, con su imprevisión característica —. Caber, cabremos todos.

— Hace falta verlo — se limitó a contestar don Álvaro.

Embarcaron dos días después, cuando ya sólo quedaba un caballo, que se quiso guardar para el Gobernador. En medio de su desesperación y de su miseria, los tristes exploradores continuaban teniendo el sentimiento de la jerarquía.

Se habían hecho las velas con las camisas de todos y ya flameaban al viento.

Se dividieron los exploradores en cinco grupos, aproximadamente todos del mismo número, y embarcó en la primera barca Narváez con cuarenta y nueve hombres, que ni siquiera se podían mover. Tan apretados iban.

La barca no sobresalía de la superficie del agua más de un palmo, a causa del cargamento excesivo.

— Así, no podremos ir sino a la muerte — pensó para sí Cabeza de Vaca. Pero se guardó de repetirlo

en voz alta. Le bastaba ver el talante decidido y esperanzado de sus compañeros para comprender que no habrían desistido de embarcarse aunque se lo pidieran santos del Cielo. ¿Para qué entonces asustarles? Que fueran a la muerte, al menos, con su postrera esperanza.

En otra barca se metieron, con los religiosos, otro medio centenar de criaturas humanas.

— No queda un jeme de bordo fuera del agua — volvió a pensar don Álvaro. Pero también calló su negro pensamiento.

Embarcaron a su vez Alonso del Castillo y Andrés Dorantes con cuarenta y ocho soldados, y en otro navichuelo, los capitanes Peñalosa y Téllez con cuarenta y siete. La última barca fué para Cabeza de Vaca, que llevaba consigo cuarenta y nueve desgraciados.

En ninguna de las cinco barcas había persona que conociera el arte de marear.

Y así se pusieron en camino, marchando delantera la barca de don Álvaro, quien, en una isla, se apoderó de unas canoas que abandonaron los indios, al verles llegar, y con su madera remediaron algo sus navichuelos, de modo que sobresalieran de la superficie del agua un par de palmos. Siquiera para no tener la impresión de que se estaban hundiendo.



Naufragios

Podrían llenarse mil páginas con la narración detallada de las peripecias que sucedieron a los fugitivos de La Florida, después de su fracasada exploración. El autor de este libro no dispone de espacio suficiente para seguir paso a paso, lance por lance, día tras día, la odisea de los tristes navegantes lanzados al mar tempestuoso del golfo por escapar de la muerte que en tierra les había estado siguiendo durante tres meses. Será preciso resumir los sucesos secundarios, para no rebasar los límites que se señaló el propio autor, haciendo de modo que, sin cortar el hilo de la narración y sin pasar por alto ningún hecho importante, quepa todo lo que se tiene que decir de las andanzas de Cabeza de Vaca y sus compañeros en los capítulos contados y medidos previamente.

Decíamos, pues, que las cinco barcas fueron remediadas, al llegar a una isla de las innumerables que se encuentran en aquella latitud del golfo de Méjico, con la madera de unas canoas que Cabeza de Vaca cogió a los indios. Reanudamos desde este punto la narra-

ción, diciendo que si la muerte pisó los talones a los españoles mientras anduvieron por tierra, no dejó de seguirles cuando se embarcaron en sus deleznales bajeles, creyendo así burlar a su implacable perseguidora, que jamás abandona su presa.

Navegaron los castellanos más de treinta días mortales. Se ha de entender por *mortales* que la muerte no dejó de amenazarles un solo momento, ora con las tempestades en que se agitaba el mar y se desataba el viento huracanado; ora por los indios, que les recibían en las islas y ancones con un diluvio de flechas; cuando por no tener agua que beber, pues los odres, mal curtidos, se pudrieron; a veces en la desembocadura de los ríos, al llevarles su corriente mar adentro, sin dejarles tomar tierra; o porque se acababan el maíz y los mariscos y caían los hambrientos desfallecidos; o cuando les entraba la fiebre y daban diente con diente, mal cubiertos con sus harapos.

Fácil es comprender que en tales condiciones, los miserables navegantes saltaban a tierra siempre que podían, es decir, donde no hubiese indios que los hostilizaran; pues pocos quedaban entre los expedicionarios que tuvieran ánimos y fuerzas para combatir. Combatían, sin embargo; replicaban a las agresiones de los salvajes, con lo cual iban a juntarse los heridos con los enfermos, de modo que aumentaba así el número de los inútiles. Y había desesperados que, por no poder

resistir más, se daban prisioneros a los indios, pensando de este modo hallar alimento, como ocurrió con un negro de Santo Domingo y el griego llamado don Teodoro, a quienes sus compañeros no volvieron a ver más.

Ocurría que no siempre les eran hostiles los indios. Algunos les socorrieron en su necesidad más apremiante, como era la de beber agua, que los indios guardaban en grandes cántaras, o les proporcionaban alguna fruta o pescado para aplacar el hambre. Aunque estos indios generosos eran generalmente los más pobres. Los ricos, que tenían para cubrirse pieles de marta olorosas, los que habitaban en cómodos bohíos y disfrutaban de más seguro sustento, o les atacaban o les mentían amistad, para después cogerles descuidados y herirles a mansalva. Casi todos los cristianos habían sacado lo suyo de los combates, y entre los heridos se contaban Cabeza de Vaca y Narváez.

Treinta y tantos días de recorrer islotes y bahías bajas, de saltar sobre las olas, de resistir el vendaval, de beber agua salada hasta morir, de pelear sin descanso, de implorar en vano la ayuda de los Cielos. En un solo día y únicamente por haber bebido agua de mar, murieron cinco. A otros les mataba el hambre, o la calentura o el frío, porque había subido bastante: cuando soplabla el Norte, no lo podían resistir. En una ocasión, para luchar con la temperatura glacial,

llegaron a quemar hasta treinta canoas de los indios, abandonadas por éstos en un combate que ganaron los españoles.

Al cabo de cinco semanas de vivir muriendo, porque la hueste se iba cayendo a pedazos; cuando los castellanos empezaban a moverse con holgura a bordo de las barcas, debido al lastre humano arrojado al mar, llegaron, un atardecer, cerca de la desembocadura de un río muy grande, probablemente el Padre de las Aguas, el Mississipí.

Obscurecía y estaba el mar muy agitado. Sabían ya los exploradores castellanos, por dolorosa experiencia, lo frecuentes que son los temporales en aquellas costas, de continuo azotadas por el tornado, que es la furia de los elementos elevada al paroxismo. Por darles en la cara un viento fresco, asaz susceptible de convertirse en huracán devastador, Cabeza de Vaca, cuya barca iba delantera, creyó de razón refugiarse en un pequeño archipiélago, siquiera para calentarse, pues estaban ateridos.

Cambió don Álvaro impresiones con Narváez y hasta llegó a desembarcar alguna gente de la primera barca; pero en aquellas islas no había leña y no hallaron tampoco el refugio que necesitaban. Vieron que de distintos puntos de la costa se levantaban columnas de humo, señal segura de que el lugar debía estar muy poblado, y no deseando encontrarse con los indios, que podían

darles guerra, prefirieron mantenerse en el mar aquella noche, aunque el tiempo era bronco.

Otra resolución no habrían podido tomar, porque el mismo viento que venía de tierra, un viento helado, del Norte, les empujó lejos de las islas, y, al amanecer el otro día, después de haber luchado toda la noche con la tempestad, las barcas se habían separado tanto una de otra que Cabeza de Vaca no alcanzó a ver, desde la suya, sino otras dos.

Al caballero de Jerez le dió un vuelco el corazón y recordó los bergantines perdidos en la playa de Trinidad. ¿Qué les habría ocurrido a las dos barcas que faltaban? Animó a sus remeros para que bogaran con brío, a fin de alcanzar la barca que veía más próxima. Era la de Narváez.

Se hablaron el Gobernador y el tesorero de una barca a otra. Narváez no parecía preocuparse por la suerte que hubieran corrido las dos que desaparecieron de su vista.

— En la situación en que nos encontramos — dijo, tomando su rostro de un solo ojo tan sombría expresión que don Álvaro sintió escalofríos —, no hay que pensar sino en salvarse el que pueda. ¿Qué pensáis vos hacer?

— Yo — contestó rápido Cabeza de Vaca — creo que deberíamos juntarnos a la barca que marcha delante y procurar descubrir el paradero de las otras dos.

Estalló una carcajada sarcástica en la barca de Narváez. Quien se había reído de aquel modo siniestro no era el Gobernador, sino el capitán Pantoja.

— Las pocas fuerzas que nos quedan — dijo el infiel capitán, que otra vez se había adueñado de la voluntad de su superior —, las necesitamos todas para salvarnos. Id vos, si queréis, a socorrer a los otros.

Narváez trató de excusar este egoísmo.

— Esa barca va muy metida en el mar, y nuestra salvación está en tomar tierra. Podéis hacer lo que más os plazca, seguirme a mí o juntaros con la otra barca.

— Os seguiré, porque entiendo que, mientras viváis y os tenga yo delante, sois vos quien debe mandarnos, aun en el borde mismo de la muerte — observó don Álvaro.

Y aunque a sus palabras sólo contestó una nueva carcajada de Pantoja, tomó un remo y bogó con los demás remeros.

Ya se ha dicho que se encontraban en la desembocadura de un gran río, el mayor de cuantos habían visto hasta entonces. La corriente, muy fuerte, no permitía a las barcas acercarse a las orillas y las metía muy adentro del mar, agitado por recio oleaje. Sucedió, además, que en la barca del Gobernador iban los hombres más aptos, por su estado de salud, para luchar con el temporal; mientras los de Cabeza de Vaca estaban enfermos en su mayoría. Les era por esto muy

difícil a los remeros de don Álvaro, entre los cuales se contaba el Capitán, llevar el ritmo de los que bogaban en la barca de Narváez, y así aconteció que se iban quedando atrás; por lo cual gritó el caballero jerezano, sin abandonar su remo:

— ¡Eh, don Pánfilo! Se nos acaban las fuerzas y no podemos seguiros. ¡Echad para acá un cabo para ayudarnos!

Estaba el Sol en su ocaso. Las olas aparecían por momentos más hinchadas y rompían furiosamente contra los islotes, levantando montañas de espuma. La costa, muy distante, apenas se divisaba.

— No esperéis auxilios de nosotros — contestó Narváez —. Queremos tomar tierra antes de que cierre la noche. Haced vosotros lo que mejor os parezca. ¡Y que os proteja Dios!

Ya era difícil oírse de una barca a otra, a causa de que el mar roncaba terriblemente y porque la distancia entre los dos navichuelos había aumentado. Don Álvaro y sus remeros continuaban bogando, sin embargo, con toda el alma y resistían impasibles los golpes de mar. A veces les envolvía una ola y quedaban chorreando; pero sacudían la cabeza, sin abandonar los remos, y hala, hala, bogaban con energía redoblada.

Empezaron a gritarles los hombres de Cabeza de Vaca a los de la barca que iba delantera:

— ¡No sabéis comportaros como hermanos!

- ¿No habrá entre vosotros un corazón piadoso?
— ¡Tenéis el alma negra! ¡Os llevará el diablo!
— ¡Eh! ¡Ese Pantoja, villano y traidor! ¡Que los tiburones te coman, ladrón! ¡Tu fin será como lo mereces!

Pero ya Narváez y sus compañeros, que se habían adelantado mucho, no podían oír las imprecaciones que les lanzaban los hombres de la otra barca. Comprendiendo don Álvaro la inutilidad del esfuerzo que estaban realizando, dió orden de virar para acercarse a la tercera barca, la que estaba más distanciada de la costa. Esto les fué más fácil, porque no tenían que luchar con la resaca. Por otra parte, cuando los tripulantes de la tercera barca se dieron cuenta de que iban a ellos, esperaron, manteniéndose al paio.

Era la barca que tenía por capitanes a Téllez y Peñalosa, quienes se pusieron en seguida a la disposición de don Álvaro para que llevara éste la voz de mando. El de Jerez consideró conveniente seguir costeano hasta encontrar un rincón a propósito para saltar a tierra, si el estado del mar lo permitía. Encaminarían de momento todos sus esfuerzos a no separarse una barca de la otra. Así es que navegaron juntos otros cuatro días, con alternativas de calma y de tempestad. Establecieron una tasa para el maíz que había de repartirse entre oficiales y soldados, tocando medio puñado a cada hombre para toda la jornada.

Pero al quinto día las cosas se pusieron peor. Volvió la tormenta. Las barcas ya no pudieron marchar juntas por desesperados esfuerzos que hicieran los remeros con el fin de no separarse demasiado. Se sucedían los golpes de mar y crujían los frágiles bajeles, cada vez más quebrantados.

Y se produjo la catástrofe tan temida: una de las barcas, envuelta por una ola gigantesca, herida en sus costillares, perdido el timón, desarbolada, deshecha, se hundió.

Era la barca de Peñalosa y Téllez.

Los castellanos que iban en la de don Álvaro quedaron consternados. Habían presenciado el naufragio sin poder auxiliar a ninguno de los infortunados que allí debieron perecer. Aunque así habrían dejado de padecer, tragados por el mar, cuando, fatalmente y con sufrimientos más prolongados, hubieran muerto de sed o de hambre, suerte reservada a los supervivientes, si no se los llevaba también una ola traidora.

— Quisiera ser de los que han muerto — dijo uno.

Otro exclamó:

— ¡Seguiremos el mismo camino! Nuestra barca hace agua por todos sus costados. Y si no nos hundimos, será peor: no queda a bordo ni un puñado de maíz para sustentarnos.

Observó un tercero:

— No habrán corrido mejor ventura los de Nar-

váez. ¿Y qué habrá sido de las barcas de Castillo y Dorantes, de fray Juan Suárez y Enríquez? A todos doy por perdidos. Nos sucede lo que predijo doña Ana, viuda de verdad desde hoy; pues vi a su marido cuando se ahogaba. Ninguna esperanza nos queda.

Cabeza de Vaca no sabía cómo consolar a su gente y menos aún cómo levantarles el ánimo. Las energías de los hombres más valientes y tenaces tienen su límite. Los que rodeaban a don Álvaro se abandonaban a la desesperación. Los remeros dejaron de bogar; algunos desfallecieron hasta perder el sentido; otros se tendieron esperando la muerte. La barca, juguete de las olas, avanzaba y retrocedía sin inquietar ya a ninguno de los que llevaba a bordo, y al día siguiente, sólo cinco hombres pudieron sostenerse en pie. Nadie hablaba una palabra.

Al anoecer, dijo el timonel a don Álvaro:

— No puedo más: me siento morir.

Y se dejó caer en el suelo.

Don Álvaro tomó el timón. En aquellos momentos, era el único que se mantenía firme.

Lo que aquella noche pensó Cabeza de Vaca, mientras trataba de marear la barca, no hay para qué decirlo, bien entendido que el lector puede fácilmente imaginárselo. Estaba la gente tirada en el fondo de la barca, sin conciencia ya de su situación, amontonados unos hombres sobre otros, inmóviles, insensibles como

cadáveres. No les importaba el frío, que era intenso; ni los bandazos que daba el bajel, que en alguna ocasión les hacía resbalar de babor a estribor y de proa a popa; ni el agua que les caía encima, empapándoles. Estaban todos medio desnudos. Les contemplaba Cabeza de Vaca al resplandor de la Luna y le parecían muertos. Cuando reconocía a uno de los que tenía más próximos, le llamaba por su nombre, sin dejar el gobernalle, y, viendo que no le respondía, se quedaba él mudo también, fijos los ojos en el luminar de la noche, como si buscara en aquel foco de luz blanca un remedio para detener el fatal destino.

—¿No sería mejor morir que ver la miseria que me rodea?— se preguntaba el cuitado.

Pasada la hora de las ánimas, cuando ya amainaba el temporal, fué a ver cómo seguía el timonel, creyendo que habría ya exhalado sus postrer aliento. Al inclinarse para reconocerle, vió que se movía.

—¿Seguís con vuestro quebranto, maestro? ¿No habéis encontrado alivio?— le preguntó.

—Me siento mejor— dijo el timonel, incorporándose—, y como vos necesitáis descanso, volveré a mi puesto.

Aceptó don Álvaro la invitación, porque se hallaba agotado; pero no pudo dormir. Tanta agitación había en el mar como en su mente. Y en vano cerraba los ojos y se esforzaba por escapar a los pensamientos que iban

girando dentro de su cabeza, inconcretos y disparatados. Cerca ya del alba, le pareció que el oleaje rompía a poca distancia del punto donde se hallaban, y se levantó para decírselo al piloto.

— La costa debe estar muy cerca y debe ser baja, a juzgar por el ruido que hacen las olas al romper.

— Eso creo yo también, Capitán.

No más de siete brazas les separaba de la tierra. Cuando se cercioraron de que era así, dieron la popa al mar y don Álvaro remó con todo el vigor de que podía hacer gala en tales circunstancias. Entre tanto decía:

— No hay necesidad de esperar a que amanezca para acercarnos a la costa. Tenemos una hermosa Luna. A ver si el Cielo quiere ayudarnos esta vez.

Iban ya a tomar la playa cuando les tomó a ellos una ola que a punto estuvo de volcar la barca. Tan duro fué el bandazo que despertaron los que dormían y recobraron el sentido los que lo habían perdido. Para todos fué una grata sorpresa verse tan cerca de la tierra, por manera que la misma alegría acabó de despabilarles, y empezaron a descolgarse unos tras otros, hasta que se quedó la barca vacía.

— Loado sea el Señor — decían los más fervientes —. ¡Nos hemos salvado!

Sin duda lo inesperado de verse en tierra les hacía exagerar su optimismo. Pero encontraron leña, en-

cendieron una hermosa hoguera y pudieron reconfortarse. Además, la lluvia había dejado muchos charcos, en los cuales pudieron saciar su sed. Tostaron un poco de maíz que aun les quedaba, y ya repuestos, recuperadas en parte sus fuerzas y con el ánimo más tranquilo, pudieron dedicarse a pensar qué podían hacer.

Cabeza de Vaca se sentía inquieto, temiendo que vinieran los indios a importunarles, porque ninguno de los pobres náufragos se habría podido defender. Aunque el júbilo por verse en tierra les diese nuevo aliento, su extenuación no se remediaba tan pronto y los más estaban seriamente enfermos.

— ¡Bueno! — se dijo a sí mismo don Álvaro —. ¡Será lo que Dios quiera!

Y encargó a Lope de Oviedo, el más vigoroso de los exploradores, que se subiera al árbol más alto que encontrara para tener una idea de cómo era el país.



La isla del Mal Hado

Poco dura la alegría en la casa del pobre. La tierra donde habían desembarcado los exploradores era una isla, y aunque al principio creyó Lope de Oviedo, observando el territorio desde la mayor altura adonde pudo llegar, que estaban cerca de un establecimiento español, por haberle parecido encontrar en el suelo huellas de ganado, allí no había más que indios. Indios pobres y no belicosos, como pudieron muy pronto comprobar, con gran satisfacción de Cabeza de Vaca. Pero, pese a que la disposición de los naturales del país les fuera propicia y pese asimismo a no haberles faltado el necesario socorro, en aquella isla iban a conocer nuevas y grandes desgracias. Por algo la llamaron la isla del Mal Hado.

En parte debieron su infortunio al propio error, que fué el querer embarcarse cuanto antes, con la loca ilusión de encontrar un establecimiento de cristianos que llamaban Pánuco y en busca del cual venían costeando hacía mes y medio. Los indios de la isla les habían regalado un flecha, que era entre ellos señal de amistad, y a

cambio de los collarines y cascabeles que les dieron los hombres blancos, los indígenas trajeron pescado y unas raíces comestibles. Y si no trajeron maíz, fué porque no lo tenían. De modo que la estancia en la isla, en donde, por otra parte, abundaba la leña, no se presentaba bajo negros auspicios, y así hubo de advertirlo Cabeza de Vaca, que veía enfermos a sus hombres, los cuales no se podían reponer de sus achaques sino con un descanso de muchos días. A todos se les podían contar los huesos con sólo pasarles la mano por encima, y el mismo don Álvaro recordaba no haber comido nada más que maíz desde el mes de mayo, cuando entraban ya en el de noviembre, y las veces que probó el pescado, en medio año, no pasaron de diez.

No quisieron quedarse en la isla porque esperaban poder llegar a Pánuco, cuya verdadera situación ignoraban, y porque les asustó la miseria en que vivían los indios. Pero ¿qué más miseria que la suya propia? Cabeza de Vaca se equivocó esta vez. Viendo que podía proveer su barca con agua y el pescado y las raíces que de buen grado les ofrecían los indios, dió gusto a los que deseaban volver a embarcarse. La verdad es que él no lo deseaba menos, y se dejó engañar por su propio deseo.

Costóles jornadas de rudo trabajo desenterrar la barca, que se había empotrado en la arena, y mejor fuera que no lo hubiesen logrado, para lo que les

sucedió después, que fué lo que a continuación se va a decir.

Para arrancar la barca de la arena, obra que requirió todos los esfuerzos que aun podían rendir, se desnudaron todos; pues tenían que trabajar metidos en el agua. Dentro del bajel habían puesto las provisiones, las armas y, finalmente, las ropas de todos ellos. No había más que poner la barca a flote y embarcar.

Se puso la barca a flote y saltaron dentro de ella Cabeza de Vaca y sus hombres, que estaban metidos en el mar hasta la cintura. Ninguno quedó en tierra. Pero apenas habían empezado a bogar los remeros, con la resaca se les fué la barca. Se necesitaban fuerzas de titán para gobernarla, porque el mar estaba muy bravo. A dos tiros de ballesta de la playa, cuando ninguno de los que iban a bordo había tenido tiempo para vestirse, les cogió una ola por estribor y volcó la barca, dejándola con la quilla al sol.

Se produjo el acontecimiento inesperadamente y en menos tiempo del que se emplea en contarlo. Otro golpe de mar empujó a los náufragos hacia la playa, dejándoles en el mismo lugar que con tanta imprudencia habían abandonado y no menos desnudos de como vinieron al mundo.

Tres de ellos, entre los cuales se contaba el veedor Alonso de Solís, fueron aún más infortunados, porque,

al volcar la barca, se asieron de donde pudieron y quedaron debajo, para dejar allí la vida.

Los primeros momentos fueron de estupor para aquellos desdichados en quienes parecía ensañarse el negro destino. Lo habían perdido todo, incluso sus vestidos, que si bien los tenían ya destrozados, al menos les servían para cubrirse el cuerpo y les resguardaban un poco del frío. Ropas, espadas, armaduras, provisiones de boca, todo se había quedado en la barca, con los tres pobres compañeros que no pudieron salir de la misma.

Y los supervivientes, arrojados por el mar sobre la isla, aquí dos, allí uno, más lejos cinco o seis, éstos agrupados, los otros repartidos como conchuelas, se incorporaban, cubiertos de arena y restregándose los ojos, sin darse cuenta todavía del lance que les acababa de suceder.

Les duró el aturdimiento largo rato y más les habría durado de no darles el viento helado del Norte, que se hacía sentir como una estocada. En cueros como estaban, empezaron a temblar y a dar diente con diente. Lo primero que se le ocurrió al más sereno, fué encender fuego. ¿Quién tuvo esta iniciativa? Uno cualquiera o varios a la vez. Ya no había capitán. ¿Quién podía serlo de un grupo de hombres esqueléticos, demacrados y desfallecidos, que no tenían para cubrir sus cuerpos ni unos faldellines de pluma o de paja como los

que habían visto llevar a los indios? Las jerarquías tienen su exteriorización inmediata en las vestiduras. La miseria, como la muerte, nivela a los hombres. Allí todos eran iguales.

En medio de su desolación, aun tuvieron una chispa de suerte, que fué la de encontrar los tizones de las hogueras que habían dejado al partir. Encendieron fuego y se reunieron en torno de la alegre llama, para desentumecerse. Y vino el inevitable coro de lamentaciones:

— Más nos valiera habernos ahogado como los tres que se quedaron en la barca. ¿Qué podemos hacer ahora?

— Llorar nuestras desdichas y esperar a que el hambre y el frío nos acaben.

— O arrojarnos de nuevo al mar para terminar más pronto.

— Pueden venir los indios a socorrernos.

— ¿A socorrernos? Sabe el Cielo qué harán los indios cuando nos vean con esta facha.

— Es verdad. Somos ya sus iguales, peor todavía: podemos menos. Media docena de flecheros podrían acabar con nosotros. Si les place, harán de nosotros sus siervos.

— ¡Cruel destino el nuestro! ¡Lo hemos perdido todo, hasta las vestiduras, que son la primera dignidad del hombre! Desnudos sólo van los esclavos. ¿No ha-

brá en el Cielo piedad para nosotros? ¿Tan duro castigo merecen nuestros pecados?

En este plañir y demandar ayuda de la Providencia, entre lágrimas y gritos de desesperación, les cogió la caída de la tarde, hora en que vinieron los indios no para traerles socorro, sino porque no sabían que hubiesen intentado marcharse. Vistos los españoles a la luz del crepúsculo y bajo los resplandores rojizos de las llamas, desnudos y flacos hasta acusar bajo la piel el relieve del esqueleto, parecían salidos del infierno. Los indios retrocedieron espantados.

Fué necesario que Cabeza de Vaca corriera tras ellos, llamándoles con las tiernas inflexiones que ponía en su voz una suprema necesidad, para detenerles en su huída. Por señas les explicó lo sucedido. El mar había arrojado sobre la playa dos cadáveres. A su vista, acabaron los indios de comprender la tragedia de los extranjeros blancos, a quienes creyeron emparentados con el Sol. Pero eran tristes criaturas semejantes a ellos y sujetas a las flaquezas de la humana condición, descubrimiento que pareció conmoverles profundamente.

Y sucedió entonces algo desconcertante, insólito, lo que menos podían esperar Cabeza de Vaca y sus afligidos compañeros de desventura; algo que en otras circunstancias menos espantosas, habría hecho reír a los cuitados: los indios se sentaron junto a ellos, alre-

dedor del fuego, y empezaron a llorar con tanta pena, a dolerse con acentos tan desgarradores, a mesarse los cabellos con tan patética desesperación, a retorcer los brazos y a debatirse en demostraciones de tan hondo dolor, que por unos momentos se olvidaron los españoles de sus desgracias y permanecieron estupefactos, asombrados de que los salvajes tomaran parte tan viva en su duelo, vertiendo más lágrimas y dando más agudos alaridos que las mismas víctimas del naufragio.

Les llegó al alma aquella aparatosa participación en el infortunio que les había acaecido, aunque estaban deseando los castellanos que terminaran los indios de llorar y de lamentarse y les auxiliaran de modo eficaz en su triste estado. Pero como quiera que los otros continuaban doliéndose, transidos en una angustia espectacular y delicuescente, se dió el caso que los que debían sentirse más apenados, por ser ellos los caídos en desgracia, tuvieron que consolar a los que sufrían congoja por simple repercusión y simpatía.

Les duró la angustia a los indios cerca de una hora. Por fin, atendieron a Cabeza de Vaca, que solicitaba de su caridad que les llevaran a sus bohíos. Algunos españoles recelaban una traición. Podían los indios haber fingido conmovirse para engañarles y llevárselos de allí con un mal propósito. A la intemperie no se podían quedar, sin embargo, y menos todavía habiéndose echado encima la noche.

— Suyos somos — dijo don Álvaro —, y otra cosa no podemos hacer sino confiarnos a ellos, que nos han de dar la muerte o la vida.

Los indios fueron leales. Una vez se sosegaron de su llanto y se dieron cuenta de lo que don Álvaro les pedía, partieron unos treinta. Los que quedaron en la playa armaron tantas parihuelas como náufragos había y en cada una de ellas sentaron un español. Su intención se adivinaba fácilmente: querían evitar a sus amigos, extenuados, la fatiga de la marcha. En efecto, cuando cada uno de los hombres blancos se hubo sentado o tendido en su parihuela, cargaron los indios con todos y los llevaron tierra adentro.

Se vió entonces hasta dónde llegaba su previsión caritativa, pues los treinta que habían partido antes dejaron encendidas, al largo del camino y a trechos regulares, grandes hogueras, donde los náufragos se calentaban y reconfortaban. Los indios no volvían a cargarse las parihuelas hasta ver reanimados a sus amigos, a los que transportaban luego rápidamente a la hoguera próxima, y así hasta llegar a la que se podría llamar estación de término. Esto sorprendió y alentó a Cabeza de Vaca y a los suyos, que agradecían en el fondo de su corazón tales extremos de amistad.

Otra alegría les esperaba a los hombres de Cabeza de Vaca, que habría aliviado, si ello fuera posible, la

pesadumbre de sus desgracias, y fué que, llegados al humilde caserío de los indios, tuvieron noticia de que andaban buscándoles otros españoles. En un gran bohío que los indígenas les habían preparado, pasaron los náufragos la noche, en medio de grandes fiestas y hogueras que la gente sencilla del país encendía en su honor, aunque los pobres festejados no podían sentirse con el ánimo propicio al jolgorio y si alguna ilusión les quedaba era la de que sus compatriotas pudieran socorrerles.

Llegaron al poblado, al día siguiente, Andrés Dorantes y Alonso del Castillo, con toda la gente de su barca. Venían destrozados, famélicos, sucios, desfallecidos; por manera que mal pudieran dar socorros quienes necesitaban ser socorridos; pero, con tanto como llevaban sufrido, pudieron comprobar que otros habían caído en mayor miseria. El espectáculo ofrecido por los náufragos desnudos y hacinados en el fondo de una cabaña, enfebrecidos y temblorosos, tan flacos todos ellos que eran verdadera imagen de la muerte, hizo enmudecer de espanto a los recién llegados.

Cabeza de Vaca abrazó a su amigo don Alonso y ambos se contaron sus desventuras, muy parecidas, salvo el detalle de quedarse sin ropas, que parecía como un refinamiento de la suerte aciaga.

— Éstas son las riquezas que nos reservaba el Nuevo Mundo, don Alonso — dijo Cabeza de Vaca con

amargura —. Bien hicieron en quedarse en Santo Domingo los apocados. ¡Burla harían de nosotros si nos vieran de esta traza!

— Nunca se sabe dónde está la suerte, don Álvaro — contestó Castillo a su amigo, igualmente afligido y desesperado —, y me temo que no hemos llegado todavía al fin de nuestras penalidades. Basta pensar cómo nos encontramos y lo míseros que somos. ¿Cómo salir de esta isla del Mal Hado, donde ni vestiros podéis los que estáis desnudos?

Los hombres de Castillo y Dorantes habrían tenido que desprenderse de sus harapos para medio vestir a los tristes camaradas. Ellos llevaban sus ropas llenas de mugre y con colgajos vergonzosos en las calzas y el jubón. Las camisas las habían dado para hacer las velas de las barcas y las botas de muchos se quedaron, a pedazos, entre los zarzales y en el fango de las lagunas. De la miseria vestida de unos a la desnudez desolada de los otros, la distancia era tan pequeña que quedaba reducida a los pingos del más andrajoso mendigo.

— Ya sólo un remedio nos queda — observó don Álvaro, sentado, como sus compañeros, cerca del fuego —. Inseguro es; mas no hay otro. Lo único que podemos intentar, en el estado miserable en que nos encontramos, es enviar unos cuantos hombres, cuatro o cinco, escogidos los más sanos y resistente, para que vayan en busca de Pánuco, que no debe de estar lejos,

y si permitiera la misericordia de Dios que llegaran a un poblado de cristianos, desde allí nos enviarían auxilio. Entre tanto nosotros tendremos que invernar en esta isla, si el humor de los indios no cambia, que bien pudiera suceder.

¡Pánuco! ¡Siempre la ilusión de Pánuco! Pero ¿dónde estaba Pánuco?

— ¿Qué suerte habrán corrido las otras barcas? — preguntó Alonso del Castillo.

— La de Téllez y Peñalosa se hundió a nuestra vista, sin que pudiéramos salvar a ninguno de sus hombres. La que mandaban el contador y el comisario y la de Narváez y Pantoja deben estar también en el fondo del golfo. El Gobernador habrá pagado con la vida sus temeridades.

Dijo esto don Álvaro encogiéndose de hombros, como no dándole importancia a la muerte, que no la tenía, ciertamente, en relación con lo que estaban pasando los supervivientes del desastre. Y añadió:

— ¿Quiénes serán los voluntarios que quieran y puedan ir en busca de un pueblo castellano?

Los españoles reunidos en la isla del Mal Hado llegaban a ochenta. Reconocidos uno por uno, solamente cuatro se encontraron que parecían hallarse en condiciones de emprender ruta tan incierta. Eran éstos un portugués llamado Fernandes, un extremeño que respondía al nombre de Astudillo, el toledano Figueroa

y un tal Méndez, castellano o andaluz. Un indio se ofreció a servirles de guía.

Partieron los cinco sin tardanza. Al despedirles, pocos esperaban volverles a ver. Pero ellos se fueron animados, porque, en situaciones desesperadas, lo que más desalienta es la inacción, y los que más tiempo mantienen la esperanza son los que pueden hacer algo.

Se comprobó en seguida que la situación peor es la del que se ve obligado a cruzarse de brazos. Partidos los cuatro españoles más robustos, o menos quebrantados, para los setenta y seis restantes empezó un nuevo purgatorio. Entraron, para decirlo más propiamente, en una lenta y horrible agonía. Porque en la isla se agotaron los recursos. Menudeaban las tempestades y los indios no podían salir a pescar ni a coger las raíces lacustres que eran la base de su sobrio alimento. Era una buena gente la de la isla, pero tan pobre como sus desolados huéspedes.

Los bohíos ofrecían una muy débil defensa contra el frío. Cuando soplabá el Norte, lo cual sucedía con harta frecuencia, no se estaba dentro de las cabañas de paja más abrigado que a cielo descubierto. Los españoles iban adoleciendo cada día más, lo mismo los desnudos que los medio vestidos, y todos los días se moría alguno.

Los hubo que perdieron la razón, enloquecidos por el hambre. Tal fué el caso de cinco desventurados que

salieron a la costa en busca de mariscos y a quienes los temporales no permitieron volver al poblado. Vivieron aislados durante muchos días y llegaron a devorarse unos a otros. A este grado de animalidad les condujo su espantoso delirio. No es sin repugnancia que el autor del libro consigna un hecho que deja a tan bajo nivel la naturaleza humana. Pero así aconteció, y este horrible episodio de la agonía de los exploradores españoles en la isla del Mal Hado, da la medida de sus padecimientos indescriptibles, de sus angustias superiores a cuanto se puede imaginar.



Médicos a la fuerza

En los capítulos precedentes se ha procurado dar al lector la sensación del tiempo que iba transcurriendo mientras se sucedían, unas tras otras, las desventuras referidas. Se ha dicho por ejemplo, que la expedición de Narváez partió de Sanlúcar de Barrameda el 17 de junio de 1527, que se detuvo en Santo Domingo cuarenta y cinco días y que llegó a las costas de La Florida diez meses después de haber salido de España. El lector ha podido seguir por meses, a veces por semanas y hasta por días, el consumo de vida de nuestros héroes. El tiempo es, al fin y al cabo, para el hombre, el gasto que hace éste de su existencia nada más con vivir. Tiempo es lo que duran los seres, sujetos a mutación substancial y a cambios sucesivos según van caducando. El hombre cuenta el tiempo que corre como cuenta su dinero al paso que lo expende para cubrir sus necesidades o satisfacer sus caprichos, y deja de contarle, naturalmente, cuando se le acaba.

En esta narración, a partir de este capítulo, ya no podremos medir el tiempo, porque los hombres cuyas

andanzas calamitosas vamos refiriendo dejaron de contarle en la isla del Mal Hado, así que se vieron en un estado tal de abatimiento, de miseria y de abandono, que todos se consideraban moribundos, y lejos de temer a la muerte, la deseaban como una liberación. De modo que el tiempo ya no tenía sentido para ellos. Vivían sin conciencia del mismo, como viven los animales y las plantas.

Ni siquiera llevaban ya la cuenta de los que morían. Se habían reunido en la isla del Mal Hado ochenta españoles. Un día se le ocurrió a Cabeza de Vaca contar los que quedaban y no halló más que catorce compañeros. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Quién sabe! Y sobre todo, eso no tenía para ellos ningún valor. Una vez pasó un tiempo más que suficiente para que hubieran vuelto los cuatro españoles enviados a Pánuco, el resto ya no les importaba. Sabían que su destino era morir en la isla cualquier día, cuando antes fuera mejor.

Ya iban desnudos todos, como los indios. Se habían acostumbrado; se había curtido su piel; no se diferenciaban de las gentes del país ni por su atavío, que era el mismo de nuestro padre Adán, ni por sus costumbres. Es decir: sí había algunas diferencias: una, el color de la piel; otra, que los indios llevaban el belfo horadado y atravesado en él un canutillo de caña. Algunos había que se atravesaban, con otra caña más

larga, la piel de un costado, exactamente sobre el corazón.

Rara vez hacían los españoles memoria de su vida pasada. Era para ellos demasiado doloroso recordar. Tan sólo en una ocasión, hallándose don Álvaro y don Alonso ocupados en abrir una fosa para enterrar a un compañero muerto aquel día, se sentaron sudorosos en los bordes de la tumba, y dijo el primero, de repente:

—¿Sabes lo que estoy pensando, hermano? Pues estoy pensando que tú eres nada menos que un hidalgo castellano, don Alonso del Castillo y Maldonado, hijo del doctor Castillo, de la sabia Salamanca, y de doña Aldonza Maldonado, de ilustre familia; y que yo soy don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, nieto del conquistador de la Gran Canaria, don Pedro de Vera, enterrado en el convento de Santo Domingo, de Jerez, que él mismo hizo construir. Estoy pensando que mis padres, don Francisco y doña Teresa, fueron de sangre noble y que mi glorioso apellido es orgullo de una estirpe que es la mía, por lo cual debo tenerme por descendiente de aquellos grandes caballeros que ganaron la batalla de las Navas de Tolosa. Y me acuerdo de las coplas que escribió un poeta y caballero de mucha fama, una de las cuales dice:

“Ved de cuán poco valor
Son las cosas tras que andamos

Y corremos,
Que en este mundo traidor
Aun primero que muramos
Las perdemos.
De ellas deshace la edad,
De ellas casos desastrados
Que acaecen;
De ellas, por su calidad,
En los más altos estados
Desfallecen.”

Don Alonso miró a su amigo, desnudo, colgándole las piernas huesudas y vellosas en la cavidad abierta para acoger a un muerto, muy largos el cabello y la barba, esquelético el cuerpo, pálido y desfigurado el rostro. Y dijo:

—Tanta verdad se encierra en esta copla, que conmueve el alma. No hablemos de eso, hermano. Gusanos somos de este mundo y no lo que pensamos ser en nuestra vanidad y ambición.

Nada más hablaron aquel día ni ningún otro de su vida pasada.

Los indios de la isla del Mal Hado, como ya se ha dicho, eran pobres. No significaban los españoles, sin embargo, una carga para ellos, entre otras razones porque sabían ganarse lo poco que comían, haciendo lo que veían hacer a los naturales de la isla, que era cazar

y pescar. Cazar, cazaban poco, porque caza no la había en abundancia, y pescar sólo era posible en determinados meses. Tampoco las raíces que cogían podían haberlas todo el año. Venían temporadas muy duras, durante las cuales la isla nada daba de sí, y entonces les era preciso emigrar a otras tierras; por manera que aquellos indios se podían considerar nómadas. Seguramente por este motivo daban poca importancia a la habitación, que se reducía a una tienda de campaña, armada con palos y esterillas. Dormían desnudos sobre duros lechos, hechos con conchas de ostiones.

La vegetación era escasa en la isla, donde abundaban, en cambio, los mosquitos, verdadero tormento para los españoles y para toda criatura humana que no estuviera acostumbrada, como los indios, a resistirlos. Por no darse en la isla más que arbustos, y aun en poca cantidad, la leña era tan escasa como el alimento.

¿Por qué habitaban los indios una tierra tan pobre, teniendo todo un mundo inexplorado por delante? El hombre primitivo, como el ser irracional, está misteriosamente encadenado a la tierra donde ha nacido y se ha criado. Además, le asusta el ignoto más allá, por peligros que desconoce, aunque se los imagina. En sus correrías de tribu nómada, los indios de la isla del Mal Hado no debían ir muy lejos. Les cerraban el paso, por otra parte, la selva virgen, los ríos, las lagunas.

Digno de observación es asimismo que la tribu que

tan generosamente acogió a los españoles, era poco numerosa y, sin duda, por esta misma causa, nada guerrera. Se servían sus individuos de los arcos y de las flechas únicamente para cazar. No tenían cacique ni patriarca. Todos se consideraban hermanos y vivían en un régimen de igualdad intachable.

Llamó mucho la atención de los españoles su amor entrañable por los hijos. Trataban a los pequeños con un cuidado y un desvelo no superados ni por gentes de una educación superior, nacidas en latitudes donde la que hoy llamamos civilización había hecho más notables progresos. Tan grande era su amor por los hijos que, cuando se les moría alguno, su desesperación no tenía límites. Todo un año estaban llorándole los padres, los parientes y todo el pueblo, interrumpiendo su llanto sólo cuando les rendía el sueño.

Por el contrario, si el muerto era un anciano, dolíanse muy poco de su pérdida. Con muy buen sentido, decían que los viejos han vivido ya su vida y nada les sucede al morirse, fuera de lo natural e irremediable. Y añadían que cuando el hombre pierde fuerzas, con la edad, hasta el punto de no poder procurarse por sí mismo el sustento, el que se muera es justo y cómodo para aquellos que, de seguir viviendo, tendrían que mantenerle.

No obstante, la tribu de la isla del Mal Hado parecía preocuparse ante la muerte, no sólo por el largo y la

crimoso luto que guardaba a los hijos perdidos en edad temprana, sino por los ayunos que se imponía al perder parientes de otro grado. ¡Como si la miseria del suelo que habitaban no les hiciera ayunar por fuerza largos meses! Pero era su costumbre, cuando perdían un miembro de la familia, ponerse a llorar alrededor del muerto, sin preocuparse por alcanzar alimentos, en tierras donde era tan difícil hallarlos, y si no fuera porque sus amigos y convecinos salían a cazar y a pescar para que no se quedaran sin comer los deudos del difunto, ocupados en verter lágrimas y en lanzar agudos gritos de dolor, no hubieran tardado en seguir al muerto los que así se dolían de la pérdida de un familiar. No está de más decir, ya que viene de paso, que entre los indios, como entre cristianos, era costumbre enterrar los cadáveres.

Y ya que se habla de muertos, es ocasión de mencionar el peligro inminente en que estuvieron de ser sacrificados los quince míseros españoles, supervivientes de la desastrosa expedición de Narváez, con motivo de haberse declarado una peste que causó estragos entre los habitantes de la isla. Se trataba, al parecer, de una enfermedad del aparato digestivo. Pudo ser una infección o un caso de envenenamiento, por haber comido los afectados alguna substancia nociva en días de mucha estrechez. Todos los enfermos se quejaban de dolores en el estómago y se morían en pocos días.

Los maliciosos y desconfiados, que abundan entre salvajes lo mismo que en los medios civilizados, empezaron a decir que los causantes de aquel mal misterioso y terrible eran los hombres blancos, que así pagaban con la ingratitud y la traición los auxilios que de los indios tenían recibidos. ¡Pobres hombres blancos! Eran ellos los primeros en lamentarse de la peste, de cuyo contagio no estaban libres, y, además, sufrían las consecuencias del duelo guardado a los muertos, que, como se ha dicho, consistía en llorar y no hacer nada. De modo que, registrándose defunciones todos los días y en todas las casas, toda la tribu se había abandonado al llanto y a la inacción, y no comía nadie. Los españoles, para no ser malquistos, tenían que llorar también, como los otros. No les costaba mucho, porque lloraban de hambre.

Ya se había generalizado la creencia de que los cristianos eran los autores de la enfermedad que diezmaba a la tribu y ya tenían decidido los indios darles el pasaporte para el otro mundo, cuando el más discreto de los salvajes salió en defensa suya, exponiendo razones convincentes.

— Vamos a ver — vino a decir —. Si aquellos forasteros pálidos tenían poder para dar y quitar la salud, ¿por qué dejaron que se murieran tantos de los suyos? Si eran capaces de causar la muerte por arte de brujería, ¿por qué no habían matado a todos los indios de

una vez? Si, valiéndose de medios misteriosos, hacían adolecer a los sanos y morir a los enfermos, ¿por qué no empleaban su industria infernal en mejorar su triste situación, completamente ligada a la de los hijos del país; por manera que sólo comían cuando lo podían hacer los indígenas, y si éstos lloraban, ellos no podían hacer otra cosa que seguir su ejemplo lastimoso?

Aunque salvajes, los indios de la isla del Mal Hado sabían comportarse como personas razonables, y se dejaron convencer, desistiendo de un sacrificio que habría resultado tan sangriento como inútil.

Aconteció entonces que el mismo indio a cuyo claro discernimiento debían los castellanos su salvación, se acercó a Cabeza de Vaca y le dijo:

—Ya habrás visto, hermano blanco, que no somos gente sanguinaria y que sabemos razonar nuestros actos. Yo espero que tú y los tuyos pondréis la mayor voluntad en corresponder a nuestro buen deseo de servirnos y al mío particular de que no se os causara daño, ayudándonos en nuestras tribulaciones. He pensado que podéis ayudarnos a curar a los enfermos con el poder que el Gran Espíritu ha dado a los hombres de vuestra raza. Seréis nuestros médicos.

Don Álvaro había aprendido el lenguaje de los indios y se entendía con ellos perfectamente. Pero esta proposición, que no podía esperar, le dejó perplejo. ¿Médicos? ¿Querían los indios hacerles médicos a él

y a sus compañeros? Pero ¿qué sabían ellos del arte de curar? Curar no era una virtud, sino un saber, hijo del estudio y de la experiencia. Los españoles, soldados todos ellos, sabían restañar la sangre de las heridas recibidas durante el combate y ensayaban incluso algunos medios bárbaros de cauterización. Acababa aquí toda su ciencia terapéutica. No sabían cómo se combate una fiebre infecciosa o un dolor de tripas. No podía, pues, don Álvaro tomar en consideración las proposiciones absurdas que se le hacían.

El indio insistió:

— Os tengo muy bien observados, hermano, y veo en vosotros un algo superior que no alcanzo a comprender; pero de cuya existencia no puedo dudar, porque es evidente. Y como veo yo vuestra superioridad, la ven igualmente los míos. Para luchar con los males que afligen el cuerpo del hombre, ya es una ventaja que el enfermo crea en el poder del que intenta curarle. A eso, a un sentimiento parecido, llamáis vosotros tener fe. Pues bien: nosotros tenemos fe en vuestra virtud por sólo el hecho de ser blancos y distintos de nosotros.

Protestó de nuevo Cabeza de Vaca, riéndose:

— De nada puede aprovecharos una virtud supuesta y no real. No te dejes engañar por la imaginación y el deseo, hermano: nosotros somos tan míseros mortales como vosotros, como sobradas ocasiones habéis tenido

para comprobarlo, viendo morir a los nuestros. ¿Cómo puedes creer que les hubiéramos dejado morir si en nuestra mano estuviera el salvarlos?

El indio era terco y no se dejaba convencer.

— Es posible — dijo — que ignoréis vosotros mismos el poder que el Gran Espíritu os ha dado. No creo que dejarais morir a vuestros compañeros desaparecidos por crueldad, sino por ignorancia de la virtud que hay en vosotros. O tal vez esa virtud no tiene para curar a los blancos la misma eficacia que puede tener para devolver la salud a los hombres de mi raza que adolecen. Son cosas ésas que escapan a mi conocimiento, hermano. Hay piedras y plantas que curan determinados males. ¿Lo saben ellas que curan? No, porque ni conciencia tienen de su vida. Vosotros podéis no tener conciencia de vuestra virtud; pero no por ello dejará de existir esa virtud. Nada se pierde con probar, en último caso.

— Bien, hermano; si con probar quedáis satisfechos, yo estoy presto a la prueba, claro está que sin poner ninguna confianza en el resultado. Vuelvo a decirte que el curar no es de virtuosos, sino de sabios.

Cuando Cabeza de Vaca comunicó a sus compañeros la extraña pretensión de los indios, se rieron todos de idea tan peregrina. Pero don Álvaro estaba preocupado. ¿Qué harían los indios al convencerse de que los hombres blancos no tenían ninguna virtud mara-

villosa? Les perderían seguramente toda estimación y les sujetarían a servidumbre. Comunicó este temor a sus compañeros, y todos convinieron en que un nuevo peligro se cernía sobre sus cabezas. Porque ninguno pensaba, ni remotamente, que pudieran curar a los enfermos, no siendo por medio de oraciones.

Cabeza de Vaca acabó por dejar que los acontecimientos hablaran por sí mismos.

— Yo me propongo afrontar la prueba. ¿Qué remedio nos queda? Esa gente es supersticiosa. Hay que seguirles el humor y someterse al destino que la Divina Providencia nos tiene reservado. El que todo lo puede nos sacará del apuro o nos hundirá en el abismo de la muerte, según lo merezcan nuestros pecados, como lo ha hecho hasta aquí. Encomendémonos a Dios y que Él decida lo que ha de ser de nosotros.

Todos asintieron con tristes movimientos de cabeza, resignados a lo que el Cielo se sirviera disponer. Intentarían ser médicos sin tener noción alguna de cómo se han de investigar las causas del mal, ni qué tratamiento requieren tales o cuales enfermedades, ignorantes hasta de cómo está constituido el organismo humano.

Pero... ¡para lo que pensaban hacer! Una oración, tan bien rezada como supieran, y agua clara de los arroyos. Ya que no pudieran curar, al menos que por su culpa no se muriera nadie.



Soledad

El primero en probar fortuna en el arte de curar fué Cabeza de Vaca, no porque pareciese el jefe de los quince desvalidos europeos que había en la isla del Mal Hado, todos ellos tan sarmentosos o descarnados que sus cuerpos casi llegaban a tener transparencia; sino por gozar el triste caballero jerezano de una especial simpatía de los indígenas.

Le llevaron en presencia de un indio enfermo que se quejaba de intensos dolores en los riñones y no podía tenerse en pie. Don Álvaro se inclinó sobre el paciente y le dirigió algunas preguntas formularias. Para el caso, teniendo en cuenta la incompetencia del físico improvisado, daba lo mismo que al enfermo le dolieran los riñones, el hígado o la cabeza.

Asistían a la prueba algunos españoles, a quienes les latía con ritmo apresurado el corazón, y los familiares del enfermo. A éste le habían sacado del bohío, para que le diera el sol, y estaba tendido, boca arriba, sobre una esterilla de palma.

Después que hubo contestado en tono quejumbroso

a las preguntas del tímido principiante en las delicadas prácticas de Galeno, don Álvaro se santiguó. Éste había visto que los curanderos indios solían soplar a sus enfermos en las regiones del cuerpo atacadas por el mal, o bien les hacían dos cortes superficiales en la piel, para luego chupar la sangre que manaba de estas heridas.

Le pareció prudente a Cabeza de Vaca empezar por lo más sencillo y menos doloroso, que era soplar. Después hizo la señal de la cruz repetidas veces sobre el lugar dolorido, terminando con un suave y largo masaje, acompañado de un *Pater noster* y un *Avemaría*.

Duraron estas manipulaciones y rézos cerca de media hora, y puede decirse que, en este tiempo, lo mismo los españoles que los indios habían contenido la respiración. Cabeza de Vaca pensaba. "Si ahora no le pasa el dolor, tendré que hacerle dos sajaduras y chuparle la sangre."

Pero cuando don Álvaro, incorporándose, preguntó al enfermo si se sentía más aliviado, éste se levantó de un salto y, con estupefacción de todos los presentes, especialmente de los españoles, que se miraban unos a otros con ojos exorbitados, dijo que estaba completamente curado. No le dolía nada.

En castellano, idioma que los indios no podían entender, dijo don Álvaro a sus compatriotas:

— Estaba decidido a sangrarle. Es mejor que no

haya sido necesario. ¡Y que Dios me perdone si hay pecado en esta manera de curar!

Un clérigo asturiano, llamado Gutiérrez, que apenas obtenida la primera tonsura se había embarcado para Indias y era el único religioso superviviente de la expedición de Narváez, dijo a Cabeza de Vaca que podía tener la conciencia tranquila; pues él mismo, si le forzaba la necesidad, intentaría curar a los enfermos en forma idéntica a la que don Álvaro había llevado a la práctica. Y añadió el tonsurado:

— Sería pecado desconocer la intervención divina en lo que acaban de ver nuestros ojos. No quiero decir con esto que sea un milagro. Lo que ha hecho Dios es demostrarnos que si los médicos salvajes de las tribus curan, igual podemos hacer los cristianos. Creo que los curanderos indios saben de curar lo mismo que sabemos nosotros, es decir, no saben nada, y que la naturaleza del hombre se cura sola, cuando Dios lo dispone así.

— *Amén* — murmuró el nuevo médico, al parecer, satisfecho con la explicación del clérigo, que tranquilizaba su conciencia religiosa —. ¡Que el Todopoderoso nos ayude en cuantos trances como éste nos veamos!

Los indios estaban contentísimos y dieron a los españoles todo cuanto tenían de cosas comestibles, que no era para darse un banquete opíparo, aunque sí para agradecer la buena voluntad de los donantes. Trata-

ban los indios a sus médicos con excepcional deferencia, dentro de sus leyes y costumbres igualitarias. Eran los físicos, entre ellos, los únicos seres de categoría superior. Gozaban de más independencia que los demás hombres; les era permitido comer más y hasta se les concedía un privilegio en el matrimonio; pues, mientras para toda la tribu era rigurosísima la monogamia, los dedicados a curanderos podían casarse con dos o tres mujeres. De este privilegio jamás hicieron uso los compañeros de Cabeza de Vaca, que no se casaron con ninguna.

Por considerarles de una casta diferente y en cierto modo sagrada, no se enterraban los despojos de los médicos cuando fallecían. Sus cadáveres eran quemados y pulverizados los huesos, que los indios se guardaban para prevenirse contra las epidemias.

Parece, por lo que se deja dicho, que la situación de los españoles, dedicados desde entonces, casi siempre con éxito, a curar a los enfermos, había de mejorar sensiblemente. No sucedió así, sin embargo, especialmente por haber sobrevenido una miseria tan espantosa, que los habitantes de la isla, agotados sus recursos, tuvieron necesidad de buscar en otras tierras el sustento. Dos tribus, de lengua algo diferente, habitaban la isla del Mal Hado: los Capoques y los Han. Los primeros se marcharon a *Tierra Firme*, llevándose consigo a Cabeza de Vaca, quien perdió de este

modo todo contacto con sus compatriotas, y los otros se repartieron por otras islas, llevándose cada grupo uno o dos españoles en calidad de curanderos.

Don Álvaro, siempre resignado con su suerte, se despidió de sus compañeros procurando infundirles valor con su ejemplo. Eran quince, como ya se ha dicho otra vez, y parece oportuno recordar sus nombres. He aquí la lista: Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo, Andrés Dorantes, su hermano Diego, Jerónimo de Alaniz, Lope de Oviedo, el clérigo Gutiérrez, Estrada, Valdivieso, Chaves, Tostado, Benítez, Diego de Huelva, Francisco León y el negro Estebanico.

Pasados los indios Capoques a *Tierra Firme*, no hallaron más provisiones allí que en la isla, por manera que la lucha por la vida continuó siendo muy dura. Cabeza de Vaca comprendió en su soledad el consuelo que para él había significado la compañía de los suyos y sintió que le abandonaban sus últimas fuerzas. Una noche, después de larga y dura jornada buscando algo que comer, se desplomó como un peso muerto en el fondo de su cabaña. Allí le encontraron inerte los indios, al amanecer el nuevo día. La fiebre había hecho presa en su cuerpo extenuado, y cuando los indios le preguntaron solícitos, qué le sucedía, contestó simplemente que le dejaran morir en paz.

Estaba convencido de que su existencia tocaba al fin y en el esperado remedio radical que es la muerte

para todos los infortunios, parecía encontrar un alivio. "Has tardado en llegar, muerte; pero me encuentras dispuesto", pensaba en los momentos de lucidez, entre sus crisis delirantes. Cuando la fiebre era muy alta, se le disparaba el pensamiento y daba gritos que asustaban a las mujeres que lo habían tomado bajo su vigilancia de enfermeras. Y así estuvo mucho tiempo. ¿Cuánto? Nunca pudo contarlo. Los días pasaban sin que el postrado y desnudo don Álvaro pudiera moverse de su rincón, temblando de frío y dando diente con diente, seguro siempre de que era llegada la hora de su tránsito.

Extraño fué que no le abandonaran los Capoques cuando, por carecer de medios de subsistencia, se vieron forzados a buscarse la vida más al interior de *Tierra Firme*. Ya el enfermo era para ellos un estorbo y ninguna esperanza podían abrigar de salvarlo. Tan postrado estaba, que con dificultad se le hubiera encontrado el pulso. Y no podía comer nada. Las raíces que le daban a probar los indios quedábanse entre las dos hileras de su boca entreabierta e inmóvil. Pero, muriéndose todos los días un poco, no acababa nunca de expirar.

Pasaron semanas, meses, hasta que un día se acabó el delirio. El caballero empezó a recordar y se asombró de encontrarse todavía vivo. Vivo sí; pero sin fuerzas ni para mover un brazo. En las pesadillas febrici-

tantes, debía de haber soñado en el otro mundo y en un estado menos miserable de como era el suyo real en aquel ignorado rincón del planeta adonde le empujó su desgracia.

Preguntó a las mujeres que le cuidaban. Le contestaron éstas que estaba allí, acostado, desde hacía mucho tiempo. Supo que habían venido a verle algunos españoles — probablemente, Alonso del Castillo y otros compañeros — y que volvieron a marcharse, dándole por acabado. ¿Adónde habían ido? Eso las indias no lo sabían. Seguirían la suerte que tuvieran los Han, tribu vecina de los Capoques en la isla del Mal Hado, que en aquella época del año iban buscando ostiones y raíces por otras comarcas.

No le fué difícil al enfermo comprender su verdadera situación, más que nunca desesperada; pues se quedaba aislado y solo entre los salvajes, gentes que le trataban con amor, pero a quienes no podía comunicar lo que pasaba en su alma. ¿Por qué no había sido la muerte más piadosa, acogiéndole en su seno? “No debe de haber sonado todavía mi hora; tendré que hacer un esfuerzo, uno más, Señor, para repaerme y volver a la vida, que tan mal me trata. Creo que es ésta tu voluntad, Dios mío. Volvamos, pues, a vivir.”

Pasados algunos días, empezó a tomar alimento. Los indios se alegraron mucho de verle un poco más animado. Partían con él su miseria y le hablaban del

próximo cambio de estación, que les permitiría reintegrarse a la pesca y a la caza en la isla del Mal Hado.

Pero el caballero pensaba: "Si Dios me lo permite, no me tendréis allí." No estaba descontento de los Capoques; pero quería ir en busca de sus compañeros o servir, al menos, a otros indios más industriuosos o afortunados. Se enteró de que los Han no volverían a la isla aquel año; de modo que los quince españoles que habían quedado vivos de la expedición a La Florida, seguirían repartidos y separados unos de otros. La soledad le aterraba, y en el afán naturalísimo de reunirse con sus compañeros, halló fuerzas para alimentarse con lo que tenía y volver a la actividad.

Cuando pudo valerse por sí mismo, ayudó a los indios a buscar raíces. Era un trabajo duro. Había que meterse entre los cañaverales de las lagunas, por debajo del agua, y arrancarlas del fondo legamoso. Se daban solamente en el cieno y entre cañas. Y éstas, que se rompían al pasar y repasar los pescadores de raíces, se clavaban en la carne, como puñales, o la desgarraban.

Había pasado más de un año desde que Cabeza de Vaca dejó de ver a sus compañeros de infortunio. Estaba ya completamente repuesto de su enfermedad; pero con los dedos tan gastados de buscar raíces, que una paja que se pasara por ellos hacía brotar la sangre. El propósito, madurado de largo tiempo, de aban-

donar a los Capoques, iba don Álvaro a realizarlo sin esperar más. Buscaría a sus compañeros; si no los encontraba, seguiría costa adelante, con rumbo al Oeste, pasándose de una tribu a otra, hasta llegar a un establecimiento cristiano de Nueva España. Creía poder subsistir haciendo de mercader, oficio desconocido entre los habitantes de aquellas latitudes. Pero tenía observado Cabeza de Vaca que los indios se prestaban de grado al comercio; pues cuando se les regalaba algún objeto — los cascabeles y collarines, por ejemplo, que llevaban siempre consigo los españoles —, aquéllos correspondían dando otra cosa.

Las observaciones del héroe de este libro fueron más lejos. Había visto que en unas tribus abundaban las pieles de venado y en otras se hacía sentir su escasez; que el almagre con que se pintaban la cara los salvajes no se daba sino en determinados puntos del país; que los indios del interior tenían en gran estima ciertas conchuelas raras halladas en las playas; que pedernales para punta de flechas no los había en la costa, y así otras cosillas de fácil intercambio.

Intentaría comerciar con aquellos objetos y viviría con absoluta independencia. Podría ocurrirle que diese con una tribu bestial y que muriera asesinado. Pero eso era lo que menos podía preocuparle, habida cuenta que nada le importaba la vida y que dejaba a los designios divinos este cuidado.

Proveyóse, pues, de cuanto pudo encontrar en la costa que pudiera interesar a los indios de tierra adentro, y desnudo como iba — todos los indios iban desnudos —, se escapó un buen día de los dominios de los Capoques para pasarse a los Charrucos, más metidos en los montes. Fué bien recibido en esta tribu, en la que comenzó su tráfico con resultados excelentes. Allí cambió sus caracolas de mar por otros objetos, como cañas duras para hacer flechas, borlitas de pelo de venado y pieles variadas de extraños animales.

Le gustaba a don Álvaro su nuevo oficio. Lo prefería al de médico, por el que nunca había sentido vocación, y cada día descubría nuevas cosas cambiables y estimadas más o menos en unas u otras tribus. Llegó a ser popular en una vasta comarca y a tener una numerosa clientela. Ocasión es de advertir que, al principio, no quiso alejarse mucho de los lugares conocidos; pues le interesaba sobre todo encontrar a sus compatriotas. No logró dar con ellos. Como no podía aproximarse a los Capoques ni a los Han, que le hubieran echado en cara su ingratitud, por haberse fugado — y sabe Dios si habría tenido que sufrir un cruel castigo —, no le era posible inquirir sobre el paradero de sus hermanos de raza a quienes podían darle noticias más directas y seguras.

El extraño buhonero, seguramente el primero que hubo en tierras colombinas, tenía un aspecto venera-

ble. Al menos, así les parecía a los indios, por sus luegas barbas, su elevada estatura, su delgadez sarmen-tosa de ayunador, su rostro pálido, la dulce mirada de sus ojos negros y su trato afable y bondadoso. Podría decirse que llevaba su desnudez con dignidad, si no fuera esto una paradoja. A través de sus tribulaciones, de sus penalidades, de sus brutales choques con un des-tino adverso, persistía en él un talante señorial, el aire caballeresco de su casta, que no habían borrado ni los quebrantos físicos ni la humildad de los empleos que daba a sus capacidades superiores.

Y con sus baratijas a cuestras, sus conchuelas, sus pieles, sus pedernales, sus dardos, sus borlas de pelo, sus tierras de color, sus hierbas medicinales, sus cara-colas y otros raros artículos de su comercio, recorría la costa en más de cincuenta leguas y se metía en los montes muy adentro, siendo bien recibido en todas partes.

Nunca habrá habido comerciante más honrado ni menos ambicioso. Cabeza de Vaca se contentaba con poder comer lo que buenamente obtenía de su tráfico, del que eran beneficiarios los mismos indios, que por mediación del español alcanzaban lo que les hacía falta. Don Álvaro no buscaba otra ganancia que gozar ple-namente de su libertad y ganarse con el sudor de su frente el pobre alimento que se llevaba a la boca.

XIII

Errabundo

Llegó a creer Cabeza de Vaca, según iba practicando el comercio y adquiriendo experiencia en su nueva profesión, que su vida quedaba definitivamente encarrilada. Era lo más probable que se pasara el resto de sus días haciendo de buhonero, andando y desandando distancias enormes para recorrerlas a pie. Una débil esperanza, luz mortecina guardada en lo más recóndito de su alma, le inducía a pensar, muy de tarde en tarde, que podría algún día redimirse de su pobreza y de aquella existencia de vagabundo que hubo de adoptar como mal menor. Pero esa esperanza iba extinguiéndose lentamente como el aceite de las lamparillas que arden en las hornacinas olvidadas. Se había templado su espíritu con los reveses sufridos, con los dolores experimentados, en la soledad de sus largas caminatas, en la resistencia para prolongados ayunos, en las enfermedades y ante toda suerte de peligros. Ninguna nueva desgracia podía ya sorprenderle y menos asustarle. Solo en el mundo, perdido en una región del planeta que era la inmensidad inexplorada, reco-

rriendo tierras pobres, que no daban para vivir a unas cuantas miserables tribus de hombres primarios, despedido y desnudo, teniendo que resistir al hambre y al frío de los meses invernales, se había acostumbrado a todas las mutaciones y juegos del azar, a todas las asechanzas de la suerte, a las privaciones de todo género, a las contrariedades que con mayor violencia descargan sobre la naturaleza humana.

Sobrado tiempo tenía para entregarse a las meditaciones dolorosas. No es de creer, sin embargo, que dedicara mucho de este tiempo a recordar el bien perdido y a dolerse de su mal hado. Eso pudo ocurrir al principio, cuando estaba en el aprendizaje de su profesión de comerciante, o mucho antes, mientras duraban las penalidades compartidas con sus compañeros, en la aventura exploradora. Se encontraba ahora, como se suele decir, curado de espantos. Más aún: le preocupaba únicamente el problema minúsculo, pero, al mismo tiempo apremiante e inexcusable, de la subsistencia, renovado cotidianamente. Comer, defenderse de las lluvias torrenciales y de la temperatura inclemente; escapar del ataque de los insectos y guardarse del picotazo traicionero de víboras y escorpiones, estos eran sus cuidados.

Y entre tanto iba estudiando las costumbres de los indios, que no se diferenciaban mucho entre unas y otras tribus. La diferencia más notable estaba entre la

pasión por la guerra que sentían las colectividades más numerosas y las costumbres pacíficas de las castas reducidas a pequeños grupos que hacían vida en común. Cuestión de fuerza. El carácter pendenciero es frecuente entre los fuertes y raro entre los débiles. Los pueblos pequeños no son nunca belicosos, si en su vecindad viven otros pueblos grandes a quienes, en cambio, espolea el afán de dominio, como el individuo avaramente dotado por la naturaleza rehuye la lucha con el vigoroso y pletórico.

Cabeza de Vaca distraía su imaginación observando la vida de los salvajes en toda sus modalidades de latitud y de casta. Ninguna tribu ha subsistido de las innumerables que conoció y con las que convivió el gran caminante. Contra una creencia tan injusta como extendida, la colonización española en el Nuevo Mundo fué la menos cruel y la más humana. Las tierras recorridas por Cabeza de Vaca pertenecen hoy a los Estados Unidos y de ellas fueron barridos sus primeros pobladores. Por el contrario, en las regiones sobre las cuales mantuvo España su dominio secular, la raza india subsiste o se ha mezclado con la blanca, dando como producto el mestizo. Los españoles, pese a sus pujos caballerescos, no ponían reparos en emparentar con los indios, al revés de otras razas colonizadoras, las cuales no sólo defendían la pureza de su sangre, evitando el contacto familiar con gentes de otro color,

sino que persiguieron implacablemente a las razas aborígenes hasta lograr su extinción casi total.

Habrà de perdonar el lector esta digresión, considerando el espíritu de justicia que la ha inspirado.

Volviendo a la vida errante de Cabeza de Vaca, se ha de decir que el caballero jerezano, tan cruelmente tratado por el destino, miraba a los indios con la tolerancia que es propia de hombres inteligentes y comprensivos. Además, las necesidades de su comercio le impelían asimismo a observar con atención las costumbres y los gustos de los indios.

Los varones despreciaban todo indumento que no fuera un penacho de plumas, un collar de conchas, un cinturón de cuero adornado de caracolillos marinos y piedras raras. Es decir: no usaban vestidura alguna. Pero las mujeres, sobre todo las mozas, solían ponerse un faldellín hecho con pieles de venado, de zorra o de gato montés. No todas preferían la misma piel. Hasta cierto punto, el mercader tenía que estar atento si no a las evoluciones de la moda, a las preferencias cambiantes de la coquetería femenina, que parece ser un rasgo consubstancial del sexo.

También, según las temporadas, o según las tribus, los hombres preferían conchuelas de determinado color o tales o cuales plumas, detalle esencial para la buena marcha del negocio de Cabeza de Vaca, que anotaba en su memoria los objetos más solicitados por su clientela.

Los indios le invitaban frecuentemente a tomar parte en sus fiestas y areitos o danzas. Un motivo de extraordinario jolgorio eran las bodas, aunque a la expansión general no correspondía la actitud de los parientes más próximos de los novios. Por ejemplo: el mozo que se casaba estaba obligado, durante un cierto tiempo, a entregar a los padres de su joven esposa todo cuanto pescara o cazara, sin guardarse nada para él y su cónyuge. Los suegros enviaban las sobras de lo recibido para que con ellas se sustentaran los recién casados.

En ese período de privilegio para los padres de la muchacha, el marido debía guardarse de tropezar con aquellos a quienes iba a parar todo el producto de su trabajo. Le estaba prohibido hablarles y hasta permanecer en su proximidad. Si suegros y yerno se encontraban casualmente, debían hacer todo lo posible para no mirarse. Por esto bajaban los ojos, si acontecían tales encuentros, y desviaban sus pasos para dar un amplio rodeo. La mujer, en cambio, podía visitar la casa de sus padres siempre que quisiera y sin que nadie lo tomara a mal.

Otra costumbre curiosa del país es que los niños eran amamantados por la madre hasta que podían por sí mismos buscarse el propio sustento. Eso no ocurría sino cuando ya contaban diez o doce años, edad apta para dedicarse a la caza y a la pesca. Contaron los indios a Cabeza de Vaca que esta costumbre obedecía

a la pobreza de aquellas tierras y a los largos ayunos que tenían que sufrir sus pobladores. Las madres daban de mamar a sus hijos hasta muy talluditos para no pasar por el dolor de verles sufrir hambre en los meses de mayor estrechez. Ya se ha dicho en otro lugar de este libro que aquellas pobres gentes sentían por sus hijos verdadera adoración y que si alguno se les moría le lloraban un año entero con grandes demostraciones de dolor.

No era frecuente la riña entre hombres de una misma tribu; pero se daba alguna vez. En tales casos, por nada del mundo se hubieran servido los contrincantes de un arma. Lo normal y honrado era luchar a puño limpio. Convecinos y parientes asistían al pugilato sin intervenir. Únicamente las mujeres podían intentar la conciliación, si bien con resultado negativo casi siempre. Y la lucha duraba hasta que hubiese un vencido. De todos modos, resuelta por la violencia su cuestión personal, vencedor y vencido se separaban de la tribu por una temporada, y al retornar de su destierro voluntario, al que les habían acompañado sus familias respectivas, volvían a ser amigos.

Se ha de advertir que los indios pertenecientes a distintas tribus solían odiarse a muerte. No estaban en guerra continuamente; pero con relativa frecuencia rompían sus relaciones, nunca muy cordiales. No era un hecho insólito hallar a un indio asesinado, y a Ca-

beza de Vaca le ocurrió varias veces tener estos encuentros desagradables, aunque nunca le fuera imputado el crimen. Sabían muy bien los familiares de la víctima quiénes podían ser los asesinos, de los que tomaban venganza, si podían, demostrando entonces una crueldad refinada. Y acontecía igualmente que, tras de un asesinato, estallaba la guerra, una guerra de astucias, de emboscadas, de traiciones, en la cual todas las tribus belicosas eran maestras. No se daba cuartel al enemigo. ¡Ay de los vencidos! Si alguno caía prisionero, era sometido a experimentos de una crueldad que levantaba la indignación del caballero español, aunque se guardaba muy bien de manifestarla. Podían considerarle un espía y habría pagado con la vida su imprudencia.

Peró Cabeza de Vaca sabía de sobras con quiénes trataba. Le parecían los indios unos niños grandes y les dominaba con su inteligencia superior. Nunca entró con ellos en cuestiones peligrosas.

Era vicio muy arraigado en todas las tribus la embriaguez. Se emborrachaban sólo los hombres y lo hacían con el humo de unas hojas que quemaban verdes y con una bebida de preparación muy laboriosa, hecha con el licor extraído de cierto árbol, mezclado con agua. Don Álvaro probó el brebaje, y, aunque había perdido toda delicadeza de paladar, lo encontró detestable.

Por cierto que en la preparación de esta bebida, de

la que se holgaban mucho los borrachines, ocurría una cosa muy original. Mientras hacían la mezcla en una gran calabaza, los indios daban gritos jubilosos, invitando a beber a todos sus parientes y amigos. Pero las mujeres que pasaban por el lugar escogido para sus libaciones, tenían la obligación de detenerse y permanecer de pie, inmóviles como estatuas, hasta que hubiera terminado la fiesta. Su inmovilidad era obligatoria desde el preciso momento en que veían la calabaza, y si ello ocurría yendo cargadas, no podían ni siquiera desprenderse de su fardel o haz de leña. Cualquier movimiento que hicieran constituía suficiente motivo para que aquella hora de alegría se malograra. Los indios derramaban el líquido contenido en la calabaza y desistían de beber.

Estas cosas y su trabajo distraían al español solitario, que siempre procuró no abismarse en cavilaciones inútiles. Incluso había seguido a los indios cuando iban a la guerra, por el gusto de verles pelear.

Le entusiasmaba su ligereza, la agilidad con que saltaban de peña en peña, cambiando continuamente de parapeto, para desconcertar al enemigo. A pecho descubierto no luchaban nunca. Disparaban sus flechas resguardados detrás de los árboles o de las rocas y no permanecían ni dos minutos seguidos en un mismo lugar. Parecía que tuvieran alas y que revolotearan de una defensa a otra defensa. O se deslizaban como rep-

tiles por la espesura de los bosques, cuando preparaban una trampa al enemigo. Por las noches, dormían con un ojo abierto—nunca se habrá usado con más exactitud esta expresión popular—y con todos sus sentidos en guardia. Dormidos, tentaban el arco, y si no lo hallaban en cuerda, con la tensión necesaria, le daban cuantas vueltas fuese menester.

Cabeza de Vaca comprendió entonces cómo se debía hacer la guerra a los indios, si bien ningún provecho podía sacar de estos conocimientos en su precaria situación de solitario, con el empleo pacífico que había dado a sus actividades y casi perdida la esperanza de verse otra vez capitán de una fuerza española.

¿Cuánto tiempo vivió así? Mucho tiempo. Nada menos que seis años. Se dice pronto y fácilmente. ¡Seis años! Seis años resistiendo tempestades, que le sorprendían frecuentemente lejos de todo refugio. Seis años caminando desnudo leguas y leguas, indefenso el cuerpo bajo los rigores del sol, de la lluvia y del frío. Mudaba la piel, como las serpientes, con los cambios de estación. Comía lo que podía. Le aconteció a veces que hubo de alimentarse con raspaduras de los cueros que le daban a pulir los indios.

Don Álvaro manufacturaba él mismo algunos de los artículos que trocaba por otros en su comercio. Había aprendido a tejer las esterillas que servían a los indios para tiendas de campaña. Hacía las cuerdas de

los arcos flecheros con nervios de venado. Fabricaba flechas tan finas y duras que podían atravesar a un hombre de parte a parte. En estas labores empleaba sus descansos durante sus largos desplazamientos de un poblado a otro poblado. Y mientras andaba solitario por lugares que todavía no había hollado la planta humana, iba buscando cuanto pudiera interesar a sus compradores, cosas que daba espontáneamente la Naturaleza: piedras, cañas, hierbecillas olorosas, lana de palmito, cuernos de animales muertos, plumas de aves vistosas, pedernales, arcilla del color de la sangre.

No había descuidado nunca la investigación para dar con el paradero de sus compañeros. Solamente de uno sabía donde estaba. Era Lope de Oviedo, que, con Jerónimo de Alaniz, había vuelto a la isla del Mal Hado. Oviedo fué la causa de que Cabeza de Vaca no hubiese intentado, en seis años, llegar a un establecimiento español de la costa mejicana.

La primera vez que don Álvaro pudo entrevistarse con Lope de Oviedo, yendo a buscarle a la isla donde tuvieron que separarse los quince españoles que allí se habían reunido, ya Jerónimo de Alaniz había muerto. Propuso Cabeza de Vaca a Lope, el viejo camarada, que se fuese con él a correr tierras. Marchando juntos, la vida les resultaría menos ingrata; pues las penalidades compartidas parecen más llevaderas.

Oviedo aplazó la huída por motivos que don Álvaro

no acertaba a comprender. ¿Era cobardía? ¿Se había acostumbrado el viejo compañero a la vida nómada de los indios Han? ¿Consideraba imposible encontrar a los otros españoles, como asimismo llegar a las colonias de Nueva España? El hecho es que Oviedo se resistió a seguir a su antiguo capitán.

— Volved el año que viene — decía —. Entonces os seguiré.

Cabeza de Vaca volvió al otro año. Lope de Oviedo continuaba sin decidirse.

— Podemos esperar un año más — manifestó entonces —. Entre tanto es posible que vuelvan algunos de nuestros amigos.

Y don Álvaro vivió con esta esperanza seis años. Era siempre verano cuando iba a la isla a ver a su camarada. Tenía que hacerlo sin que los indios se enteraran y corriendo el peligro de ser descubierto. Pero su tenacidad hubiera durado toda su vida. Se resignaba a esperar otro año, dos, tres años más, siempre con la ilusión de poder algún día convencer al compatriota falto de voluntad, tan abandonado al destino que había perdido hasta el deseo de convivir con los suyos. La última vez que Cabeza de Vaca emprendió su viaje anual a la isla del Mal Hado, se había dicho:

— De ahora no pasa. Si le encuentro vivo, me llevaré a Lope de Oviedo aunque tenga que cargar con él.

Y así fué,

XIV

Encuentros venturosos

Tan decidido estaba don Álvaro a llevarse a Lope de Oviedo, quisiera éste o no seguirle, que se había puesto de acuerdo con algunos indios Charrucos para facilitar la evasión del cautivo. Porque, en realidad, Oviedo era un prisionero de los Han.

Fué en una noche cálida del mes de julio. Los indios concertados con Cabeza de Vaca se rezagaron del caballero español, que atravesó a nado el trozo de mar que separaba la isla de *Tierra Firme*. Hallábase situada la isla del Mal Hado dentro de una ensenada bastante abierta y era un pedazo de tierra estrecho y muy largo. En uno de sus extremos tenían efecto las entrevistas anuales de Oviedo con su antiguo capitán. El cautivo recibía aviso por medio de un indio confidente y esperaba a su compatriota siempre en el mismo lugar.

Aquella noche, alumbrada por una hermosa luna, los dos españoles, después de haberse abrazado en silencio, cambiaron muy pocas palabras. Dijo don Álvaro a Lope de Oviedo:

— Tres indios amigos nos esperan en *Tierra Firme*. No hay tiempo que perder. De hoy no pasa que os ven-gáis conmigo.

— Yo bien quisiera; pero...

Oviedo continuaba vacilando.

— ¿Sabéis nadar? — preguntó Cabeza de Vaca.

— No sé nadar ni tengo valor para seguiros.

— Pues yo sí lo tengo para llevaros, ¡vive Dios! Venid acá y agarraos de mi cuello. Vamos a atravesar el ancón.

Y esto dicho, don Álvaro arrastró a su compatriota hasta la orilla, tirándole de un brazo. Oviedo se dejó conducir. Decididamente era un hombre sin voluntad.

Entraron en el mar paso a paso, hasta que les llegó el agua a las axilas. La ensenada parecía un lago. Las olas rompían mansamente, destacando sus festones de espuma blanca en la obscuridad de la costa continental. El eterno soliloquio del mar era ahora un rumor soñoliento y casi melódico. La Luna parecía guiñar un ojo, con picardía, a los fugitivos.

— ¡Ahora! — dijo don Álvaro. Y empezó a nadar, teniendo a su compañero cogido del cuello.

Suavemente, lentamente, silenciosamente, los dos hombres se fueron deslizando hasta la otra orilla. Cabeza de Vaca estuvo nadando, para alcanzarla, cerca de una hora. Al tomar tierra observó:

— Los tres indios amigos nos esperan más adelante.

Tendremos que atravesar varios ríos; pero, después de pasado el primero, los indios se reunirán con nosotros.

— ¿Y marcharemos en seguida a la costa de Méjico? — preguntó Lope de Oviedo.

— No puedo decíroslo con seguridad. Allá veremos qué nos deparan Dios o la suerte. No debemos impacientarnos después de haber esperado seis años. ¡Andando, amigo! Lo que importa, por el momento, es alejarnos de aquí.

Tomaron un camino que Cabeza de Vaca conocía muy bien. Dos horas más tarde estaban ya en la orilla del río donde esperaban los indios Charrucos. Pasaron a nado la corriente, agarrado Oviedo al cuello de su libertador, y, reunidos los cinco hombres, continuaron la marcha a buen paso. Al amanecer, estaban distantes ocho leguas de la isla del Mal Hado y habían cruzado otro río.

Descansaron toda la mañana y parte de la tarde, buscando con qué alimentarse. Parecía que esta vez tenían la fortuna propicia, pues los indios trajeron abundante pesca y pudieron los cinco hombres llenar el buche a satisfacción.

Don Álvaro estaba muy contento y parlanchín. Se comprende que le ocurriera así después de haber vivido seis años sin poder comunicarse con nadie en lengua de cristianos. Una tan prolongada abstinencia de conversación le había vuelto locuaz. Mientras comía su

pescado, asado en un hermoso brasero que habían encendido a la sombra de un corpulento laurel, decía el Capitán alegremente:

— Para el hambre no hay pan duro, amigo Lope. Este pescado, de todos modos, está muy bueno, y veo con alegría que también vos sabéis hacer honor a su excelente calidad. ¡ Hemos comido cosas tan infames, Dios mío! Yo sueño a veces con las sabrosas morcillas de la Mancha, con los jamones de Extremadura y con las aves asadas que se comen en toda España. ¡ Cosas ricas, compañero! ¡ Cosas que parecen preparadas por los ángeles! Si un día nos permite Dios volver por allá, creo que nos vamos a hinchar, comiendo y bebiendo, hasta ponernos malos. ¿ Qué me decís del vino de mi tierra? Es oro líquido. Por mi honor de caballero, juro que no lo hay mejor en el mundo. A ver, querido Lope, ¿ nos atrevemos con este otro pescado, que parece un pequeño tiburón? Rociado con Jerez, estaría como para chuparse los dedos. Pero aquí tenemos una fuente de donde mana un agua clara y fresca, que también vale nuestras reverencias. ¿ Un traguito, camarada? ¡ Dios de Dios! Juraría que estáis contento, como yo, y, si no es engaño de mis ojos, se os ha puesto colorado el semblante.

— Milagro será — observó Oviedo, comiendo a dos carrillos —, porque años llevo de verme amarillo como un cirio. Yo había sido un hombre fuerte. Debéis re-

cordarlo, Capitán. Levantaba una barca de seis remos y no encontraba quien me venciera el pulso. Ved cómo estoy ahora, que parezco un esqueleto. Me ha sucedido varias veces que me he derrumbado de debilidad, y al dar con mi cuerpo en el suelo, se ha oído un ruido como el que hace un saco de nueces al caer.

—Pues podéis consolaros mirándome a mí. Más seco estoy que un sarmiento y creo que, si me quemaran, me retorcería como los sarmientos se retuercen. Pero me aguanto y voy viviendo. Que el ánimo no nos abandone. Somos jóvenes todavía para esperar el desquite.

Así de bien dispuestos, reanudaron su marcha al atardecer. Los tres indios les seguían y hablaban con ellos como verdaderos hermanos en el amor de Dios. ¿Qué clase de sentimiento les había impulsado a prestar su ayuda a los castellanos? Tal vez la simpatía; acaso su admiración por Cabeza de Vaca.

Pasaron otros tres ríos y durmieron al raso varias noches. Pero ya se ha dicho que la fortuna se les mostraba propicia. Pasado el último río, tropezaron con otros caminantes de color con quienes se entretuvieron charlando. Fué un encuentro que, habiendo podido tener muy felices consecuencias, determinó un hecho lamentable, como verá el lector más adelante.

Aquellos indios pertenecían a una tribu nómada,

que no tardó en reunirse en el lugar donde los habían tropezado Cabeza de Vaca y Oviedo. Éstos se vieron rodeados por algunos centenares de salvajes que no les inspiraban la menor confianza. Sobre todo Lope no podía ocultar su inquietud y parecía estar arrepentido de haberse fugado de la isla. Pudo observar don Álvaro que los estragos morales sufridos por su apocado compatriota eran aún más terribles que los físicos. Oviedo se había vuelto cobarde.

Aconteció lo siguiente:

Los indios de la tribu nómada dijeron que conocían otros hombres blancos, cautivos de los Iguaces. Se comprenderá la alegría de los dos españoles al recibir esta noticia.

Inquirieron detalles. ¿Cuántos eran los prisioneros? Los indios dijeron que dos blancos y un negro.

—El negro Estebanico— exclamó don Álvaro, alborozado.

¿Y los blancos? ¿Quiénes serían los blancos? Eso no podían decirlo los indios. Pero podían facilitar otros informes. Por ejemplo: dijeron que los Iguaces trataban muy mal a los españoles y que habían matado a algunos. Como hablaban una lengua distinta de la que conocían Cabeza de Vaca, Oviedo y sus guías, tenían que completar sus explicaciones con la acción. Quiriendo dar a entender lo que los Iguaces hacían con sus cautivos, empezaron a dar patadas y terribles

puñetazos a Oviedo, cuya actitud encogida de hombre medroso no les había pasado inadvertida.

Se interpuso Cabeza de Vaca, que también recibió lo suyo. Los indios empezaron a tirarle pellas de barro, y le habrían tirado piedras si las hubiera habido en el lugar. Se explicaban los salvajes a su manera, y su manera era una salvajada.

Tanto se entusiasmaron haciendo la descripción del mal trato que los Iguaces daban a los cristianos, que acabaron por tomar la cosa en serio. Cabeza de Vaca y su compañero fueron sujetados por la espalda, mientras otros indios les apuntaban sus flechas en el corazón, diciendo que los iban a matar.

Lope casi se desmayó de miedo. Cuando su capitán logró apaciguar a los indios, dijo que no quería seguir adelante y que se volvía a su isla.

— No haréis tal locura cuando estamos a punto de encontrar a otros compañeros — le contestó don Álvaro —. Pensad que los indios de la isla castigarían vuestra huida. Sed razonable. No estáis más seguro desandando solo el camino hecho que siguiendo conmigo adelante. ¿Es que no pesan en vuestro ánimo, por otra parte, los seis años que os he estado esperando? ¿En tan poca estima tenéis mi amistad y los sacrificios que llevo hechos por vos?

Lope de Oviedo se mantenía sordo a estas discretas palabras. Era un pobre enfermo. Supo que algunas

mujeres de la tribu nómada se volvían atrás, con dirección al Este, y les preguntó si le admitirían en su compañía. Ellas aceptaron.

— Ciego camináis hacia vuestra ruina — porfió don Álvaro —. ¿Cómo pasaréis los ríos sin saber nadar? ¡Por los clavos de Cristo que no he conocido hombre semejante a vos! ¿Es posible que queráis abandonarme por miedo, cuando es segura vuestra muerte al lado de los Han o de otros indios peores que os cojan en el camino? ¡Id, pues, al diablo!

En vano suplicó el Capitán en todos los tonos y argumentó con las mejores razones. Oviedo quería marcharse con las mujeres y con ellas se fué, dejando a don Álvaro decepcionado y melancólico.

— A ver si así me ocurre con los otros — suspiró, al ver partir a su compañero, rodeado de las indias.

El primer cuidado de Cabeza de Vaca, al quedarse solo, fué conseguir de los mismos hombres que le habían maltratado la promesa de que le pondrían en situación de comunicarse con los españoles cautivos de los Iguaces. Le dijeron que esta tribu vendría de allí a dos días a comer unas nueces que se daban en la orilla del río, una legua más adentro del lugar donde Oviedo y don Álvaro se habían despedido.

No le engañaron. Pasados los dos días, acamparon los Iguaces a la vera del río. Allí plantaron sus tiendas de campaña, que se componían de unas esteras tendi-

das sobre varios arcos. Cabeza de Vaca, por recomendación de los mismos indios, no se acercó al campamento. Supo con alegría que los tres cristianos prisioneros estaban con los recién venidos, a quinientos pasos de donde él se encontraba. Esta grata noticia hinchó de esperanzas su corazón.

Los Iguaces, como casi todas las tribus de aquella latitud, no cultivaban la tierra para atender a su mantenimiento. Cuando había mariscos en la costa, comían ostiones; en épocas en que se podía pescar, vivían de la pesca; había meses del año, para ellos los mejores, que se alimentaban de tunas, por otro nombre higos chumbos, y cuando no había otra cosa, recurrían a las raíces extraídas de los cañaverales. Caza, alcanzaban poca, con todo y ser cazadores tan diestros que, a veces, cogían vivos a los venados. Perseguían a estos veloces animales con tanta tenacidad y resistencia, que llegaban a cansarlos.

Preferían, sin embargo, los mariscos, los higos chumbos, las raíces de las lagunas, las nueces silvestres, para ahorrarse esfuerzos. Cazar y pescar no podían siempre, y, además, esto no era para ellos un placer, sino un trabajo penoso.

La época de las nueces, como la de las tunas, les permitía pasarse una temporada sin hacer nada. Y como no tenían el sentido de la previsión, sufrían después largos meses de miseria.

Cabeza de Vaca, después que vió a los Iguaces acampados, esperó la oportunidad de comunicarse con sus prisioneros españoles sin ser visto de aquéllos. Los mismos indios que antes le habían maltratado, facilitáronle la ocasión que esperaba ansiosamente. Este contradictorio proceder no podía causar extrañeza a don Álvaro, después de su convivencia de seis años con distintas tribus. Conocía a los indios muy bien.

El primer español con quien habló don Álvaro fué Andrés Dorantes, que se mostró asustado de verle.

— Años hace que os considerábamos muerto — le dijo —. ¡ Como han muerto tantos de los nuestros! Los mismos indios dijeron que habíais sucumbido a causa de vuestra enfermedad y nosotros lo creíamos. No teníamos por qué ponerlo en duda. Pero venid acá; dadme otro abrazo. Siento una alegría que no me cabe en el pecho.

Se abrazaron los dos hombres con la mayor efusión y preguntó luego el de Jerez:

— Sé que está aquí también el negro Estebanico; pero ¿quién es el otro caballero cristiano?

— Un gran amigo vuestro: Alonso del Castillo.

Don Álvaro se hizo repetir el nombre, porque no daba crédito a lo que oía.

— Os digo la verdad: Estebanico y Alonso del Castillo son mis compañeros de cautiverio. Vais a verlo en seguida.

Dorantes recomendó a don Álvaro que le esperara en un lugar apartado, mientras él iba en busca de Castillo, que pertenecía a otros indios, los Marianes, amigos de los Iguaces. No tardó mucho en volver, acompañado de don Alonso, que se echó en los brazos de Cabeza de Vaca, llorando de felicidad. Duraron aquellos transportes de alegría largo rato, hasta que preguntó el de Salamanca:

— Y ahora ¿qué pensáis hacer?

— He venido a buscaros para que sigamos juntos adelante, hasta dar con un establecimiento de castellanos. ¿No estáis cansados de vuestra esclavitud? Es hora ya de que intentemos volver a vivir como caballeros cristianos que somos, saliendo de esta vergüenza que es nuestra desnudez y nuestra servidumbre. Por algo debe Dios habernos conservado la vida después de tantas hambres y enfermedades.

— Mucho tiempo hace — explicó Dorantes — que les estoy diciendo lo mismo a don Alonso y al negrito. Vos me ayudaréis a convencerlos.

— Convencido estoy ya — terció Castillo —, y si no lo estuviera, bastaría la presencia de mi grande amigo para decidirme. No creo, contra lo que me pide el corazón, que ahora podamos escaparnos. Pudimos haberlo hecho antes, si hubiera estado don Álvaro con nosotros. La razón que nos impidió huir la sabéis muy bien, Dorantes; es que teníamos que cruzar lagunas, ense-

nadas y ríos muy grandes, y ninguno de nosotros sabemos nadar. Don Álvaro nada como un delfín y nos ayudará. Me pesa en el ánimo deciros — ¡voto a san Roque! — que antes de que vayamos a comer las tunas, que será dentro de seis meses, no podremos huir. Lo mejor será que se quede don Álvaro con nosotros. Los Iguaces o los Marianes le tratarán bien. Y cuando se haya ganado su confianza y nos traslademos al país donde se dan los higos chumbos, entonces habrá sonado la hora de nuestra liberación.

Andrés Dorantes encontró razonables las palabras del salmantino. Cabeza de Vaca explicó lo que le había ocurrido con Lope de Oviedo, doliéndose de la cobardía de aquel pobre camarada.

— ¿No podríamos ir a buscarle? — preguntó don Alonso.

— ¿Ir a buscarle? ¿Y adónde? Seguramente habrá caído en poder de Dios sabe qué tribu. Sabía cuando se separó de mí — observó Cabeza de Vaca —, que aquí estabais vosotros, y no quiso seguirme. Si diéramos con él, cosa muy difícil, es casi seguro que no conseguiríamos arrancarle de donde estuviera. Es cobarde como un conejo.

Se pusieron de acuerdo los tres hombres sobre lo que tenían que hacer inmediatamente, que era presentar a Cabeza de Vaca a los Iguaces y a los Marianes por si lo querían en su compañía. El talante de don

Álvaro gustó a los indios. Cuando éstos supieron que el caballero español sabía curar a los enfermos, le demostraron la mayor complacencia, hasta el punto de poner a su servicio toda una familia de Marianes, compuesta de una mujer y tres hombres, tuertos los cuatro. A don Álvaro, que estaba de buen humor, le pareció este detalle de buen augurio.



Noticias atrasadas

Durante los primeros días que Cabeza de Vaca, Dorantes, Castillo y el negro Estebanico vivieron juntos se les pasó el tiempo volando. Comían las nueces del lugar, y, teniendo asegurado el alimento, aunque era éste harto sobrio, podían estarse charlando horas y horas, mientras los indios se divertían bailando y haciendo ejercicios guerreros.

— Tenían mucho que contarse los españoles. Todo lo que les había ocurrido en los seis años que estuvieron separados. Cabeza de Vaca se enteró entonces de cuál había sido el fin lamentable de muchos antiguos amigos y camaradas. Castillo, Dorantes y el negro sabían muchas cosas que ignoraba don Álvaro. Se lo contaron todo con abundancia de pormenores.

Cuando los castellanos que estaban en la isla del Mal Hado se separaron de Cabeza de Vaca, por forzarles los indios Han a quedarse con ellos, mientras los Capoques se iban a *Tierra Firme* con don Álvaro, empezó para ellos una nueva serie de calamidades. En la isla permanecieron poco tiempo. No había en ella

cosa que comer y el hambre arrojó a los indios de allí, seguidos, naturalmente, de los catorce españoles.

Yendo buscándose la vida de isla en isla y de cabo en cabo, tuvieron que cruzar varias ensenadas y ríos caudalosos, en los que murieron ahogados cuatro cristianos, que apenas si se podían sostener, a causa de su extrema debilidad. Quince leguas más adelante, el hambre y el cansancio acabaron con otros dos; por manera que sólo quedaron ocho con vida.

En medio de sus desgracias tuvieron la suerte de encontrar un compatriota solitario, natural de Toledo y llamado Figueroa, único superviviente de los cuatro que Cabeza de Vaca envió, costa adelante, en busca del puerto de Pánuco. Vivía en compañía de unos indios miserables, comiendo moras, cangrejos y hierba pedrera.

Contó Figueroa que sus compañeros, el portugués Fernandes y el extremeño Astudillo, habían muerto de hambre y de frío, y que Méndez, el otro, acabó de mala muerte a manos de los salvajes.

No terminaron aquí los trágicos informes de Figueroa; pues sabía el fin que tuvieron las barcas que mandaban Narváez y fray Juan Suárez. Lo sabía por un castellano que encontró con unos indios llamados los Quebenes, quien, andando el tiempo, acabó también trágicamente.

El español que había informado a Figueroa sobre

el destino del Gobernador y su gente, se llamaba Hernando de Esquivel y era de Badajoz. Y lo que contó fué lo que va transcrito a continuación.

La barca de fray Juan Suárez, en la que iban otros religiosos y el contador Alonso de Enríquez, naufragó; pero la gente que llevaba pudo ganar tierra y salvar parte de sus armas y ropas. Andaban los náufragos vagando por la costa, cuando vieron la otra barca, la de Narváez, que atracó cerca de donde se encontraban los cuarenta y tantos compañeros del contador y los frailes. Reunidos todos, el Gobernador, so pretexto de reorganizar la legión, revocó los poderes de Alonso de Enríquez para dárselos a Pantoja, su favorito. Con esto se produjeron querellas y disgustos; el contador y Pantoja estuvieron a punto de llegar a las manos. Pero la situación aflictiva en que se hallaban todos detuvo por unos días las disputas.

El Gobernador y parte de la gente dormían en la barca, sin duda por resultarles más cómodo, mientras el resto de la legión había establecido un campamento en la playa. Una noche, por efecto de un viento Norte muy recio, se rompieron las amarras de la barca, y ésta, juguete de las olas, fué arrastrada mar adentro y se hundió, pereciendo Narváez y todos los que con él estaban a bordo.

Los que habían quedado en la playa, consternados, huyeron de aquel lugar funesto, atravesando en unas

balsas las bahías y lagunas, hasta que dieron en un cabo, un poco elevado, donde hallaron leña para calentarse — ocurrían estos sucesos a la entrada del invierno — y algunos cangrejos y mariscos con que hacer frente a su necesidad más perentoria. Allí se reprodujeron las reyertas a causa de Pantoja, que pretendía mandar a todos los demás. Un tal Sotomayor, a quien Narváez había nombrado maestro de campo, tuvo una cuestión con el siniestro personaje, y le hundió el cráneo de un estacazo. Así terminó Pantoja.

No pudieron sobrevivirle mucho tiempo los restantes españoles. Uno tras otro, los fueron matando el frío y el hambre. Cinco meses después, no quedaba más que Hernando de Esquivel, a quien recogió un indio cuando estaba a dos pasos de la agonía.

Cabeza de Vaca escuchó atentamente y con el corazón conmovido la referencia que le daban Castillo y Dorantes de tantas desventuras. Cuando supo cómo había terminado el Gobernador, murmuró:

— No podía esperarse otra cosa de su locura. ¡Dios le haya perdonado!

Al conocer la muerte de Pantoja, se limitó a decir:

— ¡Que en el infierno se las entiendan con él!

Y al terminar Dorantes y Castillo su relación hubo de recordar:

— Bien se han confirmado los tristes augurios de aquella doña Ana de mis pecados y de la mora de

Hornachos, que Dios confunda. Mas no creo en tales patrañas, sino en la voluntad del Todopoderoso, que así habrá querido enseñar a ser más cautos a los que han de seguirnos en estas aventuras de explorar tierras vírgenes.

Preguntó después:

—¿Y qué se hizo de Figueroa?

—Algo nos queda por contar— dijo Alonso del Castillo—. Ahí va lo que falta.

Y refirió lo siguiente:

Figueroa se quedó con los ocho españoles que restaban de los catorce que estuvieron con Cabeza de Vaca en la isla del Mal Hado. Pero, algunos meses después de haberle encontrado, de los nueve no restaban más que seis. Tres habían quedado repartidos entre distintas tribus, y así fué como Lope de Oviedo volvió solo a la isla del Mal Hado.

Los seis restantes probaron fortuna andando de aquí para allá y fueron de mal en peor. Tuvieron por amos a unos indios que los maltrataban cruelmente, hasta pelarles las barbas por sólo divertirse, y un día que se excedieron en este pasatiempo, degollaron a Diego Dorantes, hermano de Andrés, a Valdivieso y a Huelva.

—Pues ya tenemos la historia acabada— hubo de advertir Cabeza de Vaca al llegar a este punto—. ¿Qué más podéis añadir? Me ha permitido Dios en-

contraros vivos a vosotros tres. ¿Y Esquivel? ¿Qué fué de Esquivel?

— Murió a manos de los indios Marianes — dijo Dorantes —. Esos indios me mostraron su espada y un libro que siempre llevaba consigo.

— ¿Y Figueroa?

— Fué de los que se desperdigaron. Debe de haber muerto también.

Cabeza de Vaca suspiró.

— ¡Todo sea por Dios! Si nosotros cuatro logramos escapar y llegar a tierras donde haya poblados de cristianos, bien se podrá recordar el hecho como un milagro. En fin, esperaremos los seis meses que faltan para que maduren los higos chumbos.

Esperaron los seis meses con la paciencia de quienes supieron esperar seis años. Y como todo llega, cuando ha de llegar, llegó la época de las tunas. Pero antes llegaron otros acontecimientos que retardaron la realización del plan de Cabeza de Vaca por un año más.

Difícilmente se encontrarían vidas más desgraciadas que las de aquellos cuatro infelices, perdidos en la inmensidad de un nuevo continente inexplorado. ¿No habían sido sometidos su temple moral y su resistencia física a sobradas pruebas por su negro destino? Por lo visto, no.

Por causa de una mujer, los indios Iguaces y los Marianes tuvieron una trapatiesta de mil demonios,

precisamente al llegar el tiempo de comer las tunas. No fué una riña entre las dos tribus. Fué un estallido anárquico, que acabó con la dispersión, después que los indios se hartaron de darse palos unos a otros. Cada familia tomó su casa auestas y se fué por rumbo distinto, repartiéndose los tres españoles y el negro Estebanico como lo dispuso su capricho.

De este modo quedaron los cuatro cristianos otra vez separados y vieron malogrado su concierto para escapar juntos. No quedándoles otro remedio que resignarse a su suerte y procurar, al menos, tener noticias los unos de los otros, se despidieron llorando.

Aconteció esto, como se ha dicho, cuando estaban ya maduras las tunas, que era la mejor de las épocas del año para los habitantes del país, acostumbrados a vivir de lo que les deparaba la Naturaleza espontáneamente. El fruto de las chumberas era lo mejor de cuanto llevaban comido Cabeza de Vaca y sus compañeros en aquellas tierras, que habrían de ser ricas cuando las poblaran gente de razón. Porque abundaban los buenos pastos para ganado y había regiones que la agricultura podía aprovechar.

Cabeza de Vaca soportó con entereza su retorno a la soledad mientras duraron los higos chumbos, que encontraba deliciosos. Los había muy variados de forma, de gusto y de color; pero el hambre del héroe jerezano no daba tiempo a distinguir los mejores de los

medianos. Cuando los nopales se quedaron sin tunas y empezaron de nuevo los ayunos, don Álvaro se pasó a otra tribu, y después a otra y a otra, procurando siempre no distanciarse mucho de sus compatriotas, a quienes no volvió a ver hasta el año siguiente, al producirse una nueva cosecha de higos chumbos, a cuya querencia volvieron a reunirse los indios que un año antes se habían separado después de reñir.

No fueron pocas las dificultades que todavía tuvieron que superar, los que esperaban, con la ansiedad en el corazón, el momento propicio para levantar el vuelo. Cabeza de Vaca entendía que, para escaparse, debía ser aprovechado el tiempo de las tunas, entre otras razones, porque así encontrarían, durante la huída, fruto que comer en el campo. De agua para beber, no había por qué preocuparse, siendo tantos los ríos y manantiales del país; pero, en el más desgraciado de los casos, si llegaban a encontrarse sin agua, podían sustituirla con el zumo de las tunas, bebida fresca y excelente.

Es de advertir que, si bien los indios habían hecho las paces entre ellos, no todos acampaban en el mismo lugar. Tunas se daban en toda la comarca y los indios hallábanse repartidos en una vasta extensión de terreno; por manera que los tres españoles y el negro, aun pudiéndose ver y hablar de vez en cuando, vivían separados.

Propuso don Álvaro que escaparan al venir la Luna llena, reuniéndose los cuatro en un punto que a este propósito habían buscado previamente. La noche del 13 de septiembre, Cabeza de Vaca fué a esperar a sus amigos en el punto señalado; pero no llegaron más que Estebanico y Dorantes. No podía don Álvaro abandonar a Castillo, considerada su antigua y entrañable amistad con el salmantino. Por esperar a Castillo, perdieron otro día; pero, al fin, triunfó la perseverancia, viéndose la noche siguiente juntos los cuatro, con la ocasión delante para realizar su proyecto madurado durante año y medio.

Relativamente bien alimentados, creían disponer de las fuerzas necesarias para ponerse a mucha distancia de los Iguaces y Marianes antes de que su ausencia fuera advertida. Sentíanse con las piernas ágiles y ligeras como si fueran alas. Les latía el corazón como si quisiera salirse de su encierro.

— ¡En marcha! — dijo el de Jerez, tomando la delantera con movimiento rápido.

Los otros le siguieron sin vacilar.

Y cuentan las viejas crónicas que nunca otros fugitivos corrieron seguido tanto tiempo ni más aprisa.

Los Hijos del Sol

Se ha llegado a un punto de esta narración que hace conveniente situar el desarrollo de los acontecimientos, con la mayor exactitud posible, de modo que aquéllos tengan la debida expresión geográfica, permitiendo al lector seguir imaginariamente la ruta del gran caminante Cabeza de Vaca, sobre todo a partir del momento en que escapó, con sus compañeros Castillo, Dorantes y el negro Estebanico, con el firme propósito de llegar a las tierras de Nueva España.

Pero esto es muy difícil, si no imposible. Los historiadores no han logrado ponerse de acuerdo sobre este particular, porque Cabeza de Vaca no dejó ningún gráfico de sus correrías ni de su ruta final, y como sus desplazamientos siguieron casi siempre una línea sinuosa y anduvo de aquí para allá, desandando muchas veces el camino hecho, no hay manera de fijar su verdadera situación en el curso de sus asombrosas andanzas.

No existía entonces, naturalmente, ningún mapa del continente no descubierto. Los nombres de las tri-

bus, que el historiador podría convertir en nombres geográficos, de nada sirven, aquellas tribus que conoció Cabeza de Vaca cuando reinaba en Inglaterra Enrique VIII, bien ajeno a la idea de que se abría entonces en el Nuevo Mundo la puerta del inmenso territorio por donde se había de extender la lengua de su pueblo, aquellas tribus, decimos, desaparecieron todas con la colonización.

El lector sabe, sin embargo, que la expedición de Narváez había recorrido la costa del golfo de Méjico desde la punta de La Florida hasta la boca del Missisipí, en cuyas proximidades naufragaron aquellas toscas barcas hechas por los mismos exploradores, y que sus penetraciones al interior fueron bastante profundas. Sabe también que desde la isla del Mal Hado, situada al oeste de la desembocadura del "Padre de las Aguas", Cabeza de Vaca recorrió la costa y penetró en el país siempre con dirección a Occidente, lo cual nos hace suponer que vieron sus ojos buena parte de lo que es hoy el estado de Luisiana. El encuentro con Castillo, Dorantes y el negro Estebanico debió tenerlo, probablemente, cerca de Gálveston, y, en su huida, los tres blancos y el negro marcharon hacia Tejas.

Tendremos que contentarnos con esto, aunque lo interesante sería saber exactamente cuántas tierras llegaron a ver los españoles del área que habían de

ocupar, siglos más tarde, los Estados Unidos. Pero si las tribus aborígenes fueron exterminadas y los nombres actuales de las islas y de los ríos no son los mismos que les pusieron Cabeza de Vaca y sus compañeros cuando todavía no los tenían, la ruta exacta de los primeros europeos que atravesaron la América del Norte no podemos nosotros seguirla sobre el mapa.

Y aquí termina esta pequeña escapada del autor a consideraciones que se hacían necesarias. Volvamos a nuestros héroes.

Cabeza de Vaca había dicho a sus compañeros que, en adelante, se presentarían siempre a los indios como médicos, curanderos o exorcistas, esto es: hombres que saben curar y sacar del cuerpo los malos espíritus, ya que los indios, cuando caían enfermos, se creían poseídos de espíritus malignos. En su larga convivencia con los naturales de aquellos países misteriosos, había observado don Álvaro que los indios le trataban mejor cuando le atribuían la virtud de sanar al que estaba malo, y hubiera sido necio no aprovecharse de lo que más podía favorecerles en su desamparo.

Castillo había ya oficiado de médico con resultados halagüeños; se mostró conforme con la proposición de su camarada. Dorantes y el negro dijeron que no tenían hecho el aprendizaje de arte tan difícil; pero, si era menester, procurarían curar por medio de soplos y oraciones.

No fueron muchas las tunas que encontraron en el camino, porque estaban ya acabándose. Sin embargo, alcanzaron las necesarias para no estar quejosos de su suerte. Mientras las comían, decía Cabeza de Vaca:

— Más al interior, los indios son de más razón que los de aquí y se tratan mejor, porque tienen más caza. Varias veces me dieron a comer carne de venado, que es muy sabrosa. He visto también vacas del tamaño de las de España, aunque tienen los cuernos pequeños, como las moriscas, y el pelo muy largo.

Don Álvaro, que sin duda se refería al búfalo, continuó:

— Su carne es muy buena. Pido a Dios que me permita comerla muchas veces. De su piel hacen los indios mantas para cubrirse y también zapatos y rodela. Si diéramos en alguno de los parajes donde se crían esas vacas, no pasaríamos hambre ni frío. Otras cosas excelentes he visto, porque la tierra es grasa más adentro. Si no fueran los indios como son y supieran trabajar, sacarían gran provecho de lo que ha puesto Dios a su alcance. Cuando vengan a estos países nuestros labradores y ganaderos, se verá que hay aquí cosas que valen más que el oro.

La primera tribu con la cual toparon los fugitivos, se llamaba de los Avavares. Llegaron a ella guiados por unas columnas de humo, que eran seguro indicio de un poblado, y fueron bien recibidos. Una vez los espa-

ñoles hubieron manifestado que tenían por oficio el sanar a los enfermos, se presentaron unos cuantos hombres a quienes Castillo santiguó y sopló, sin que ellos necesitaran más para declararse curados. Es de creer que se trataba de enfermos imaginarios; o tal vez sintieron un momentáneo alivio por autosugestión. Fuera lo que fuera, la cura, real o fantástica, valió a los españoles muchos agasajos y gran cantidad de tunas.

Estando con los indios Avavares le ocurrió a Cabeza de Vaca un lance que pudo costarle muy caro. Merece ser referido.

Tocaban las tunas a su fin, como se deja indicado, y ya el invierno se echaba encima. Los españoles, temiéndole al frío y a la escasez de frutos con sobrada razón, decidieron quedarse con los Avavares los meses más crudos, para tener así asegurado el cobijo.

Cuando los higos chumbos escasearon tanto que ni por un remedio quedaba uno en las chumberas, los Avavares fuéronse a comer una frutilla amarga, parecida a la algarroba, que estaba a cuatro jornadas de su poblado. No podían dejar de llevarse a los españoles y al negro, que también necesitaba comer.

Tanto se aficionó el caballero andaluz a coger la fruta indicada, para llevarse a casa buena provisión de la misma, que se distanció mucho de sus compañeros y no se dió cuenta de cuando éstos emprendieron el regreso. Se echaba la noche encima y quedó don Ál-

varo asombrado de verse solo en medio del campo. Anduvo un rato dando vueltas, para ver si encontraba el camino, y con esto acabó de desorientarse.

El frío era intensísimo. Por fortuna, el fuego hecho por los indios había prendido en un árbol, y así pudo el caballero calentarse.

— ¡Dios me valga! — exclamó Cabeza de Vaca mesándose las barbas con aire pensativo —. Si no me encuentran ellos, que seguramente estarán buscándome, me parece que yo no daría con el camino aunque estuviera rondando mil años. Ha sido cosa de la Providencia que ardiera este árbol.

Pasó toda la noche y parte de la mañana siguiente sin que los indios volvieran. Don Álvaro no podía resignarse a esperar. Decidió buscar por sí mismo el camino de regreso al pueblo.

Tuvo buen cuidado, antes de emprender la marcha, de cargarse un gran haz de leña y de llevarse dos tizones encendidos, para tener lumbre allí donde la hubiera menester. Al frío le temía más que a las víboras de mordida mortal.

Con su leña y sus tizones, estuvo cinco días procurando orientarse. Por las noches, buscaba un lugar abrigado en algún accidente del terreno; cavaba en el suelo un hoyo profundo, que llenaba después con hierba seca, y allí se tendía a descansar, en medio de cuatro hogueras colocadas en cruz y cubriéndose, además, con

abundante maleza del monte. Así estuvo una noche a punto de morir abrasado; pues prendió una chispa en la paja que le servía de cobertor, y si no hubiera tenido el sueño ligero, como hombre avezado a toda suerte de riesgos, su vida habría terminado aquella noche. Despertó de súbito, dando un respingo, y pudo por milagro salir del lance sin otro deterioro personal que la pelambarrera chamuscada.

Lo contaba alegremente a sus compañeros, días después, cuando al fin dió con ellos en la ribera de un río.

— Por muerto os dábamos ya — le dijo don Alonso, abrazado a él —, y decían estos indios que sería por haberos mordido una culebra; pues hay muchas y malas por estos parajes. No logramos dar con vuestro rastro, a pesar de haber estado buscándoos todo este tiempo.

— Yo tengo por cierto que no he de morirme hasta que me caiga de viejo — contestó, siempre jovial, Cabeza de Vaca —. Sobradas cosas me han pasado para haberme muerto cien veces, y aquí me tenéis, todavía de pie y con ánimos para seguir caminando hasta los dominios de Hernán Cortés.

Antes de que los españoles dejaran la tribu Avavar, para pasarse a otra vecina que llamaban de los Cutalches, unos indios tullidos se presentaron a Castillo para que les curara. El de Salamanca no se negaba nunca a probar fortuna, en beneficio de los que sufrían al-

guna dolencia; pero, por su gusto, no habría intentado curar a nadie, sencillamente porque tenía tanto de médico como de fraile. Torció el gesto cuando vió a los tullidos y dijo para sí: "Esos no vuelven a andar en los días de su vida. ¡Aquí acaba nuestro crédito!"

Pero sopló a los enfermos y les estuvo santiguando dos horas seguidas. Después se persignó él muchas veces y rezó, con todo el fervor de que era capaz, las oraciones que sabía, a pedazos y de manera que, comenzando por el Padrenuestro, acababa con palabras del Credo o del Avemaría.

Y, sin embargo, a la mañana siguiente, los tullidos brincaban como cabras y decían, entusiasmados, que no les dolía nada.

Curaciones más sorprendentes logró Cabeza de Vaca, andando el tiempo, sin que nunca pudiera explicarse la razón de aquellos prodigios, si no lo atribuía a una intervención de Dios, compadecido de los duros trabajos en que estaban metidos aquellos desgraciados hijos suyos.

Estando con los Cutalches, Castillo fué de nuevo solicitado para curar a un enfermo que se hallaba en las últimas, y el capitán salmantino no se atrevió.

—Id vos, don Álvaro, si no os falta el valor. Esto es ya demasiado para mí— suplicó a Cabeza de Vaca.

Y éste fué para evitar un posible conflicto. El enfermo pertenecía a otra tribu, los Susolas, y hallóle el

jerezano de tal conformidad que le pareció ya cadáver. Por muerto le daban también sus deudos, pues habían deshecho la casa, que era señal, entre ellos, de haberse ya producido la defunción. El que parecía muerto yacía en medio de un corro de hombres y mujeres, que lloraban desconsoladamente, y estaba cubierto con una estera que le servía de mortaja.

Don Álvaro vaciló. No sabía qué hacer. Pero había ido allí acompañado de los Cutalches y Avavares, que le instaban para que intentara algo. Se inclinó sobre el indio que parecía muerto y le quitó la estera que tenía encima. Le tomó el pulso y le miró en los ojos, torcidos y empañados. Creyendo que, efectivamente, era ya cadáver, se puso de rodillas, elevó a Dios sus preces y dijo:

— Ya que éste no tiene remedio, Señor, devolved la salud a las pobres gentes de este pueblo que la han perdido. Hacedlo por estos pobres hijos vuestros, que necesitan llegar a otras tierras donde puedan servir.

A todos los enfermos del lugar santiguó don Álvaro y todos declararon sentirse mejor. Y el que parecía muerto se levantó al otro día, como si nada le hubiera ocurrido.

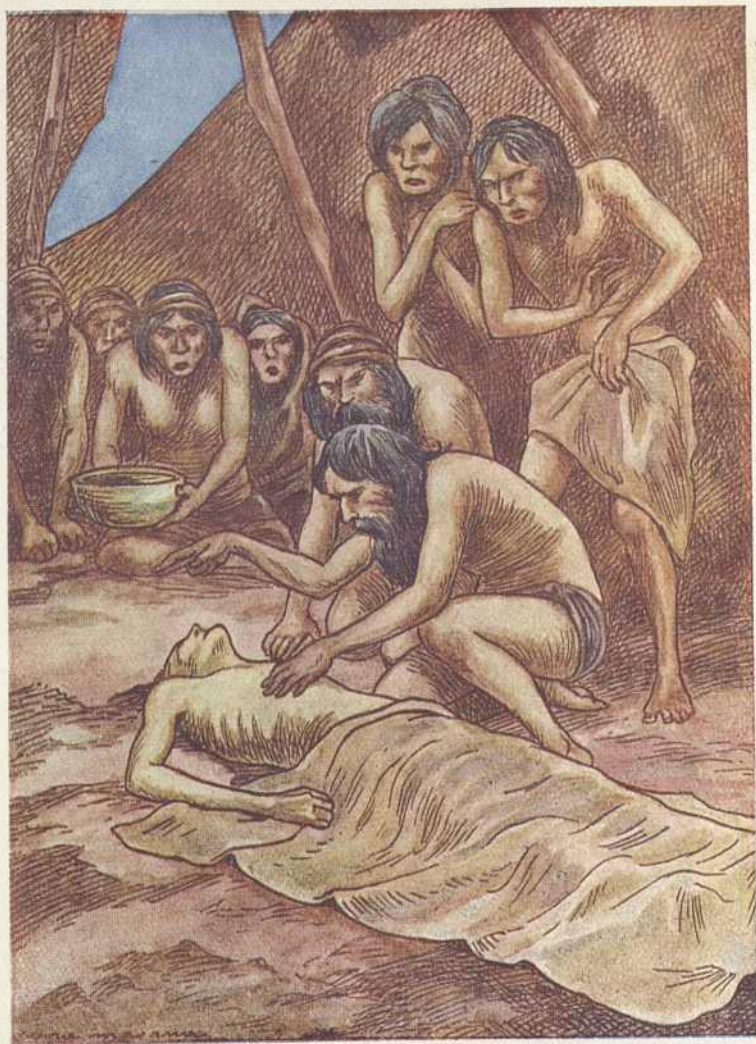
No lo vió don Álvaro; pero se lo dijeron.

— Pues muerto no debía estar, sino aletargado — razonó el español, espantado de tan extraordinario suceso,

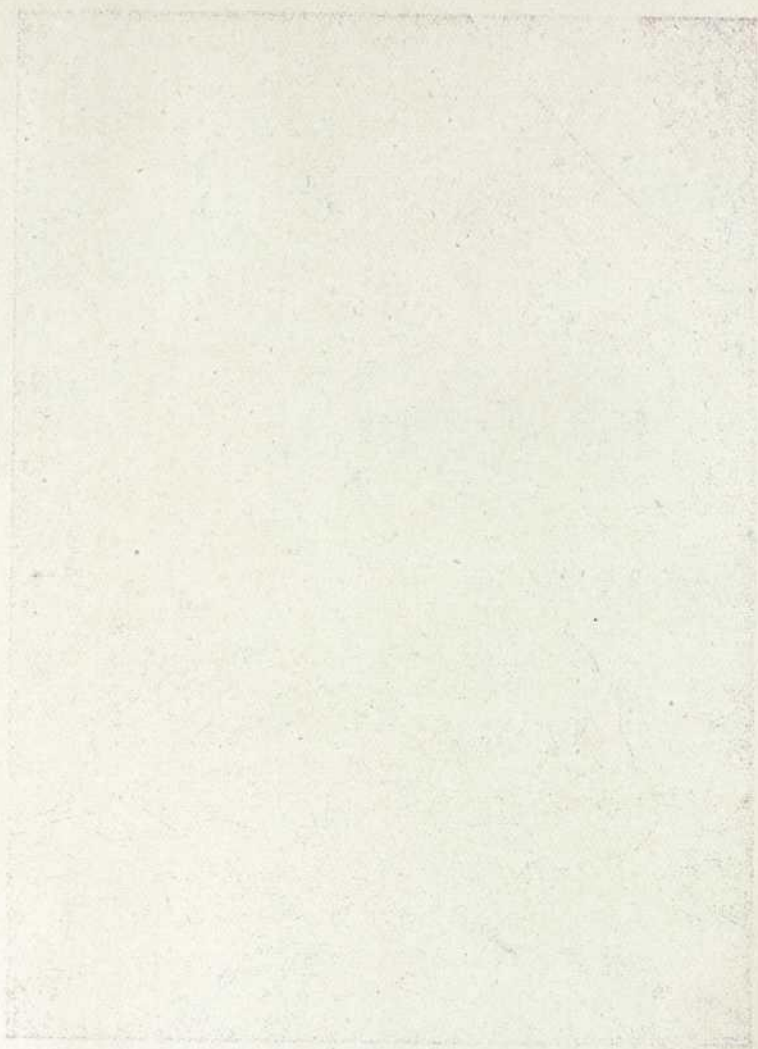
Sus protestas no impidieron que los indios, maravillados, creyeran cierta la resurrección y la divulgaran por las tribus comarcales. La fama de los magos españoles creció y se extendió de tal modo que los salvajes empezaron a mirarlos como seres sobrenaturales. Colmado de regalos, Cabeza de Vaca daba cuanto le ofrecían a los indios que le habían acompañado; por manera que los Avavares y los Cutalches salieron muy gananciosos de la compañía de los castellanos.

Cada día llegaban de luengas tierras nuevos enfermos en demanda de curación, y ya no bastaron el andaluz y el salmantino para atender a todos. Tuvieron que improvisarse físicos Dorantes y el negro Estebanico, que hicieron lo mismo que veían hacer a sus compañeros, con resultados semejantes, y si alguna vez el enfermo no encontraba alivio, decían los indios que era por haber sido mala persona. A los tres españoles les llamaban Hijos del Sol y tenían puesta en su virtud una fe ciega. Esta fe es lo que debía de curarles. En todo tiempo la gente sencilla ha tomado por milagros sucesos que no podían serlo, pero que exaltaba su fe. Razonablemente, no se puede admitir que unos pobres aventureros, de vida azarosa y errante, tan propensa a pecar — y el justo peca siete veces al día —, fueran elegidos por el Cielo como intermediarios para administrar la infinita misericordia divina.

Este razonamiento debieron hacérselo muchas ve-



Se inclinó sobre el indio que parecía muerto...



ces Cabeza de Vaca y sus compañeros, que, a pesar de ser creyentes, forzosamente debían de haber dejado en alguna ocasión de portarse como ejemplares de todas las virtudes.

Las curas maravillosas que daban fama y prestigio a los llamados Hijos del Sol, permitieron que éstos pudieran comer lo mejor que los indios tenían... cuando lo tenían. Mudó la fortuna; trocáronse los honores y la abundancia en tristeza y miseria cuando llegó la época de las vacas flacas del sueño faraónico. Sin necesidad de que se operara cambio alguno en la estimación que sentían los indios por los exorcistas blancos, llegó el momento en el cual tuvieron éstos que buscarse por sí mismos lo indispensable para sustentarse.

Llegó a ser tal la estrechez que los mismos indígenas, capaces de comerse hasta los insectos y las lagartijas, enfermaban y morían de hambre. Eso les ocurría a los Avavares, y a los Susolas, y a los Maliacones, y a los Arbadaos, y a cuantas tribus, de cien leguas a la redonda, conocieron los españoles en aquella etapa lamentable de sus andanzas.

A los que desfallecían de debilidad no podía curarles Cabeza de Vaca. El que tenía el estómago vacío, por muy imaginativo que sea, no remedia su mal con la autosugestión. Ante la realidad trágica del que nada tiene para comer, no hay ilusiones que valgan.

Don Álvaro y sus compañeros aprendieron a tos-

tar las hojas carnosas del nopal, hasta reblandecerlas, para después poderlas comer. Comieron cosas absurdas y fué milagro que no acabaran como vieron acabar muchos indios, a quienes se les hinchaba el vientre hasta parecer que iba a estallar, sin duda a causa de las cosas inmundas que comían.

Para que la situación fuera más penosa, estuvieron los españoles en lugares donde había que acarrear el agua y la leña, yendo a buscarlas lejos. No eran perezosos, no les pesaba ayudar a los indios; pero, como iban desnudos, con las cargas de leña y de agua se les llagaban las espaldas, y al meterse por entre los jarales, las zarzas y las sabinas, para hacer leña, se les rasgaba la piel por distintos lados.

Le aconteció varias veces a Cabeza de Vaca, que después de haber hecho su haz de leña, metido en la espesura, no sabía luego cómo salir de entre la maleza, cercado de pinchos que se le clavaban en la carne como alfileres. Resistía estas contrariedades con menos paciencia que los grandes reveses inesperados. Verse prisionero, con su haz de leña, entre los zarzales, con cien pequeñas heridas en las piernas y los brazos, impotente como alimaña de la selva cazada en una trampa, daba al traste con su serenidad y le ponía fuera de sí. Aunque después se reprochaba aquel arrebató, recordando que más penetrantes y crueles fueron las espinas de la corona de Cristo.

Mejóro un poco la situación al pasar lo más crudo del invierno. Los cuatro caminantes cristianos se detenían más o menos tiempo en los poblados según encontraban en ellos medios de vivir. Curaban a los enfermos aunque nada pudieran obtener en recompensa y en todas partes se les recibía con agrado y les demostraban los indios gran admiración. Ocurría en ocasiones que, al llegar, salían los habitantes del lugar a recibirles en medio de una alegría desbordada. Se les acercaban algunos salvajes para pasarles las manos por la cara y el pecho y a continuación se tocaban ellos aquellas mismas partes del cuerpo, como maravillados del parecido.

Una tribu les acogió mostrándoles unas enormes calabazas que aquellas pobres gentes parecían tener en gran estima. Se enteraron los españoles que eran calabazas sagradas. Los vecinos del lugar no las cultivaban ni sabían de dónde habían venido. Las traía el río en días de crecida. Vaciaban cuantas podían pescar y las llenaban luego de piedras, para guardarlas como si hubieran sido un tesoro. Solamente las sacaban de su escondite en las ocasiones solemnes.

Cuando llegaron los cristianos, los indios, durante sus demostraciones jubilosas, echaban al aire las calabazas como juegan los niños con un balón. ¿Podrían llegar a más los extremos de su complacencia por los forasteros? Su efusión acogedora les llevó a rodear

a los castellanos, en su afán por verles de cerca y tocarles, que de tanto como se apretaban contra ellos a punto estuvieron de romperles los huesos y de cortarles la respiración. Por fin se los llevaron en hombros a un bohío que habían preparado para su alojamiento.

Siempre sucedió que, al pasarse Cabeza de Vaca y sus compañeros de una tribu a otra, durante su marcha, los indios con quien acababan de estar les acompañaban hasta dejarles en el pueblo próximo. Y era costumbre de Cabeza de Vaca, después que había curado a los enfermos, repartir entre sus acompañantes cuanto le daban los familiares de los curados.

Un defecto generalizado entre los indios era su exagerada afición a los bienes ajenos. No podían ver cosa que les gustara sin que en el acto se quedaran con ella, y no la devolvían a su dueño sino a la fuerza. No es que les faltara el sentido de la propiedad; lo tenían y muy desarrollado. Pero, fuera de su tribu, su respeto a la propiedad ajena se desvanecía como el humo.

A este modo egoísta de interpretar el derecho de la propiedad se debió que no se contentaran con lo que les daba Cabeza de Vaca, que era todo lo que éste recibía como recompensa por sus curaciones. Debía de parecerles que las familias de los enfermos pagaban con tacañería a médicos tan extraordinarios. De este

modo se estableció la costumbre de saquear los pueblos por donde los españoles pasaban.

Sucedía, pues, que la tribu acompañante de los españoles se llevaba cuanto encontraba en el pueblo vecino y éste tenía que resarcirse del saqueo con el de más allá.

Puede decirse que salían todos beneficiados de este sistema, porque, según se iban acercando a la sierra, cada tribu parecía menos pobre que la anterior, y los saqueadores podían decir a los saqueados:

— Vuestros vecinos de más adelante son más ricos que vosotros. Tomad lo que ellos tienen como nosotros tomamos lo vuestro y saldréis ganando.

Los españoles iban muy contentos por aquellas tribus, cuyos individuos eran de un color más claro que el de las gentes que dejaban atrás, vivían principalmente de la caza y se trataban mejor. Este trato más en armonía con las necesidades de la criatura humana, favorecía indirectamente a los españoles, que ahora podían comer carne.

Habían abandonado la costa y marchaban bastante metidos en la tierra, estando próximos a la cordillera de Sierra Madre. Los indios no dejaban nunca de acompañarles, pasándoselos de una tribu a otra y haciéndoles seguir una ruta a veces absurda, porque querían evitar que los españoles tuvieran contacto con tribus enemigas. Lo cual no les impedía saquear aquellas

otras con las cuales mantenían relaciones de buena amistad.

Como quiera que los viandantes encontraban a los indios cada vez más propicios, más acogedores y hasta se puede decir que más devotos de las supuestas virtudes de Cabeza de Vaca y sus camaradas, el caballero jerezano quiso meterse tierra adentro para llevarse de la misma una impresión menos superficial y poder informar sobre sus condiciones, si tenían la suerte de llegar a Méjico.

Una tribu conocieron que les impresionó por tener malparada la vista todos sus individuos. Todos eran tuertos o ciegos. De todos modos, cuanto más cerca estaban de la sierra y más se internaban los caminantes, la raza indígena mejoraba sensiblemente y las costumbres y normas de vida iban distanciándose de la animalidad.

Algunas de las cosas que los indios regalaban a los españoles merecían ser conservadas, no por su valor, sino por su interés documental. Y aunque Cabeza de Vaca repartía lo que le daban entre los indios que le acompañaban, llegando a entregarles incluso las primeras muestras de plata que vió en su marcha prodigiosa, guardaban él y sus compañeros algunas curiosidades, pieles de animales raros especialmente. Los objetos recogidos fueron aumentando tanto que se necesitaron varios indios para llevar la carga.

Por cierto que uno de los objetos que recibió más complacido Cabeza de Vaca fué un cascabel grande de cobre, toscamente labrado, señal de que otras tribus, que el jerezano supuso situadas más al Norte, sabían fundir metales y conocían el vaciado. Encontraron asimismo escorias de hierro, que demostraban la riqueza del subsuelo, y vieron, entre otras cosas curiosas, cómo los indios cocían sus fríjoles, que era por el procedimiento siguiente: llenaban una calabaza de agua y metían después en el agua unas piedras que tenían puestas a calentar en el fuego, primero una y después otra; para volverlas a sacar, también una a una, según se iban enfriando ellas y se calentaba el agua hasta ponerse a hervir. Nunca hasta entonces habían visto los castellanos servirse los indios del agua para este menester, y es que las tribus costeñas no cocían sus alimentos.

La adhesión de los indios a los forasteros blancos llegó a ser tanta que no osaban beber agua si antes no les autorizaban para ello los barbudos caminantes, y una vez que, discutiendo el camino que debían tomar, fingieron los españoles enojarse porque se les contrariaba, los indios se entristecieron tanto que muchos cayeron enfermos y algunos murieron de pena.

Fácil es comprender el efecto que las muertes ocurridas en estas circunstancias producirían en el ánimo de gentes terriblemente supersticiosas. Los hombres

pálidos no sólo podían dar la salud a los enfermos, sino que tenían poder para matar a los sanos con mirarlos nada más. Eran, por consiguiente, los verdaderos Hijos del Sol, e incurrir en su enojo equivalía a condenarse.

Justo es decir que Cabeza de Vaca, lo mismo que Castillo y Dorantes, se esforzaban por sacar a los pobres indios de su error y nunca abusaron de una ignorancia que les conmovía profundamente. Una vez tuvo don Álvaro que reprender, con la mayor severidad, a una familia que castigó a uno de sus miembros por haber llorado en presencia del caballero español. Lloraba por creerlo enojado; pero, en tales casos, los indios, según sus leyes religiosas, debían esconder sus lágrimas. El pobre hombre, temiendo haber ofendido al Hijo del Sol, no se pudo contener, y por ello fué castigado por sus parientes, que le rasgaron el pellejo, desde los hombros a los tobillos, con unos dientes de rata.

También les ocurrió a los españoles que, en algunos lugares, donde — dicho sea de paso — las casas eran ya más sólidas y permanentes, no salían los indios a recibirles, sino que les esperaban en sus bohíos, todos silenciosos y sentados de cara a la pared, teniendo amontonado en medio de la habitación cuanto poseían, para que los pálidos viajeros tomaran del montón lo que fuera más de su gusto. Sin autorización, no se

hubieran vuelto por nada del mundo, y cuando, respondiendo a la venia de los recién llegados, se volvían, era teniendo siempre baja la cabeza y el pelo echado sobre los ojos.

Nunca les faltó a los españoles qué comer mientras fueron por la falda de la sierra. Los indios que les acompañaban eran unos cazadores formidables. Durante las jornadas de marcha, quince o veinte de ellos, armados de sendos garrotes y formando dos filas, seguían el rastro de las liebres, y en cuanto saltaba entre ellos el veloz animal, caían sobre él los palos, repartidos de tal modo que lo hacían danzar de una fila a otra, y si la liebre no moría de un garrotazo, se venía viva y malherida a las manos. Los indios que tenían arco iban a la caza del venado y no pasaba día sin que entregasen a los españoles cinco o seis piezas que habrían bastado para dar de comer a un regimiento. Y se presenta ahora la ocasión de decir que esta abundancia cogió a los españoles cuando ya habían perdido la costumbre de hartarse. Sus obligados y larguísimos ayunos les habían habituado a la sobriedad, y apenas probaban los alimentos, con gran pena de los indios, que se desvivían por agasajarles.

¿Se habrá de decir que Cabeza de Vaca y los otros tres cristianos continuaron logrando curaciones maravillosas? Tanto más maravillosas fueron según iba creciendo la fe que en su origen divino habían puesto los

naturales de aquellas tierras. Se puede citar, para muestra, la curación de un indio que tenía clavada una flecha cerca del corazón y que por ello languidecía desde mucho tiempo atrás. Cabeza de Vaca hizo esta vez de cirujano. Con un cuchillo que llevaba siempre consigo, abrió una profunda herida en el costado donde el paciente tenía la flecha clavada. Tuvo que hurgar muy adentro, porque, hallándose la flecha en mala posición, era difícil extraerla. Lo consiguió tras no pocos esfuerzos. Luego cerró la herida con varios puntos, sirviéndose de un finísimo hueso de venado del que ya se había valido en otras ocasiones para curas semejantes. Pero el enfermo se le desangraba. Restañó la sangre con raspaduras de cuero, vendó la herida con lo que pudo hallar a mano y el enfermo curó.

Esta operación asombró a los habitantes del país. De los cuatro puntos cardinales vinieron indios para ver la flecha extraída. Desde entonces empezaron a seguir a los caminantes españoles tantos admiradores de su ciencia y virtud, que nunca bajaban de cuatro o cinco mil. Lo cual constituía una gran incomodidad para Cabeza de Vaca y sus compañeros, porque tenían que santiguar todo lo que los indios comían. Además, una tan muchedumbre resultaba embarazosa para los desplazamientos.

Pero éstos, aunque lentos, iban acercando el término de la gloriosa peregrinación.



XVII

Indios y cristianos

Había llegado, para los tres descubridores castellanos y el negro, el momento de dar el paso decisivo. Se trataba de atravesar la sierra. Sabían que, pasada la cordillera, encontrarían el mar que llamaban del Sur, el Océano Pacífico, descubierto por Balboa. Y dondequiera que fueran a parar de aquellas costas, daban por seguro que sería lugar más rico que cualquiera de los que conocieron en el golfo de Méjico.

Pero la sierra era muy escarpada y los indios decían que costaría atravesarla diez y siete días de camino y que los que se aventuraran en tan largo viaje no encontrarían ni agua ni cosa que comer. Aconsejaban los naturales del país a los españoles que se metieran más al interior, siguiendo la orilla izquierda de un río que los tres blancos y el negro llamaban de las Vacas, porque, remontándolo, se iba a dar a una llanura donde abundaban los búfalos.

—Llegar al mar del Sur tiene para nosotros más importancia que ver las vacas—decía don Álvaro a

sus compañeros —, y tendremos que resignarnos a sufrir nuevas estrecheces, nuevos ayunos, nuevas penalidades, si vernos queremos un día en los pueblos cristianos de Nueva España. Pongamos nuestra esperanza en Dios y crucemos la sierra. No vayamos a desfallecer cuando estamos casi tocando el término de nuestros afanes.

Según todos los indicios, los intrépidos caminantes habían atravesado ya Tejas y Río Grande. Siguiendo en línea recta, iban, pues, a salir al golfo de California.

— Nuestro camino ha de ser siempre en dirección adonde se pone el Sol — insistió Cabeza de Vaca.

Así fué y no tardaron diez y siete días en llegar al llano poblado, sino treinta y cuatro, porque tuvieron que atravesar la Sierra Madre oriental y la occidental. Se encontraron entonces al sudoeste de Sonora. El paso por las sierras desoladas fué penosísimo, debido a que tuvieron que vivir de las provisiones que se habían traído, y éstas se les acabaron mucho antes del tiempo que tenían calculado. Les acompañaban muchos indios.

Pero, ya en las tierras bajas, cerca del Pacífico, volvió la abundancia, acrecentada. Las aldeas de los indígenas eran las mejores que habían visto hasta entonces, siendo frecuentes las casas hechas con paredes de barro, amplias y abrigadas. La gente ya no andaba desnuda y la tierra estaba cultivada, abundando los mai-

zales y los huertos donde se daban la calabaza y el frijól. Aquellos indios sabían también tejer el algodón y las mujeres vestían con decencia: llevaban unas camisas blancas de manga corta y unas faldas de piel de venado, sin pelo, largas hasta los pies. Y lavaban su ropa con unas raíces saponíferas que la dejaban limpiísima.

Allí los españoles se sirvieron también de las mantas de algodón y de las pieles de venado, bastante suaves, para cubrir sus cuerpos. Su indumento hubiera hecho reír a los hombres de su raza, porque era muy extraño. Mejor estaban así, sin embargo, que en cuecos, como habían ido hasta entonces.

Era natural que en el llano aumentara el acompañamiento de indios, que nunca faltó a los caminantes blancos. Si al otro lado de la cordillera, las sencillas gentes del país creían que Cabeza de Vaca, Castillo y Dorantes eran enviados del Cielo, igual convicción arraigó en el corazón de los habitantes de Sonora, y como esta tierra era más poblada, seguía a los descubridores una nube de fanáticos.

En todos los pueblos hicieron a Cabeza de Vaca muchos regalos, que él seguía repartiendo entre las gentes de su cortejo. Por su manos pasaron toda clase de pieles, metales ricos y piedras preciosas, especialmente turquesas. Entre otras cosas regalaron los indios a don Álvaro cinco flechas cuyas puntas eran cinco

magníficas esmeraldas, y supo que aquellas piedras procedían de otras tribus establecidas en la sierra y más al Norte.

Conocían los españoles seis lenguas diferentes de las habladas por los indios; pero con las gentes de Sonora se tenían que entender por señas. Eso no era difícil por la clara inteligencia de los habitantes del país, muy superior a la de los salvajes nómadas de la costa atlántica. El negro Estebanico, gran hablador, era el que mejor se entendía con los indios. Los tres blancos, para mejor mantener su prestigio y autoridad, solían permanecer silenciosos.

Pero tenían un trabajo abrumador en santiguar a los indios, dolientes y sanos, que en todo momento les importunaban pidiéndoles su bendición. Las mujeres les presentaban sus hijos recién nacidos; los ancianos les hablaban de sus achaques; los mozos creían asegurarse la salud para siempre más si obtenían de los Hijos del Sol que les pasaran la mano por la cabellera hirsuta. Y todos los días y en todas partes había fiestas y areitos en honor de los exorcistas.

A Dorantes le dieron en una aldea, que los españoles llamaron el pueblo de los Corazones, más de seiscientos corazones de venado, que los indios tenían en conserva para su mantenimiento. Allí conocieron los españoles diferentes árboles ponzoñosos, que servían a las gentes del país para envenenar sus flechas.

La fuerza de su veneno era tal, según testimonio del mismo Cabeza de Vaca, que si se metían las ramas de aquellos árboles en el agua encharcada que los animales solían beber, éstos caían como fulminados.

Pero lo mejor de cuanto vieron los tres blancos y el negro en aquella etapa de su histórica travesía, lo que hinchó de alegría sus corazones y les hizo verter lágrimas de agradecimiento al Cielo, fueron dos objetos sin valor aparente: una hebilla de talabarte de espada y un clavo de herradura que un indio llevaba en el cuello, pendientes de un collar.

— ¡Estamos cerca de establecimientos castellanos! — decía don Alonso del Castillo, abrazado a Cabeza de Vaca.

— ¡Gracias a Dios, nos hemos salvado! — repetía, alborozado, Dorantes.

— ¡Bien merecido lo tendríamos si fuera así! — hubo de observar Cabeza de Vaca, más sereno que sus compañeros—. Debemos ser cautos, sin embargo, para que esas gentes no sospechen que deseamos dejarles. No cabe duda que esa hebilla y ese clavo de herradura señalan la presencia en estos lugares de hombres como nosotros. Pero podrían haber sido otros descarriados que hubiesen venido a descubrir.

El negro Estebanico hizo las averiguaciones necesarias y trajo a sus compañeros grandes noticias: ha-

bían pasado españoles por el lugar, no tres o cuatro, sino muchos, y todos iban a caballo y vestidos de acero. Los indios se habían asustado mucho al verles, porque habían venido en son de guerra y habían dado muerte a dos de los suyos.

Cabeza de Vaca quiso interrogar personalmente al indio de la hebilla para saber qué dirección habían tomado los castellanos al retirarse de allí. Poco sacó en limpio de la contestación, que fué fantástica. Dijo el interrogado que los extraños y maravillosos visitantes se habían marchado al mar, en cuyas aguas metieron sus lanzas, entrando ellos después, hasta que les cubrieron las olas, si bien más tarde, al ponerse el Sol, les vieron salir de nuevo a la superficie y caminar sobre el líquido elemento.

No obstante la vaguedad y la fantasía de los informes obtenidos, don Álvaro tuvo ya por cierto que los españoles estaban establecidos cerca de allí. Decidió, por consiguiente, apresurar su marcha, bajando al Sur, con lo cual iba a entrar en Sinaloa.

Según fueron avanzando con esta dirección, hallaron nuevos y seguros indicios de la presencia de fuerzas españolas en el país. Éste daba la impresión de haber sufrido el azote de un ejército invasor. Los indios habían abandonado sus campos, que estaban sin labrar, y algunos hasta sus casas. La tierra era fértil y hermosa, bien regada por ríos de caudalosa y mansa

corriente. Pero las aldeas, en gran número, aparecían desiertas y algunas habían sido incendiadas. Supo Cabeza de Vaca que muchos de sus moradores andaban huídos en la sierra, por miedo a los españoles, que habían entrado a saco en los pueblos, llevándose cuanto quisieron y a los hombres más jóvenes.

¿Por qué aquel castigo a gentes que parecían tan sencillas y acogedoras? Cabeza de Vaca se entristecía pensando que hubiese dado su patria tantos Narváez y Pantojas. Sin duda los primeros españoles que acamparon en Sinaloa eran de ruín condición, crueles y codiciosos, desprovistos de piedad y aun de inteligencia, porque el abuso de la fuerza crea rencores y desencadena tempestades. Se lo decía así a sus compañeros Castillo y Dorantes, que asentían a sus lamentaciones. Despoblada aquella tierra riquísima y huídos sus habitantes a las montañas, los establecimientos castellanos no podrían ser abastecidos y tardarían en prosperar.

— Esto acontece por caer el mando en hombres que no saben gobernar — argüía Castillo —. Se creen que con hacer esclavos a esos seres desgraciados, para obligarles a trabajar como mulas, consiguen antes lo que anhela su loca ambición.

— Y después se pierde todo — sentenció Dorantes —. Hubieran sufrido, como nosotros, años de cautiverio y padecimientos horribles; ya sabrían cómo se

gana la amistad de los indios y lo que se debe a la desgracia ajena.

— No puedo considerar caballeros cristianos a quienes hacen alarde de la injusticia y del desamor al prójimo — declaró Cabeza de Vaca —. Tengo por mal nacidos a los desenfrenados y por necios a los que cortan las manos que pueden darles de comer. No todos los españoles somos así ; vive Cristo ! Haré llegar mi protesta hasta el trono, si Dios me lo permite. Si no se gobierna por las buenas este Imperio que el Cielo parece tener reservado para España, por las malas no será, y es propio de gentes faltas de razón terquear en lo contrario. Los indios no son herejes, sino ignorantes de la religión verdadera. Como hermanos debemos considerarles en el amor de Dios.

Recordó Cabeza de Vaca que, en tierras que había dejado más atrás, su intervención conciliadora había servido para poner paz entre tribus que estaban en guerra. ¿No podía igualmente suavizar el trato que los conquistadores blancos daban a los indígenas? Era un dolor que los campos quedaran sin cultivo a causa de las crueles incursiones de los españoles, que seguramente hacían grandes redadas de esclavos con el propósito de venderlos.

Y era sincero cuando decía a los indios que iba a intervenir cerca de sus compatriotas para pedirles que dejaran de perseguirles y que les permitieran vivir

tranquilamente de su trabajo. Pero entre tanto debían los fugitivos volver a sus casas y labrar otra vez la tierra.

Consiguieron Cabeza de Vaca y sus compañeros que muchos de los que andaban huídos volvieran, si no para quedarse otra vez en sus aldeas, para testimoniar a los peregrinos españoles su fervor, regalándoles con lo que tenían escondido. Y ello sirvió para sacar de apuro a los que formaban el cortejo de los caminantes cristianos, que no habían comido a satisfacción desde semanas atrás, a causa de la miseria derivada del abandono en que estaba todo: pueblos, huertos y campos. Don Álvaro repartió entre sus acompañantes más de dos mil cargas de maíz y muchas excelentes mantas de algodón que le habían dado los fugitivos. Recomendó, además, que se avisara a los refugiados en la sierra para que volvieran al llano, en la seguridad de que los soldados españoles no volverían a molestarles.

Varias jornadas estuvieron marchando por tierras que los indios tenían abandonadas y por doquiera oyeron las mismas lamentaciones por el mal trato que daban los extranjeros pálidos y barbudos a los sencillos campesinos. Supo Cabeza de Vaca por éstos que sus compatriotas se llevaban encadenados de las aldeas a los mozos y también a muchas mujeres y niños.

Fácil es comprender la ansiedad que sentía don

Álvaro para encontrar a los suyos cuanto antes. A su deseo, alimentado de muchos años, de verse nuevamente entre gentes de su lengua y religión, se unía ahora el afán de ser útil a los pobres indios, que tanto amor le habían demostrado. Cuando por unas estacas clavadas en el suelo, que habían servido seguramente para sujetar a los caballos, y por las huellas de herradura, comprendió que el esperado momento del encuentro con los conquistadores iba a realizarse, quiso que Dorantes o Castillo se adelantaran para no sorprender a sus paisanos con la muchedumbre de indios que formaban el acompañamiento. Castillo y Dorantes opinaron que debía ser el mismo don Álvaro, como el más maduro, discursivo y autorizado de los tres, quien se viera y hablara primero con los españoles, y el jerezano aceptó.

Adelantóse con el negro Estebanico y once indios, anduvo a buen paso más de diez leguas y al otro día alcanzó cuatro soldados que iban montados a caballo, bien equipados y con ese aire bizarro que ha tenido en todo tiempo el castellano de armas tomar.

Cuando Cabeza de Vaca se presentó a ellos, con su facha de santón, alto y esquelético, y les habló en el armonioso idioma de Castilla, la sorpresa estuvo a punto de hacerles caer de su montura.

—¿Sois vos español?— preguntó uno de ellos.

—Andaluz, de Jerez, y me llamo Alvar Núñez Ca-

beza de Vaca — contestó el interrogado —. Mas supongo que tendréis capitán. Es con él con quien deseo hablar. Atrás dejo a otros compañeros que esperan mis noticias. ¿Quién os manda a vosotros?

— Nuestro capitán se llama Diego de Alcaraz.

— ¿Está muy lejos de aquí?

— A media legua.

— Pues llevadme a él sin tardanza.

Diego de Alcaraz era uno de tantos aventureros sin escrúpulos que habían ido al Nuevo Mundo dispuestos a mejorar de condición fuera como fuera. Recibió a Cabeza de Vaca dando muestras del mayor estupor, pero sin conmoverse con el relato sucinto que le hizo de sus desventuras el jerezano. Hasta celebró con grandes carcajadas algunas de las afirmaciones hechas por don Álvaro, y éste tuvo que advertirle que estaba hablando con un caballero.

— Me vais a hacer la merced — dijo, poniendo en su acento una autoridad que impresionó al Capitán — de tomar testimonio ahora mismo de cuanto os he referido y del modo cómo me habéis encontrado, con la fecha y lugar del encuentro. ¿Cómo se llama este país?

— Estamos en Nueva Galicia, de la que es gobernador don Nuño de Guzmán, y cerca de aquí está la villa española de San Miguel.

— Pues escribid, si os place, el documento que os

pido, y luego mandaremos a buscar a mis compañeros o iré a buscarles yo mismo.

— Se hará como queráis — ; vive Dios! — pues no me pedís nada a lo que no tengáis derecho.

Alcaraz invitó a comer con él y con un tal Cebre-ros, titulado alcalde, a Cabeza de Vaca. Después despachó algunos hombres montados, a quienes acompañaban los once indios de don Álvaro y el negro Estebanico, a buscar a Castillo y Dorantes.

— Yo ando perdido por esta comarca — dijo, mientras comían —. Vine para llevarme unos miles de esclavos; pero los indios han huído, dejando tras sí la miseria. No se puede tener piedad con esa gente, que esconden cuanto tienen y nos dejarían morir de hambre.

— ¿Conocéis bien el país? — preguntóle el invitado.

— Júzgole por los disgustos que me dan sus habitantes.

— El país es muy rico. Acabo de atravesarlo a pie y descansando en muchos pueblos — siguió diciendo Cabeza de Vaca —. Dudo de que haya en estas Indias tierras mejores. Tiene muchas frutas y muy hermosos ríos. Además, es abundante en manantiales y los indios siembran tres veces al año. ¿Qué más queréis? Parece que contiene asimismo minas de oro y plata. Y a un país que nos ofrece tantas cosas codiciables, vos habéis venido a buscar esclavos nada más. Por mi fe de cristiano, os digo que esto es gran ceguera y que Nueva

Galicia será provechosa a España si se deja trabajar a sus habitantes en paz y libertad. Es gente muy bien acondicionada y sirven de buena voluntad al blanco, si éste no le hace fuerza. La conversión del país a la doctrina de Cristo es fácil conseguir. Mas entiendo que se ha de predicar con la cruz en la mano, no con la espada.

Ni Alcaraz ni Cebreros parecieron impresionarse con estas palabras de don Álvaro; pero el Capitán creyó poderse servir del amigo de los indios para sus fines reprobables.

— Puesto que estáis en tan buenas relaciones con las gentes de tierra adentro — dijo hipócritamente —, creo que es vuestro deber, como caballero español, sometido a la Imperial Majestad, aconsejar a los fugitivos que vuelvan al llano.

— Lo haré si me prometéis respetar su libertad.

— Yo obedeceré las órdenes que reciba de mis superiores. Pero vivid tranquilo. No se trata de hacer nuevas redadas de esclavos, sino de que los indios trabajen las tierras para acabar con la miseria que nos rodea.

Cinco días después, llegaron Castillo y Dorantes con el negro y quinientos indios. El resto del cortejo se había vuelto a sus aldeas, accediendo a las súplicas de los dos blancos. Muchos, para reintegrarse a sus hogares, tendrían que desandar más de cien leguas.

Con la llegada de los tres andarines españoles al campamento de Alcaraz, la situación de este capitán y sus soldados mejoró sensiblemente; pues los indios, por amor a Cabeza de Vaca y sus compañeros, empezaron a mandar espontáneamente las provisiones que habían escondido. También los tres viandantes fueron generosos con sus compatriotas, pues repartieron entre ellos todo cuanto habían recogido en una travesía de cerca de 20.000 kilómetros.

Difícil le fué a Cabeza de Vaca desprenderse de los quinientos indios que se habían traído Castillo y Dorantes. Ellos querían acompañarles hasta dejarles bajo la custodia de otra tribu que les inspirara confianza. Entendían que estando con los blancos sus tres amigos, no tenían seguras ni su libertad ni su vida.

Tales demostraciones de adhesión disgustaban a la gente de Alcaraz, que miraba con desprecio a los tres estafalarios caminantes. Y valiéndose de sus intérpretes decían a los indios que Cabeza de Vaca y sus desastrados compañeros de infortunio eran tan españoles como ellos mismos, aunque no valían nada por su mala suerte y su miseria; por manera que sólo a ellos debían obedecer los habitantes de la comarca, aceptándolos como los verdaderos señores y amos de la tierra.

— Necios son al predicar a los indios semejantes simplezas — decía don Álvaro a Castillo y Dorantes,

viendo a éstos indignados por la deslealtad de sus paisanos—. Los indios no les hacen caso. Mezclaos con ellos y escuchad lo que platican entre sí. Dicen que los de Alcaraz mienten, porque nosotros vinimos de donde sale el Sol y esos verdugos de donde se pone. Añaden que nosotros sanamos a los enfermos, mientras ellos matan a los que están sanos; que nosotros anduvimos desnudos y ellos van vestidos y armados hasta los dientes; que Alcaraz y los suyos van montados en sus caballos, bien al contrario de sus tres amigos blancos, que atravesaron la sierra andando descalzos; que nosotros no somos codiciosos, pues devolvemos cuanto nos regalan, mientras ellos entran a saco en las aldeas y lo pillan todo o lo destruyen. Los indios comparan y comprenden. No se les puede engañar con fanfarronadas; pero se les convence con razones y hechos evidentes.

Con todo, Cabeza de Vaca se esforzó hasta conseguir que los indios se volvieran a sus hogares, no sin recomendar a los que andaban huídos que se reintegraran al trabajo, para seguir cuidando de su hacienda. Ésta sería respetada en adelante por los españoles, porque les prometía don Álvaro interceder cerca de las autoridades superiores para que pusieran término a los desmanes de los soldados de Alcaraz.

Confiaba Cabeza de Vaca en las leyes providentes y humanitarias que los reyes de España habían dic-

tado para el mejor gobierno y colonización del Nuevo Mundo. Otros desmandados como Alcaraz habían sufrido severos castigos por haber infringido dichas disposiciones reales.

Los indios se despidieron llorando de don Álvaro, de Dorantes, de Catillo y del negro Estebanico.

La intención de Alcaraz era separar a Cabeza de Vaca y sus compañeros de los indios, para aprovecharse del prestigio de aquéllos y caer por sorpresa sobre los campesinos que volvieran de la sierra, dispuestos a continuar labrando las tierras del llano. A este fin, con ayuda de Cebreros, mala persona, apartó con engaño a sus huéspedes, que Cebreros llevó por montes despoblados, diciéndoles que les conducía adonde estaba el Gobernador. La broma le costó al pérfido Alcaraz la vida de muchos de sus soldados, que murieron de sed. Más tarde se vengó en los indios de una traición que sólo él había cometido.

Cabeza de Vaca y sus compañeros, cuando se dieron cuenta de que habían sido vilmente engañados, mandaron a Cebreros al diablo, y, guiados por los indios, pudieron llegar a San Miguel de Culiacán, donde fueron muy bien recibidos por Melchor Díaz, hombre de honor, que gobernaba aquella provincia.



Los héroes

Estamos en una pequeña ciudad que se llamó Compostela, sede, en el siglo XVI, del gobernador de Nueva Galicia.

Cabeza de Vaca, Castillo y Dorantes, alojados por don Nuño de Guzmán en su propia casa, se están vistiendo de caballeros, juntos los tres en una habitación.

— Lo veo y no lo creo — dice Dorantes, desnudo de medio cuerpo para arriba, mientras contempla una camisa limpiísima, blanca y suave, que tiene en las manos y a la que da varias vueltas, como para observar hasta los menores detalles de esta prenda interior —. Cerca de nueve años hace que no me he puesto una camisa.

Castillo y Cabeza de Vaca lo miran sonriendo. El primero ya se ha puesto la camisa y los gregüescos. Se lamenta de que el pantalón de punto, que debía ajustarse a la pierna, hasta más arriba de la rodilla, le sienta muy holgado.

No lo extrañéis, mi querido don Alonso — observa el de Jerez —. Falta, entre la tela y el hueso, la carne que hemos perdido en esos nueve años que anduvimos

errabundos y sin camisa. No estáis, ¡vive el Cielo!, para asistir a un baile; lo reconozco. No podríais, como antaño, enamorar a las damas, que admiraban vuestro talle gentil. Pero dad gracias a Dios por haberos conservado, al menos, la vida. Todo tiene arreglo en este mundo, excepto la muerte, y si rellenáis con algodón lo que os queda vacío debajo de la tela, todavía podréis pasar por un buen mozo.

— Me parece, don Álvaro, que los tres estamos como si nos hubieran hecho cecina y que el uno no puede reírse del otro sin hacer burla de sí mismo. Nuestra gloria, si alguna hemos de alcanzar, nos la darán estos pobres huesos nuestros que por doquiera acusan su relieve detrás del pellejo y que son testimonio de nuestros ayunos.

Estas palabras de Castillo merecen la aprobación de su viejo amigo, quien, sentado en un escabel, trata de abrocharse la hebilleta de una bota.

— Discreto os veo, hermano — dice —, y eso me hace pensar que enseñan más nueve años de padecimientos que toda una vida gastada entre libros. Somos jóvenes todavía, vos y Dorantes más que yo, para poder reponernos, y yo espero que aun han de llorar vuestros desdenes hermosos ojos de mujer, cinco o seis pares lo menos.

Castillo suspira, mirándose en el espejo. Aunque ya, como sus compañeros, lleva la barba y el pelo re-

cortados por el barbero, deplora verse el rostro muy curtido y arrugado. Dorantes, que ha continuado acariciando su camisa, se la acerca a la cara y deposita en ella dos sonoros besos.

— ¡Qué bien huele y qué fina es! — exclama casi con arrobo —. Nunca como ahora había podido apreciar cuán necesaria nos es la ropa blanca para sentirnos a nuestra satisfacción. El contacto de este hiladillo que se diría han tejido los ángeles me retorna a la vida verdadera. Si un día llego a ser rico, he de gastarme en camisas la mitad de mi fortuna.

— Mejor haréis en agradecer a Dios el bien que os dispensa — advierte don Álvaro —. Veo que las tentaciones del demonio vuelven a cogeros y que os entregáis con demasiado ardor a los recreos mundanos, aunque honestos. Espero, no obstante, ya que lleváis hecha por adelantado mucha penitencia, que no se os negará el perdón.

Se levanta Cabeza de Vaca de su escabel y da torpemente algunos pasos por la habitación, mientras sigue hablando:

— ¡Que el diablo me lleve! No me acostumbraré nunca más al calzado. En Culiacán me probé unas botas de Melchor Díaz y no las pude soportar más de media hora, aunque me venían anchas. No creo que haya en el infierno tortura más cruel.

— Fuerza es acostumbrarse, Capitán — dice Doran-

tes, que se ha puesto ya la camisa y está ahora a vueltas con unas calzas demasiado grandes para él —. No vamos a presentarnos descalzos en lugares frecuentados por damas y caballeros. Para cuando lleguemos a Méjico, debemos ya haber recobrado nuestros antiguos hábitos. Harto me sé lo que las botas me harán sufrir; pero también sufrimos caminando en las bahías sobre el filo de los ostiones y pisando el monte espinoso.

— ¿Acostumbrarnos decís? ¿Sabéis que sigo durmiendo en el suelo porque los colchones de la cama me espantan el sueño? ¡Ni pegar los ojos! Pues así me va a suceder con las botas.

Castillo protesta:

— No debéis hacer esto, don Álvaro. Vos que supisteis acomodaros a lo peor, sabréis igualmente ponerlos en lo cómodo y agradable. A los colchones, yo ya me acostumbé; a ir calzado espero también acostumbrarme, con ayuda de san Crispín, que creo es patrón de los zapateros. Son los últimos padecimientos que nos quedan por pasar. No es mucho para nosotros, que tanto llevamos padecido... ¡Ea, ya está! ¿Qué os parece don Alonso del Castillo y Maldonado? A ver: ¿qué tenéis que decir de mi gallardía?

Ya completamente vestido, ajustado el jubón y ceñido el talabarte de la espada, don Alonso da una vuelta, contorneándose, ante sus compañeros, que lo contemplan sinceramente admirados.

— ¡Por vida de cien brujas condenadas!... Sin aliento me habéis dejado, don Alonso — declara Dorantes, que tiene los ojos abiertos de par en par. Merecéis que os hagan virrey de Apalache o cosa así. Muy elegante estáis. Nadie diría que habéis andado desnudo como los indios.

Cabeza de Vaca alaba también sin reservas la gentileza de su amigo.

— ¡Buena planta! ¡Aire señorial! ¡Quien tuvo, re-tuvo, capitán! Os envidio la figura y las maneras. Siempre habéis sabido ser señor. Repito que penarán por vos muchos corazones.

También Dorantes acabó de aviarse. El vestido que le habían facilitado debió pertenecer a una persona mucho más robusta, lo cual le daba un cierto desgarmo; pero disimulaba bien los años pasados en el más espantoso y miserable abandono.

Cabeza de Vaca, no obstante ser de los tres el más trabajado y maduro, tampoco quedó mal. Tenía prestancia natural y un aire digno que armonizaban muy bien con el brocado y los encajes.

Pero ni Cabeza de Vaca, ni Castillo, ni Dorantes podían mantenerse firmes, después de haber paseado un poco por la habitación. Les molestaba todo lo que llevaban encima, no solamente el calzado.

— Me ahogo dentro de estas ropas — decía Dorantes —; abrid todas las ventanas.

— Declaro que necesitaré de todo mi valor para resistir con esto puesto hasta la noche — manifiesta Castillo.

Cabeza de Vaca era el más angustiado. Se sienta, abatido, en una arca y se seca el sudor que le baña la frente.

— ¡Quién iba a decirnos que nos sucediera cosa tan inesperada! — exclama con desaliento.

Reacciona en seguida y se pone en pie, añadiendo:

— ¡Ea, basta! No hay más remedio que aguantar. Creerían el Gobernador y sus capitanes que el trato con los salvajes nos ha envilecido. Amigos, tenemos que esforzarnos por disimular este tormento. Se-guidme.

Y salen los tres erguidos, arrogantes, marchosos, con la sonrisa en los labios. Creen estar realizando el acto más valeroso de su vida.

Los tres famosos viandantes — se les puede llamar ya famosos, porque la fama de sus aventuras y milagrerías había llegado hasta Méjico — estaban a punto de emprender la última etapa de su viaje extraordinario. Etapa muy fácil, hasta la capital de Nueva España, que harían con escolta, bien equipados y por territorio que dominaban los españoles.

Para llegar a Compostela, habían tenido que recorrer más de cien leguas entre tribus hostiles; pero Melchor Díaz, valiente capitán, hombre de honor y

entendimiento, cuidó de que Cabeza de Vaca y sus compañeros hicieran el trayecto bien provistos de lo necesario y acompañados de unos cuantos jinetes. Guardaban los tres héroes — mejor será decir los cuatro, para no dejar en un olvido injusto al negro Estebanico — un recuerdo grato de Melchor Díaz, muy distinto de la impresión que se llevaron de Alcaraz y Cebreros.

El alcalde mayor de San Miguel trató a sus compatriotas errabundos como merecían por su valor personal, las penalidades por ellos sufridas y sus servicios hechos a la causa de España. Melchor Díaz que se reveló, años más tarde, como descubridor de grandes alientos, dirigiendo la primera expedición al Norte y explorando California, a través de Arizona, llegó hasta a verter lágrimas oyendo a Cabeza de Vaca la narración de su odisea, y después, cuando el caballero andaluz expuso sus quejas por el mal trato que Alcaraz daba a los indios, prometió solemnemente que castigaría con el máximo rigor las levas de los esclavos y todo saqueo en las aldeas.

No fueron días perdidos en la ociosidad los quince que permanecieron en San Miguel los náufragos de La Florida. El alcalde mayor necesitaba de su ascendiente sobre los indios para que la vasta planicie de Sinaloa se volviera a poblar. Cabeza de Vaca no fué sordo a sus ruegos. Repartió por el país cuantos mensajeros

pudo encontrar; predicó a los caciques la paz, hasta conseguir devolverles la confianza; recorrió algunos pueblos habitados, para interesar a sus moradores en la construcción de iglesias; a todos los campesinos dió unas explicaciones rudimentarias de la doctrina cristiana y recomendó que recibieran siempre a los españoles levantando la cruz como bandera; curó enfermos; confortó el ánimo de los desvalidos, y, en fin, tuvo la satisfacción de ver cómo los indios volvían de la sierra y se instalaban de nuevo en sus casas, cómo labraban cruces y se disponían a levantar templos al Señor de la Tierra y del Cielo, que ellos, en su ignorancia, llamaban Aguar.

Melchor Díaz radiaba de satisfacción y colmaba de agasajos a sus huéspedes, comprendiendo que los métodos de gobierno que le habían enseñado eran los más sabios y eficaces. Cuando se despidió de Cabeza de Vaca y sus compañeros abrazó hasta al negro, y tan eficazmente hubo de recomendarles al gobernador Nuño de Guzmán, que éste en persona y toda la ciudad de Compostela salieron a recibirles, a su llegada a la capital de Nueva Galicia.

Llamó mucho la atención de los compostelanos que aquellos cuatro supervivientes de la desgraciada expedición de Narváez, únicos que quedaban de una falange de ochocientos hombres, no pudieran dormir sino en el suelo, ni se acostumbraran a los vestidos ni pudieran

comer como personas normales. Tan sobrios eran en sus costumbres, que preferían el suelo a la cama, la harina de maíz a una buena pierna de carnero asado, el agua al vino, el vestido más sencillo al fastuoso.

El Gobernador tuvo que advertir a Cabeza de Vaca que sería una inconveniencia llegar a Méjico aviados de modo estrafalario, y que, por respeto al virrey y altas autoridades que representaban a la Imperial Majestad, precisaba que empezaran a vestirse como era norma entre gentes de juicio. Don Álvaro y sus amigos comprendieron que esta observación estaba muy en su punto y prometieron acatarla. Por esto habían aceptado con agradecimiento, aunque les costara una tortura física ponérselos, los vestidos que graciosamente les ofreció el Gobernador.

Después de vestidos, Cabeza de Vaca, Castillo y Dorantes acuden al estrado donde la familia del Gobernador recibe las visitas. El estrado está lleno de damas y caballeros.

Es por la tarde. Las señoras, sentadas en sillones y jamugas, forman varios grupos con los caballeros que, a su alrededor, se mantienen de pie. La casa de Nuño de Guzmán tiene sólo planta baja. El estrado, muy espacioso, comunica por el fondo con el jardín, lleno de rosales en plena eclosión y naranjos enanos. El sol penetra oblicuamente por una cancela de hie-

rro forjado, proyectando sobre las losas un amplio rectángulo luminoso. Lo mismo ocurre en dos ventanas laterales, aunque el resplandor directo del gran lumínar que por uno de los vanos se adentra en la sala, va a romperse en los muebles, de superficies talladas, y trepa por la pared, hasta el techo.

Cuando Cabeza de Vaca, Castillo y Dorantes entran en el estrado, acompañados del Gobernador, se detiene en seco el hervor de las pláticas y todos los ojos se vuelven a los recién llegados. Entre ellos se cuenta el negro Estebanico, vestido de paje.

—Aquí tenemos a nuestros valientes descubridores y náufragos— dice el Gobernador, hombre de pelo y barba grises, alto y robusto, bien portado y de talante jovial—. Van a partir para Méjico uno de estos días y espero que se llevarán de Compostela un buen recuerdo. Dejan aquí tantos amigos y admiradores como habitantes tiene la ciudad.

Los forasteros se adelantan a cumplimentar a las damas, con excepción del negrito, discretamente detenido junto al vano de la puerta. La esposa y las hijas de don Nuño— las hijas son dos jovencitas espigadas, muy finas, ambas morenas y hermosas— llaman a Estebanico con la mano y éste se acerca, tímidamente, al grupo del que forman parte aquellas señoras.

—Es muy inteligente— dice la esposa del Gobernador a unas amigas—. Aunque nació en Azamor,

hijo de padres moros, se crió en España y está bautizado: se llama Estebanico.

Las señoras sonríen al negro, que contesta mostrando una doble hilera de dientes blanquísimos.

Cabeza de Vaca y Castillo, retornados a sus costumbres de antaño, se comportan en su nueva situación con desenvoltura; pero su compañero Dorantes, menos cortesano, o preocupado por la excesiva amplitud de sus calzas, se muestra torpe en sus movimientos y contesta tartamudeando a las preguntas que le dirigen damas y caballeros. No acierta a responder con prontitud ni cuando le interrogan sobre la edad.

— ¿Cuántos años tengo?... No sé... Desde que embarcamos en La Florida han pasado muchos, nueve me parece... Tenía entonces veintiocho, casi los mismos que don Alonso del Castillo y cuatro o cinco menos que don Álvaro...

— Contáis, así, treinta y siete. Don Alonso parece mucho más mozo y don Álvaro mucho más viejo.

— Don Álvaro quedó muy débil a causa de una enfermedad que le dió cuando nos separamos en la isla del Mal Hado — sigue explicando Dorantes —. Estuvo a la muerte... Yo le vi postrado y parecióme que era ya del otro mundo.

En el grupo que rodea a Castillo pregunta a éste un anciano:

— ¿Nacisteis en la misma Salamanca?

— Toda mi familia es de allí. Mi padre era doctor de aquella Universidad. Yo preferí las armas a las letras.

— ¿La distancia que media entre la isla del Mal Hado y Nueva Galicia es mucha? — interroga un capitán del mismo grupo.

Don Alonso sonríe antes de contestar:

— La carrerita de un perro. Nosotros hemos andado, según nuestra cuenta, más de dos mil leguas. Si algún día se os ocurre dar un paseo hasta allí, no olvidéis las alforjas.

Todos ríen. Castillo es preguntado ahora por una joven rubia muy bonita, que ha estado mirándole atentamente:

— ¿Y cómo tratan los indios a sus mujeres?

— Como los arrieros a las bestias — explica don Alonso, complacido de poder dirigirse a persona tan de su agrado —. La mujer es, en todas las tribus de la costa del golfo y en las de tierra adentro que hemos conocido, un animal de carga. Todas las indias son muy feas; además, se desfiguran el rostro adrede y de modo que parecen verdaderos demonios. No se les puede alabar por sus encantos, a fe de hombre veraz; pero son las más buenas y sufridas criaturas del mundo. Para ellas se dejan las labores más rudas; el hombre, reservado para la guerra, no trabaja. Cuando han de tener un hijo, el marido se marcha de su casa y no vuelve

hasta pasados dos años. Así es la costumbre. Crían a sus pequeñuelos hasta que éstos pueden buscarse el sustento, como los bichos, que en eso de criar se parecen a nosotros, y los chiquillos no abandonan el pecho de la madre antes de cumplidos los diez años. También es costumbre de los maridos separarse de sus esposas cuando éstas no tienen hijos, y volverse a casar. Está permitido, porque un matrimonio sin hijos no tiene razón de ser.

— Pero ¿si Dios no los manda?

— Los indios ignoran la existencia de Dios y no tienen más ley que sus costumbres.

— ¿Son sanguinarias esas gentes que habéis conocido? — inquiera otra dama.

— No, si se les deja en paz y cuando algún suceso extraño no despierta su superstición. Si acontece, por el contrario, que se les causa algún mal o lo suponen ellos, hay que temerles. Son vengativos y crueles con aquel a quien consideran su enemigo y muy mal pensados. Sin otro motivo que el de un mal pensamiento, degollaron a muchos de nuestros compañeros. Pero en ninguna parte hemos visto idolatrías ni sacrificios sangrientos en los altares, como en Méjico ocurre.

Cabeza de Vaca es, entre los agasajados forasteros, el que ha reunido en torno de su persona el grupo más numeroso. El Gobernador, comprendiendo su angustia, por haber tenido que presentarse vestido y calzado se-

gún el uso del tiempo y las conveniencias del trato entre cristianos, le ha invitado a sentarse en un sillón frailuno, cerca de la cancela que da al jardín. El héroe sólo tiene un tema de conversación, el trato que debe darse a los indios, y vuelve a él enseguida, cuando tratan de apartarle del mismo los que le rodean.

— Deberíais quedaros con nosotros — observa don Nuño —. Vuestra influencia sobre los hijos del país nos sería de gran utilidad. Los conocéis a fondo y ellos demuestran por vos una adhesión ferviente. Mi querido don Álvaro, está bien que ahora vayáis a descansar a Méjico o a España. Merecido tenéis el descanso. Pero no olvidéis el provecho que sacaríamos aquí, con bien para la religión verdadera y para el Imperio, de vuestra preciosa ayuda.

Cabeza de Vaca protesta:

— Más que a los indios, creo que debo predicar a los cristianos. De poco serviría que mis compañeros y yo volviéramos sobre nuestros pasos para ir predicando de tribu en tribu la fe de Cristo y la obediencia a su Imperial Majestad, si la conducta de los que han de gobernarles no fuera como debe ser. Esas pobres gentes estarán siempre al servicio de Dios y al vuestro, si sabéis tratarlas. Pero si se persistiera en saquear su hacienda y en hacer levadas de esclavos, si se les trata a puntapiés y no con la consideración que nos merece el semejante, yo os digo que nuestras prédicas

se perderían como hechas en el desierto. En cambio, tened por seguro que serán dóciles servidores vuestros, fervientes adoradores del Dios verdadero y del emperador Carlos V y sus mandatarios en estas tierras, si encuentran en vosotros tolerancia y justicia. Enseñarles nuestra religión, quienes mejor pueden hacerlo son los que visten hábito de religiosos. Ellos, con su virtud y su sabiduría, conseguirán mucho más que nosotros podríamos conseguir con nuestra ignorancia y manchados de pecado. Mas vuelvo a repetir que a las prédicas han de seguir los ejemplos; que se debe dejar a los indios que trabajen en paz, sin causarles daño y disimulando su codicia quienes la tengan.

— Los indios son avaros de lo que cosechan — advierte uno del grupo, poco conforme, al parecer, con los métodos de penetración pacífica —. Necesario es que sientan nuestra autoridad.

— Autoridad sin justicia no puede haberla. Si el que manda abusa de su poder, pierde la autoridad, aunque se le guarde obediencia por temor. Desconfiad de los sometidos a la fuerza, porque se alzarán contra vosotros cuando se les presente una ocasión propicia para rebelarse. Preferible es que nos sirvan por amor a que nos obedezcan por miedo. Tengo el propósito de razonar, en un detallado escrito, que elevaré al Emperador, mi parecer sobre el gobierno que debe darse a los varios países, de lenguas diversas, que he reco-

rrido, unas veces solo y otras acompañado de estos camaradas que están aquí conmigo. Será al mismo tiempo la historia de mis nueve años de vida errante, con todos los naufragios, batallas y desdichas en que me he visto.

— Mucho tendréis que contar, pardiez.

— Mucho. En mil ocasiones ha caminado la muerte a mi lado y he sentido su contacto frío. Nos conocemos bien la muerte y yo. No se me escapa ninguna de sus tretas y añagazas. La he visto hallándome solo en medio del desierto, abatido por el hambre y la sed; en el fondo de un bohío miserable, devorado el cuerpo por la fiebre; saltando entre los árboles de la selva virgen, hendidos o derrumbados por el rayo; bajo una lluvia de flechas, cuando nos atacaban los salvajes de La Florida; atravesando a nado ríos, golfos y lagunas, con un camarada agarrado a mi cuello muchas veces; en el mar, mientras se hundía mi barca; en mis ayunos de todos los días; en los dientes de víboras venenosas que se me enroscaban en los tobillos durante penosas marchas por entre la maleza; en la punta de un puñal de espina de pescado, que poco a poco iban hundiéndome en el pecho... Pero más que todo esto espanta ver a los compañeros de infortunio cómo se van muriendo de hambre, hoy uno, mañana dos, al tercer día tres o cuatro, mientras los vivos hacen tasajo de los muertos con el propósito de comérselos.

Se estremecen, al oír estas palabras, todos los que Cabeza de Vaca tiene a su lado. Los que forman otros grupos se acercan, intrigados por palabras sueltas que han llegado a ellos. Don Álvaro no se da cuenta de la emoción que ha motivado. Continúa:

— Si el ejemplo de nuestras penalidades, que será conocido de todos cuantos vienen a Indias en busca de gloria y fortuna, sirviera para hacer más cautos a los ambiciosos; si el habernos conservado Dios la vida, a mis compañeros y a mí, ha sido para que se conozcan los peligros de lanzarse a descubrir tierras fiándolo todo a la buena suerte; si lo que podemos decir los que anduvimos perdidos nueve años por regiones del mundo hasta ahora ignoradas no cae como la semilla en un arenal; si nuestros consejos son escuchados con atención y sirven para que los adelantados y gobernadores aprendan a ganarse la voluntad de los indios sin hacer fuerza sobre ellos, yo daré por bien padecido todo lo que se nos vino encima en nuestras andanzas malhadadas. Más pobres somos ahora que cuando partimos del Guadalquivir, pensando que íbamos a ver el oro formando montañas. Pero no cambiaría la experiencia y conocimientos adquiridos en estos tristes nueve años por una carabela cargada de dinero. El hombre que, al morir, sabe que ha hecho algo provechoso para los que se quedan en este valle de lágrimas, ya puede cerrar los ojos satisfecho. Tengo confianza en que las

huellas que dejó nuestro paso por esos mundos de Dios, que nunca vieron cristianos antes que nosotros, serán seguidas algún día por descubridores más afortunados, y de algo habrá servido lo que nosotros llevamos andado y padecido.

Levanta don Álvaro la cabeza, encanecida en su largo destierro y añade:

— Los indios son nuestros semejantes, nuestros hermanos. Como nosotros, están hechos de carne, hueso y sangre; como nosotros sienten alegrías y tristezas, odio y amor, dolor y placer; como nosotros, llevan un corazón dentro del pecho y la semilla de la fe en el alma. “Por donde claramente se ve que estas gentes todas, para ser atraídas a la religión y a la obediencia de la Imperial Majestad, han de ser llevadas con buen tratamiento, y que éste es el camino cierto y no otro” (1).

La luz del Sol, que entra por la cancela, da de lleno en el rostro de Alvar Núñez, enjuto, calavérico, de ojos hundidos y pómulos salientes.

Cuantos le rodean se quedan mirándole en un silencio respetuoso. Algo muy superior a ellos les ha conmovido con su presencia insólita: el heroísmo.

(1) Palabras textuales de Cabeza de Vaca, tomadas de su libro *Naufragios*.

Epílogo

Cabeza de Vaca, Castillo, Dorantes y el negro Estebanico hicieron un viaje triunfal hasta Méjico. En todos los pueblos por donde pasaron, indios y españoles colmáronles de atenciones y agasajos. En la capital de Nueva España, fueron muy bien recibidos por el virrey, don Antonio de Mendoza, y por el propio Hernán Cortés, a quien el Emperador había hecho marqués del Valle de Oajaca y capitán general de Nueva España y de las provincias y costas del Pacífico. En honor de Cabeza de Vaca y sus compañeros, que habían recorrido desde La Florida, cerca de 20.000 kilómetros, hubo en Méjico grandes fiestas, juegos de cañas y toros.

El regreso a España lo emprendieron Alvar Núñez, Castillo y Dorantes algunos meses después, en el mes de abril de 1537. El negro se quedó en Méjico.

Tres años más tarde, Cabeza de Vaca, repuesto de las penalidades sufridas en la América del Norte, adonde no volvió nunca más, solicitaba la gobernación del Paraguay, que le fué concedida, junto con el título de Adelantado y el mando de una expedición compues-

ta de cinco navíos y ochocientos hombres, no menos brillante que lo fuera la de Narváez trece años antes.

Don Alonso del Castillo abandonó la vida aventurera del descubridor y se quedó en España. Dorantes volvió a Méjico y se cree que tomó parte en algunas de las exploraciones que se hicieron, como consecuencia de los informes estimulantes facilitados por Cabeza de Vaca, en Arizona, Nuevo Méjico, Kansas y Colorado. En una de dichas exploraciones, la de Nuevo Méjico, el negro Estebanico murió asesinado por unos salvajes.

En su gobierno del Paraguay, Cabeza de Vaca continuó demostrando su intrepidez y su talento excepcionales; pero hubo de tropezar con lo mismo que tropezaron otros ilustres descubridores y gobernantes, en los albores de la colonización española en Indias: la envidia y la traición de oficiales demasiado ambiciosos. En vano, para dar un ejemplo de mesura, renunció Alvar Núñez a los cuatro mil ducados de salario que le había señalado el Emperador, y se empleó en descubrimientos agotadores que tenían por finalidad encontrar una comunicación por tierra con el Perú y explorar la riqueza minera del país. Pronto se formaron dos bandos: de un lado, los amigos del Gobernador; del otro, los del intrigante y turbulento Felipe de Cáceres, titulado contador de su Imperial Majestad.

Hallándose Cabeza de Vaca gravemente enfermo,

asaltaron un día su casa los partidarios de Cáceres, y, apuntándole un puñal en el pecho, le obligaron a rendirse.

Fué cargado de cadenas y encerrado en sombría mazmorra, con cincuenta soldados de guardia. Parecida suerte corrieron sus familiares y amigos, mientras el bando contrario se apoderaba del gobierno de Asunción, capital del Paraguay.

Durante diez meses, Cabeza de Vaca fué objeto de un trato infame. Se le tuvo incomunicado y sin recado de escribir, mientras se instruía un proceso lleno de falsedades, para enviarlo a España junto con el preso. "A luengas vías, luengas mentiras", decía Hernán Cortés en parecidas circunstancias. Era mucha la distancia entre España y el Nuevo Mundo; en ella encontraba la mala fe de los traidores modo de prosperar.

Sufrió Cabeza de Vaca, con su resignación ejemplar, las vejaciones más indignas y los despojos más cobardes. Nunca dejó de tener amigos fieles, capaces de exponer su vida por devolverle la libertad, y, en efecto, los alzamientos a su favor se sucedieron durante los meses que duró su encierro y aun después de embarcado. Pero fracasaron todos.

Don Alvar Núñez Cabeza de Vaca fué rehabilitado en España. Se le asignó una pensión de dos mil ducados al año para toda su vida, que fué en adelante muy sosegada y apacible, dándole ocasión a escribir sus

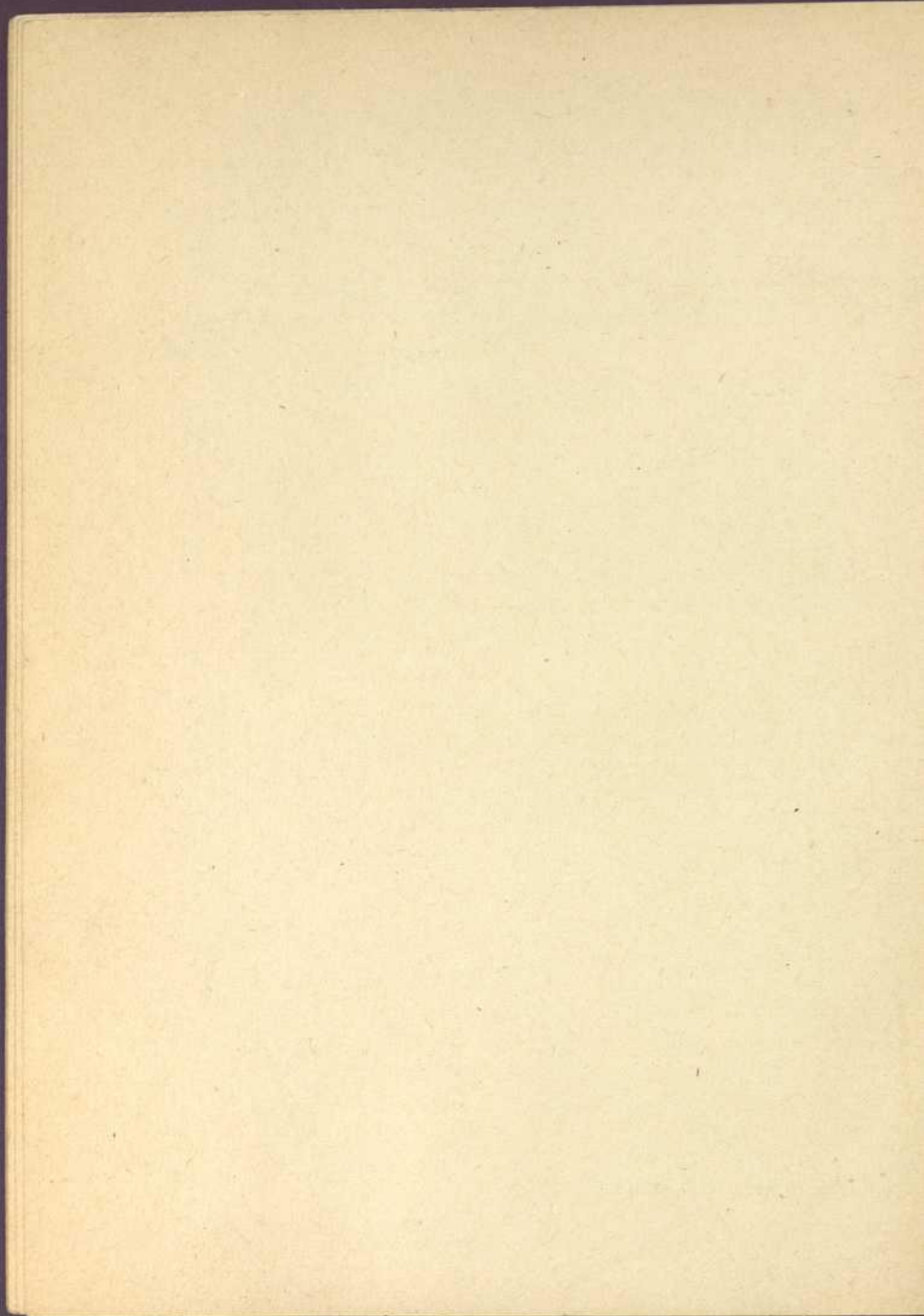
memorias. De sus libros, solamente dos han quedado: *Naufragios*, en el que se contienen sus impresiones de los nueve años que anduvo errabundo desde La Florida a Méjico, y *Comentarios*, narración de cuanto le aconteció en el Paraguay.

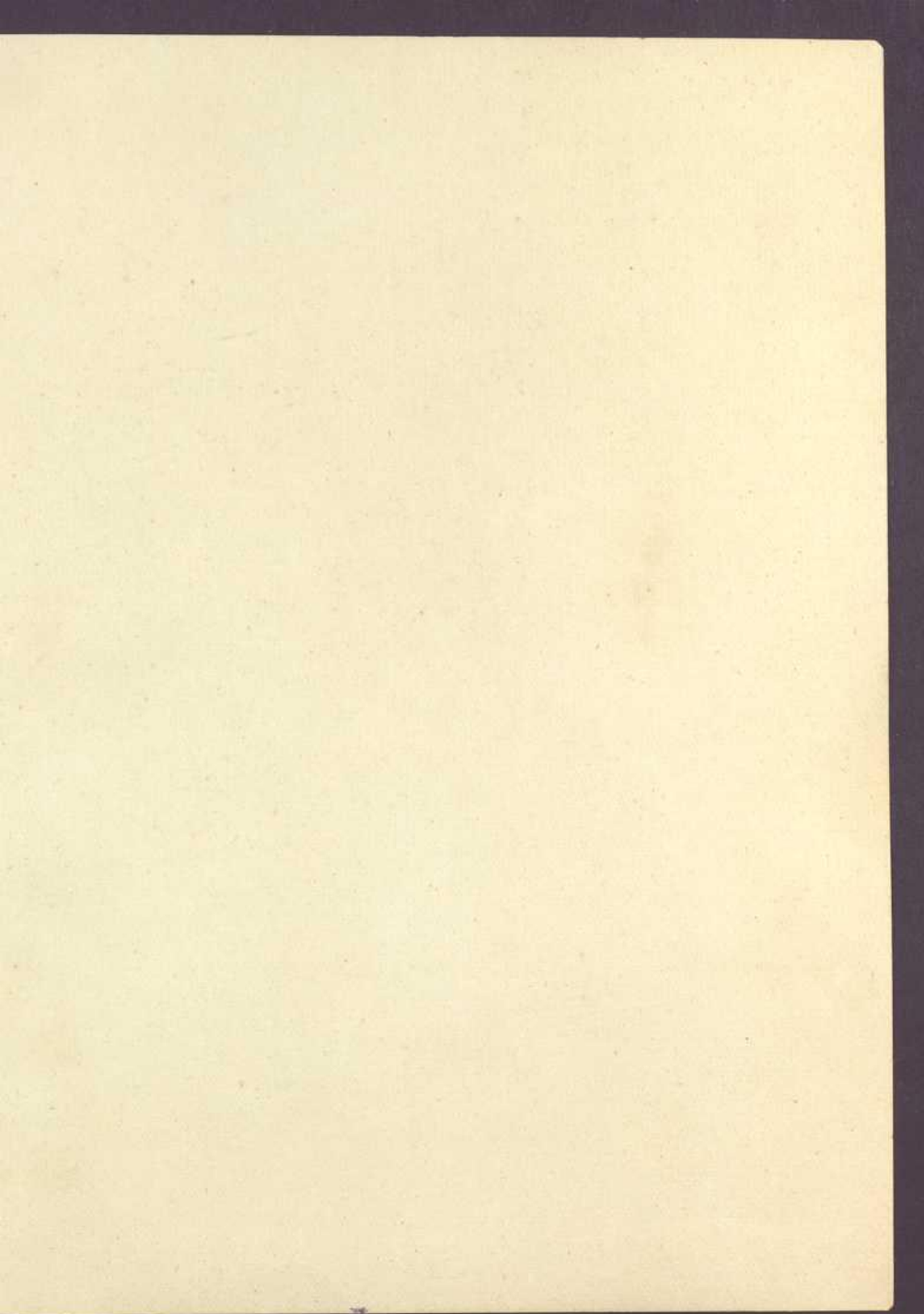
Murió en Sevilla, adonde se había retirado, ya en edad avanzada.

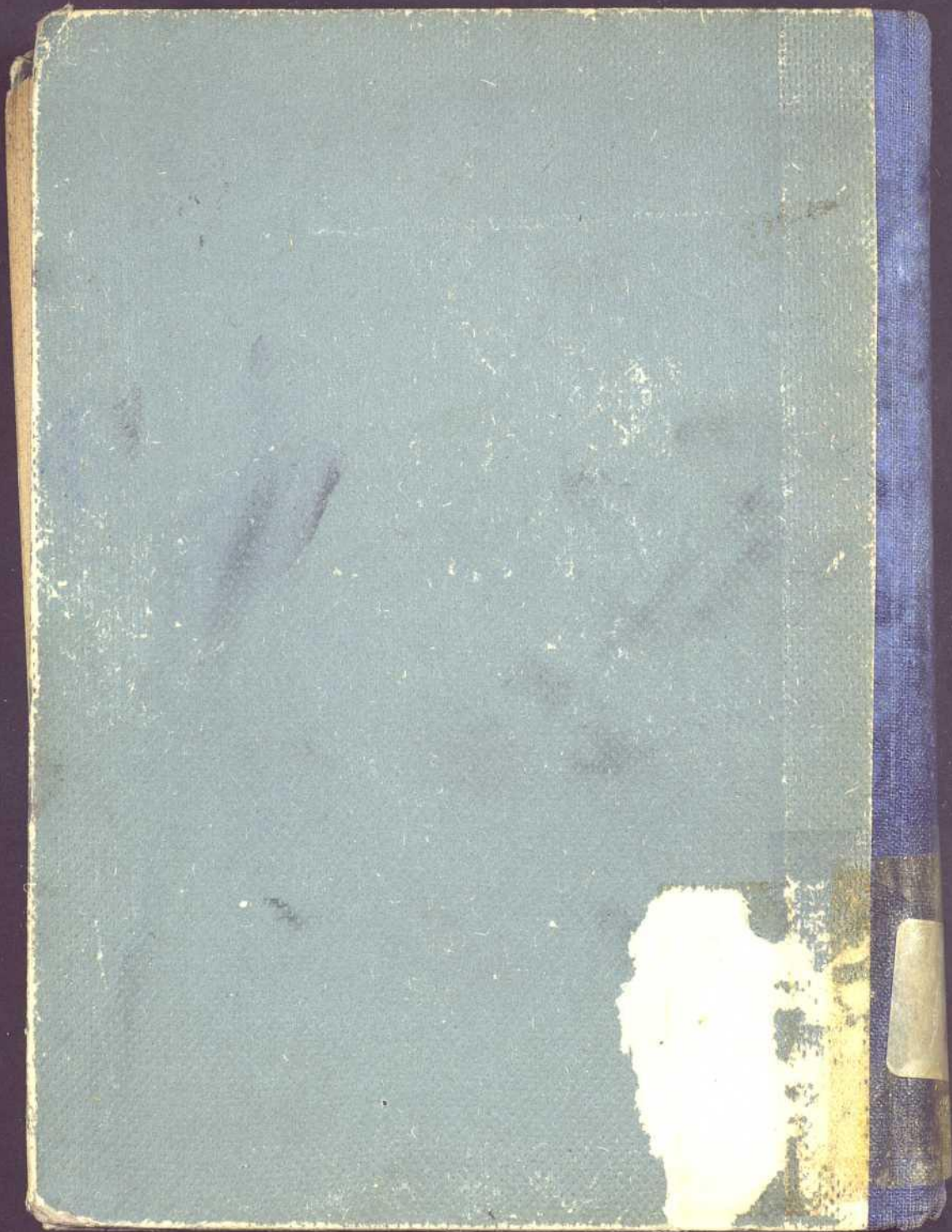


ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I.— Dos capitanes	5
II.— Pánfilo de Narváez	15
III.— La mora de Hornachos	27
IV.— La tempestad	36
V.— En La Florida	47
VI.— Apalache	64
VII.— Traición	81
VIII.— La industria del desesperado	90
IX.— Naufragios	101
X.— La isla del Mal Hado	114
XI.— Médicos a la fuerza	127
XII.— Soledad	139
XIII.— Errabundo	150
XIV.— Encuentros venturosos	161
XV.— Noticias atrasadas	174
XVI.— Los Hijos del Sol	183
XVII.— Indios y cristianos	208
XVIII.— Los héroes	219
EPÍLOGO	237







新編
國語
教科書

F A

4878